



# Las anotaciones del tiempo

Oscar Sotillo Meneses





# Las anotaciones del tiempo

(Crónicas emocionadas y otras letras inconclusas)

1.ª edición digital, 2021

© Oscar Sotillo Meneses

© Fundación Editorial El perro y la rana

**Edición y corrección**

Nagdy Guevara Valecillos

**Diagramación**

Vilma Jaspe

**Imagen de portada**

Detalle de *Motivos botánicos en tiempos de pandemia* (2020), de Oscar Sotillo Meneses. Técnica mixta sobre papel, 60 x 40 cm.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4759-7

Depósito legal: DC2021000467

Sotillo, Oscar,1968-

Las anotaciones del tiempo (crónicas emocionadas y otras letras inconclusas) [recurso electrónico] / Oscar Sotillo. -- 1.a ed. digital -- Caracas : Fundación Editorial El perro y la rana, 2021. -- 170 p.

ISBN: 9789801447597

DL: DC2021000467

I. Título.

V863.44

S71

Oscar Sotillo Meneses

# **Las anotaciones del tiempo**

(Crónicas emocionadas y otras letras inconclusas)

# LOS TIEMPOS DE UN INCONFORME

Hay un solo espacio-tiempo en el que habitan las crónicas que Oscar Sotillo reúne en este libro: la inconformidad. No la describo como un sentimiento ni como una actitud ante la vida, en los textos que se presentan a continuación la entiendo como una dimensión física, transitable, como una profesión de fe, casi como un estado de la materia, porque es eso lo que nos transmiten los relatos servidos en este volumen por un autor que en primera persona y desde vivencias sencillas se revela convencido de que un renacimiento civilizatorio es urgente y posible. Para eso toma como muestra significativa su profuso universo interior.

Oscar es un apasionado observador de su entorno. Eso es evidente para quienes lo conocen pero también para quienes abrevan de su producción literaria o de sus obras plásticas. Es un testigo analítico y activo de todo lo que ocurre a su alrededor, esa cualidad le hace capaz de tomar una situación aparentemente banal, acariciarla con firmeza con la lija de su sensibilidad poética y sacarle el brillo de lo extraordinario. Eso aplica para sus cuentos, para sus poemas, para sus pinturas, para sus libros intervenidos a brochazos, para sus fotografías, e incluso para la praxis de su vida cotidiana. Y justo de eso se trata el sino que mancha este libro en cada página: Oscar se niega a quedarse con eso que ve.

La inconformidad de la que Oscar da cuenta en este volumen se revela en todas las formas posibles y para darle legitimidad comienza en sí mismo, especialmente cuando reflexiona sobre su oficio como artista. De esas lides salta al hábitat, tomando protagonismo el ecosistema urbano de Caracas que ha andando y desandado a voluntad

desde niño, y luego, en un tercer tiempo, ahondando en el territorio simbólico que nos recorre de forma transversal y que es signo de una identidad colectiva en permanente mutación. Sus crónicas son el testimonio de una realidad insoportable de paradigmas obsoletos, de no-lugares que abundan y se reproducen a la libre, pero a la vez de un derrumbe inminente de hegemonías caducas, aun cuando en ocasiones el único síntoma de transformación sea el registro que el cronista hace de esa realidad para perpetuar el momento moribundo, cual última fotografía antes del diluvio universal.

Sobre la inconformidad que Oscar esgrime contra sí mismo da el primer paso, como pieza emblemática, el texto que inaugura la degustación de historias: “Puede decirse que es mi pintura, pero mi voluntad no está allí. Lo que quiero decir es que no me he propuesto construir una obra. Todo ha sido producto del impulso cotidiano, de la necesidad casi biológica de pintar”. Se trata de una confesión, de un reclamo, también de una búsqueda y de una necesidad de redención.

De la cartografía material y de los paisajes recorridos, los cuentos se explayan y viajan por recovecos de Caracas y más allá. Es el diario de un caminante que se decepciona y se indigna con lo que ve y vive, pero que está dispuesto a jugársela por soplar para que los vientos de cambio tengan la potencia necesaria.

“El cine Broadway se convirtió con el tiempo en una iglesia evangélica. Es decir, pasó de un modelo de adoctrinamiento a otro. Películas de Hollywood y sermones, propaganda antisoviética y quintas pailas, tinglados desilusiones y promesas de paraísos. Todo junto, justo al lado del Mario. El pobre bar de una sola mesa tenía todas las de perder. He caído en la tentación nostálgica de describir el paso del tiempo”, dice con ácida ironía en el relato “El bar de una sola mesa”.

Y finalmente, cuando suma su crítica al modelo civilizatorio, a la “violencia estructural” si nos remitimos a la teoría del conflicto de Johan Galtung (¿o es que nuestra realidad no es otra cosa que

un estado de violencia permanente, la suma de muchas violencias?), Oscar se sumerge en reflexiones profundas sobre nuestro modo de vida, sobre la omnipresencia del capitalismo, sobre la opresión desde la opresión, pero desmarcándose de cualquier discurso intelectualoide que le reste genuinidad.

“Mi abuela jamás fue noticia. No lo fue cuando sembraba frijoles en las fértiles islas del río Orinoco. Tampoco lo fue cuando quedó sola con cinco hijos después de la muerte del abuelo. Nunca fue noticia cuando aprendió a escribir por su propio esfuerzo ni cuando defendió su casa de todos los flagelos de la historia reciente y de todas las miserias que por aquí pasaron. No fue noticia cuando mi madre y mis tías la llevaban a ejercer el derecho al voto a los noventa y tantos años. Siempre con una sonrisa cándida en el rostro. La única vez que fue blanco de un reportero, una camioneta pick-up verde había matado a Hermes, el nieto, y a su hermano Carlos Vargas, en plena Mesa de Guanipa de camino al río”, clama indignado en “Mi abuela salió en el periódico”, recordando que son las pequeñas gestas las que construyen la historia aunque luego sea la propia historia la que las desprecia y condena.

Los relatos de Oscar, con la bandada de personajes reales y ficticios que deambulan por las páginas subsiguientes, son el fresco de una época, de un espacio y de un alma colectiva que grita a cielo abierto “¡Revolución!” con angustia y esperanza, con fuego y con ternura, y que sin dilaciones se involucra y sumerge cuando se vislumbra el parto en el que emerge esa nueva era.

Conozco a Oscar como un hombre sencillo y conversador, pregunta cosas, siempre quiere saber más de su codialogante, le gusta empatizar, habla sin prurito sobre sí mismo, comparte sus anécdotas, rememora sus viajes como si fueran epopeyas, hace aclaratorias sobre sus gustos y aficiones, tiene buen humor y por tanto es de risa fácil, reitera que es expansivo, le gusta abarcar. Al menos una vez al día trae a colación que es un comunista convencido y practicante, aunque lo que realmente pienso de él es que su verdadera militancia es la

poesía, no como género literario sino como disposición y anhelo, como cristal desde el cual mirar la vida, como ética, como posición política, como lugar de enunciación, ¿o no es lo mismo ser poeta que ser un inconforme?

ROSA RAYDÁN

Caracas, junio de 2020

# Pintar sin darse cuenta

Yo no hice eso, o sí. Depende de cómo se quiera entender. Puede decirse que es mi pintura, pero mi voluntad no está allí. Lo que quiero decir es que no me he propuesto construir una obra. Todo ha sido producto del impulso cotidiano, de la necesidad casi biológica de pintar. Es que de verdad no me gusta hacer pinturas pensando claramente en el plan, teniendo ya previsto el final feliz y aprendida la técnica. Prefiero que todo me sorprenda, no solamente el final, sino el propio proceso, lo que va sucediendo con los materiales, con el soporte, con la aleatoriedad del tema y de las formas dominantes. Sí, es como un juego a ciegas que va dejando un rastro, una huella inevitable, una sensación poética con su componente físico, tangible.

Se puede decir que he pintado sin darme cuenta. Pero no me gusta decirlo porque la gente piensa que todo esto se ha hecho sin el ingrediente intelectual. A mí me gusta el juego intelectual, nunca lo he visto reñido con la intuición ni con otros modos de pensamiento lúdicos, impulsivos, sin forma reconocible, sin aceptación de los cánulos “intelectuales”. Se les llama intelectuales a los escritores, no a los bailarines. Ese es el afán de poner al cerebro y sus supuestos mecanismos racionales y reflexivos como los reyes de la escena de las artes. Esta es una creencia conveniente y ridícula.

En la pintura, lo intelectual no está solamente en el planteamiento conceptual, en la idea que da sustento a la obra, sino en el espacio y el tiempo vital que ocupa la creación o la ejecución. Si afirmamos esto, todo arte es una acción profundamente intelectual en todos sus aspectos. No hay arte que no se haya hecho desde una

experiencia humana concreta y precisa en tiempo y espacio. Y esta experiencia humana concreta está encajada en un espacio tiempo social y natural, ideológico y patrimonial que le da la base fundamental a cualquier manifestación que de allí pueda nacer. Esta es la dimensión política del arte.

Sí, he pintado sin darme cuenta. He pintado siempre llevándole la contraria a la academia, al mundo, a la calle, a los círculos artísticos. No he conocido algo más mediocre que la academia. Siempre escondiéndose en sus propias citas, siempre autoalabando a sus miembros y a sus acólitos más patéticos. La academia es como una pandilla de pájaros desplumados que se defienden unos a otros aunque se odien. Es cuestión de sobrevivir ante los embates del conocimiento. Si el conocimiento asoma la cabeza hay que darle con un garrote y luego ver si se parecía al conocimiento que la academia valida. Esto tiene que ser verdad: después de que yo me he quemado tanto las pestañas todo esto tiene que ser verdad, tiene que valer la pena y tiene que defenderse con la propia vida. La academia es incompatible con el verdadero arte, va en sentido contrario. El arte abre caminos primigenios, la academia trata de defender rincones oscuros donde termina reinando más la fe y el dogma que el verdadero amor por crear conocimiento. Pero la academia goza de un gran respeto entre la sociedad a tal punto de ser la meta de muchos ingenuos.

Si alguien me entrevistara le repetiría que he pintado toda la vida, y no le estoy mintiendo. Ya dije que no me gusta la academia, que me jacto de llevarle la contraria a la calle, a los círculos artísticos, al mundo. Me gusta llevar la contraria a lo establecido, a lo que defienden esas vetustas pandillas de oficiantes de un culto almidonado, de los seguidores de los convenimientos más simplones. Pero es terriblemente contradictorio que sea yo un fetichista, un adorador de objetos y frascos, de alfombras y ánforas maravillosas. Sentí que en mí efervescía la emoción antigua y litúrgica de la magia que se consume ante los objetos cargados de memoria, de espíritu que por algún mecanismo aún desconocido, ocupan un espacio extraño en

las construcciones emocionales. Un trozo de tela pintado y tensado sobre un marco de madera puede llegar a ser un objeto sagrado en las liturgias personales o sociales. Los mecanismos para hacer esto, si no son desconocidos, al menos son tan complejos que no alcanza la vida para desentrañarlos.

He pintado sin darme cuenta, sí, debo asumirlo, para qué seguirlo ocultando. Mis medidas nunca fueron la exposiciones individuales ni colectivas ni los salones ni los compromisos de domingo. Siempre me pareció que pintar con el fin claro cargaba la obra de un almidón formal, de un barniz casi actoral que no me gustaba. No entendí nunca, aunque soy un fetichista, esa manía de colgar objetos protegidos en una pared y reunirse a celebrar la ocurrencia. Me gustó más reunirme a disfrutar directamente las almas, el amasijo de emociones, las historias compartidas que se acarician en los afanes del amor y de la fuerza política de las ideas. A veces creo que los pintores son unos Adanes condenados al Edén, a estar diariamente inventando los nombres de los animales, a descubrir los frutos y a sorprenderse con la naturaleza. Por más que tratan de comerse el fruto del bien y del mal, no lo logran, y vuelven en el ritual de sorprenderse. Son Adanes eternos en un jardín que es un infierno, en un huerto que es una maldición y una bendición a la vez.

Me han gustado mis acumulaciones. Ayer revisaba otras gavetas llenas de papeles, de objetos, de aparatos y podía leer a primera vista mi historia emocional, mi caligrafía política armada de manchones, de líneas, de emplastos mágicos. Me gusta mucho revisar de pronto las gavetas, remover sus sedimentos, volver a enfrentar de forma valiente los recuerdos más hermosos y los más terribles, todos amarrados con un cordel de cáñamo junto a unas cartas encontradas. Ayer conseguí una botella de refresco ya fuera de circulación y un trozo de madera arrastrada por el mar que recogí hace décadas en las costas del estado Falcón. Ahora están sobre la mesa esperando verme de nuevo y reconocer al mismo joven que las recogió.

La cronología de los papeles manchados ya se ha perdido en el tiempo. No sé si incluir las memorias de los dibujos del kínder o los manoseados dibujos malabarísticos de la adolescencia, las manualidades patéticas de tercer grado o los poemas arrebatados frente a una piedra de mármol blanco en pleno Museo de Bellas Artes. Todo es un solo amasijo de recuerdos más o menos nítidos, pero todos honestos, desnudos, en carne viva. Todo ha navegado sobre una tabla que va sobres las aguas, que a duras penas puede flotar sobre las olas y los remolinos. Quiero decir que para mantenerla a flote hay que hacer un gran esfuerzo. Pasión de folletín, recursos de las publicidades más edulcoradas y groseramente seductoros, memorias y desmemorias de las máquinas infernales de la historia, una piel desconfiada acaso mal acostumbrada. Todas las armas del arsenal del alma y de la civilización. Mejor dicho de las armas que se pueden recoger en esta esquina marginal de la civilización.

Pintar sin darse cuenta. Aquí están las pinturas, los detritos de tantas batallas, las medallas de los triunfos y la sangre de las derrotas. Las lanzas partidas, los tubos de oleo vacíos y oxidados, las brochas endurecidas. No es mucho, pero puede servir para reconstruir la historia de alguien. La memoria de una casa, el recuerdo de una familia asoleada en la sabana y encerrada en una caja de cemento en Caracas. Es una arqueología sin grandes rimbombancias. Confío en que puede ayudar mucho a entender la rebeldía y la brújula enloquecida que guía los sentidos. Si prefieres puedes dejar allí todos los objetos, todas las alabanzas profanas, todos los cantos del corazón. Ya llegará el tiempo para alborotar el avispero. Voy a seguir pintando, sin darme cuenta, tengo el alma lista, el cuerpo caliente, los objetos preparados para el ritual secreto.

## Diálogo sobre el poeta

Yo prefiero no ver a los poetas de cerca. Es como ver detrás del escenario en el teatro. Prefiero esperar que los actores salgan, que nos adormezcan o nos despierten con la fantasía y los parlamentos maravillosos. No quiero nunca romper la magia de esas luces dirigidas, de ese silencio voluntario, de esa historia curtida en el ritual. Cuando le veo los pantalones al poeta no quiero ver remiendos ni sucios ni el ruedo más largo o muy corto. Prefiero no ver a los poetas de cerca. Prefiero comprar sus libros en la distancia, en la media luz del desconocimiento, en el casi anonimato.

Yo, al contrario, disfruto mucho cuando puedo ver cómo es el poeta, cómo luce, cómo se comporta ante la gente. Me pasa con los poetas que he leído mucho y que no he visto en persona, busco en sus gestos las huellas y el origen del poema. Se me completan los poemas cuando veo sus ademanes, el timbre de la voz, las inflexiones. Me gusta ver en detalle la ropa y la manera como toman las páginas que leen. Imagino su ritual a la hora de escribir: El café o el cigarrillo, los libros, la lámpara, la silla, todo el paisaje íntimo que circunda la mínima seña de tinta sobre la superficie blanca.

La distancia da un misterio que es necesario para mí. El tiempo y el espacio crean un barniz indisoluble, una capa que me trastoca los sentidos. Pensar que este poema ha sido tantas veces dicho, leído, usado en amoríos, vuelto a leer y a susurrar en secreto, en Praga, en Caracas, en Quito, en La Asunción. Ese misterio no es un misterio que esconde, sino un misterio que recoge pasiones, lágrimas y felicidades y las va cargando en una memoria pastosa casi tangible. No

es que menosprecie la presencia del poeta, sino que el poema en sí mismo termina embriagando.

Yo pienso, al contrario, que el poema no es solamente lo escrito. Y no quiero comenzar a sacar el poema del hecho escritural, sino decir que el poema pertenece a un conjunto de sistemas y mecanismos sensoriales, sociales y estéticos que no se pueden analizar ni apreciar por separado. O quizá sí se puede, pero no se entiende en su totalidad. Por eso es que ver al poeta en su actuación, conocer sus rituales, verle la costura humana con todo y sus zonas terribles, es para mí fundamental. De lo contrario, solo estamos conociendo una porción aséptica de la poesía.

No voy a negar que saber del poeta es enriquecedor, que verlo en su dimensión material es complementario. Pero me gusta voluntariamente aislar la palabra, recoger las letras en un espacio aparte, despojarlas de cualquier cosa que pueda interrumpir su fluido de sonido y significado, incluso la forma física de los signos que la hacen visible. Soy un fetichista del poema. Me gusta verlo físicamente, poder tocarlo, aprehenderlo en su totalidad, escucharlo, sentirlo cuando sale de mi boca. Es un acto erótico secreto y público dejar salir los poemas del cuerpo, hacer vibrar el pecho, la garganta, las manos, los labios.

¿Cómo entender un poema que no sabemos de dónde salió? ¿Cómo darle su justo lugar? Aun en ese universo erótico del que hablas. Los poemas vienen con sus maletas llenas. Son oraciones que van de boca en boca, cargando toda su historia. Entiendo el fetiche de ver al poema casi como un objeto sagrado, definirlo con exactitud en sus bordes, apreciarlo como si fuese una piedra tallada o una bandera rayada de oraciones al viento. Pero más fetiche es descubrir los hilos que lo han atado a su origen, a su calle, a su plaza. Saber y sentir la intimidad de las palabras sabiendo y sintiendo el hambre del poema o su gusto por los vinos o las ensaladas.

La poesía saca las palabras de su dimensión natural. Las coloca de tal manera, que el cuerpo al pronunciar “piedra” no hable de una

piedra sino de todas las piedras o de una metáfora dura, inmutable, que existe en la contundencia mineral y que evoca algo antiguo y distante. Pero mi deber poético, si es que esto existe, es apropiarme de esa falta de dimensión de la palabra y volverla a traer al cuerpo y a la experiencia personal. Hacer de algo magnífico, infinito y universal, una excusa personal, cotidiana para el placer.

El poema es sencillamente una prolongación de quien lo escribe o de quien lo decreta. Digo decreta porque el poema puede ser, en lugar de un manojo de palabras, un gesto, una experiencia, una actitud que no lleva letras ni ritmos ni lírica. Sin embargo, por aquí es donde comienza a desdibujarse el sentido literario del poema. Comenzamos a navegar en los esteros de una verborrea estéril, que pretendía originalmente buscar detrás de la escena, o profundo en la savia y termina girando sin rumbo sobre el barrial sin que eso sea necesariamente más pleno a la experiencia humana.

Si no vas a traer un poema o algo mejor que un poema, no traigas entonces habladorías estériles. Es lo que entiendo. Aunque la poesía puede ser también esas habladorías o esas habladorías pueden meterse en los terrenos de la poesía y ser confundidos con el tiempo. ¿Cuánto no habremos confundido? He llegado a creer que el poema no existe, los que existen son los poetas y su voluntad creadora.

La poesía es este diálogo interno e infinito que atraviesa sin piedad lo cotidiano. La poética no es poética sin la cotidianidad para ser cotejada, para ser probada en el terreno. Ni es poesía la estatua ni el banco ni la pareja que se besa en frente ni la plaza ni las ardillas. Pero hay algo en esa sinapsis que invoca lo poético. Acaso nunca sabremos lo que es. Será un misterio que habrá que perseguir por siempre. Ese es su poder seductor.

Yo prefiero no conocer al poeta. Tengo vocación de forense. Me gusta disectar el poema como si fuera una flor que hay que analizar desde la antera de los estambres hasta el estigma del pistilo. Suena biológico, recuerda los libros de primaria en su afán positivista. Nos enseñaron a querer la poesía y a sospechar del poeta. Nos enseñaron

a amar la lírica y a menospreciar la frase callejera. Yo me interesé por la poesía, no por los poetas ni sus vidas turbulentas.

Yo me interesé más por los poetas y sus anécdotas. Todo lo demás era consecuencia de esto. Sé que todas esas anécdotas son falsas o han sido exageradas por la historia. Se ha “poetizado” cualquier simple pasaje de la vida, buscando construir leyendas, buscando justificar algunas letras escritas.

Nuestras visiones no son contradictorias, sino complementarias. Vamos a hablar de otra cosa mientras pasa la tarde o simplemente guardamos silencio y vemos a los transeúntes. Digo, para no diferenciar poesía de poeta y ser felices.

# Estrategias para una religión

Una religión es un paquete de creencias, liturgias, emociones, convicciones, mártires, enemigos y objetos, armados de manera que se convierten en el sentido de la vida de cualquiera. Pero desde dentro de la religión no se puede ver claramente lo religioso ni sus componentes ni sus ingredientes ni sus costuras. De las religiones antiguas, ya casi convertidas en instinto, muy difícilmente se pueden tomar datos. Hay prácticas que no son religiones o al menos no quieren aceptarlo, pero tienen los mismos ingredientes y los mismos resultados. De estas últimas se toman datos con más facilidad. Las religiones se pasean por el idioma, por la historia, por la idiosincrasia, por la cultura, por la gastronomía, por la política, por casi todos los aspectos de la vida humana. Esto, sumado al hecho de nacer dentro de una de ellas y sus influjos, hace poco menos que imposible una disección medianamente decente.

Sin embargo, no son pocos los intentos de disectar los sistemas religiosos y sus misterios. Concluimos que estos mecanismos religiosoides son innatos en el ser humano. Los patrones se repiten casi idénticos entre partidos políticos, sectas, grupos militantes, pandillas, activistas, cofradías, etcétera. El miedo es innato, el placer, la muerte, el amor. Es obvio que desde estos signos surjan las mismas formas y las mismas necesidades. El marxismo más radical execra de su sistema los elementos religiosos por considerarlos anticientíficos. Las creencias, los sueños, incluso las utopías, se tratan de soslayo en los estudios que pretenden establecer verdades lapidarias por la misma imposibilidad de asir en su totalidad, incluso su propio concepto. Cuando un estudio con pretensiones científicas intenta versar

sobre lo espiritual, se le va todo el estudio solo con los intentos de definición de qué es lo llamado espiritual. Sin embargo nunca está demás otro intento.

Es necesario un misterio original: un pedazo de historia faltante, una incertidumbre profunda, una pieza discursiva o gráfica que encierra una ambigüedad o una rendija cognitiva que admite todas las interpretaciones posibles. Mientras menos se sepa del hecho o del origen del hecho, será mejor. Este misterio original es objeto de cavilaciones, de meditaciones de extensas exégesis que nunca llegarán a ninguna conclusión. Para eso es un misterio, para que persista como misterio por toda la eternidad.

El mártir: Hace falta igualmente alguien (a veces algo) que funja de mártir. Este sujeto es el originador del misterio y a la vez el depositario de las virtudes más altas alabadas por el sistema y sobre quien recaen los sacrificios, penurias y malos ratos. Se ha convertido por magia de la narrativa en el ejemplo ético y moral. Aguantó todos los vejámenes, soportó todas las tentaciones, fue el mejor, el más abnegado, el más sabio. Todo según la narrativa propia de cada sistema. Es probable en algunos casos que el mártir no haya tenido ninguna actuación destacada hasta el momento del sacrificio. El mártir debe cumplir con algunas características particulares. No solo debe ser y encarnar el martirio, sino parecer mártir, tener mirada, vestimenta y manos de mártir. Es clave aquí la imagen. La foto o la pintura que deje claramente a la vista los elementos del martirio. El tocado, el sombrero, los objetos. La iconografía y la hagiografía europea son especialistas vastísimos de las características de los mártires. Van desde lo dramático a lo cómico, de lo histórico a lo fantasioso con la misma elegancia.

Pero hay mártires no cristianos y del siglo XX que cumplen con el mismo mecanismo semiótico. Más asociado a la política, estos mártires tienen un porcentaje notorio de héroe, de militar, de líder sabanero, de pastor de rebaños o de jefe civil. En las militancias radicales como la ecología, las luchas de género y otras causas nobles

conexas e inconexas, el mecanismo es exactamente igual: solo cabían algunos elementos semióticos y algunas liturgias.

Las liturgias: Las formas de la fe. La semiótica de las emociones y de las creencias. La manifestación visual y formal de la angustia del miedo y de la esperanza. Las liturgias son variadas en belleza y procedimientos. Infinitas en sus matices culturales, casi exactas en su dimensión histórica. Dentro de las liturgias se dibuja un mapa más o menos preciso de los sentidos humano. Olores, sabores, formas, sonidos. Más hermosos unos, menos armónicos otros. Antiguos y modernos pasan por el registro sensorial humano y han construido en el tiempo un vasto universo a veces llamado cultura, o dogma, historia o amor patrio.

La liturgia consta de varios elementos. Hay un teatro preciso y ensayado como ritual central. Donde hay objetos simbólicos, sonidos sagrados, olores que elevan, frases, colores, formas. Es muy probable que haya un texto central básico. Es por lo general hermoso al menos armónico, redondo, identificable a simple vista. Es una especie de poema mil veces cantado y memorizado. Contiene la esencia del sistema y con el tiempo pierde sus características textuales para convertirse en algo incuestionable, blindado, más allá de todo análisis. Algunos sistemas convierten estos textos en objetos físicos tridimensionales, cargables, tocables, portables o totémicos.

El santuario: Lugar donde sucedió algo determinante. Aquí vivió, aquí nació, aquí murió, aquí se iluminó nuestro héroe. La geografía que acompaña es fundamental para el sistema. Esta casa, este árbol, este puente. Queda en los sitios algo del espíritu. Necesitamos anclar los sistemas de creencias en geografías acaso imaginarias. Necesitamos valorizar la geografía con nuestras angustias sacralizantes. Es así.

El enemigo: Los sistemas religiosos o religiosoides deben contar con adversarios tremendos. No se puede construir uno de estos sistemas sin que un enemigo demonizable esté a la vista. Es decir, hay que fundar la religión y dejar claro la antirreligión. Sin esta

contradicción no habrá fe profunda. Este enemigo es el antitodo, el otro, el contrario, el adversario universal. Desde la otra acera, nuestro mártir puede ser el antiuniverso de ese sistema. Así de sencillo.

Si todo fuera así, no habría problema, pero esta sencilla gramática es ininteligible desde los propios sistemas. Cada sistema hace ver la verdad, la universalidad, la perfección de su propio sistema. Y por supuesto lo monstruoso del contrario. Todos funcionan igual. Ninguno escapa de esta práctica ni siquiera el que dice que no practica este principio. He visto las inteligencias más claras sucumbir ante el peso de los sistemas religiosos. Dar paso al dogma ante la razón. Y es que así ha sido siempre. Nadie puede decir que nuestra historia sea razonada, alejada de lo mágico y lo intuitivo. Los que han invocado el cientificismo para explicar las conductas humanas son los más mágicos, los más envueltos en mitologías profundas para las cuales no tenemos ninguna explicación (y no hace falta tenerla). Es maravilloso ver las maniobras para hacer pasar algo mágico como algo razonable y algo emocional como una justificación histórica. Esta es quizá la clave de toda la gesta intelectual humana, la historia de las atrocidades y también de las hermosas historias humanas que han ido dejando por allí sus huellas y sus restos y que son profundamente hermosos más allá de toda comprensión.

# Angostura

Fue en el techo de la Casa del Correo del Orinoco. El sol caía en el mes de febrero escondiéndose cerca del puente Angostura. Estábamos de paso y de trabajo, y dos mujeres guayanesas nos acompañaban dejando brotar el orgullo gigante de la gente de esas tierras. Recordé quizá por los antiguos muros o por la visión enamorada de la ciudad antigua un cuento medio aprendido que cargaba siempre a mano para estas ocasiones. Rápidamente lo solté como para hurgar más adentro en el orgullo e invocar a los fantasmas de la historia a que hicieran acto de presencia. Pregunté por la veracidad de la vida y obra del doctor Johann Gottlieb Benjamin Siegert, mejor conocido por ser el inventor, hasta donde yo sabía, del famoso amargo de Angostura. Este elixir de fama mundial lleva el nombre del accidente geográfico que bautizó a un poblado ribereño, que en lo personal despierta muchas emociones y recuerdos de una niñez acaso feliz: Angostura. Lo cierto es que en medio de la tarde dejo caer la especie de que el doctor Siegert en una iluminación tropical inventó o descubrió un tónico aromático y amargo que se haría mundialmente famoso y sinónimo de los más exquisitos cócteles. Pero mi anécdota, con la cual debo confesar, quería lucirme, era que sabía que Siegert había anotado en la pared del sótano de su casa la fórmula secreta de su invento y que al vender la casa, el nuevo propietario la había borrado para siempre. Pedí conocer el sitio de la casa y confirmar si esta anécdota era verdad. El río Orinoco en febrero estaba bajo y la piedra del medio relucía al sol como un monstruo marino. Los botes desembarcaban a unos cuantos metros del nivel del paseo y se veía a lo lejos la fila de gente subiendo y bajando las escalinatas

que van a sumergirse poco a poco en las aguas del río. Un poco más allá estaban clavadas tres cruces en un gólgota orillero sin profetas ni ladrones.

Una de las guayanesas que nos acompañaba disparó de primera echando mano de años de orgullo e historia que corrían por sus venas: esa casa está justo al lado de mi casa. El doctor Siebert en efecto dejó su receta secreta en aquella pared, hoy el sótano está condenado y la fórmula perdida para siempre. Pero había más. Ese cuento no es exactamente así como lo cuentan. Siebert, en efecto, fue un patriota al servicio de los ejércitos de Bolívar y vivió en Angostura y fue un botánico aficionado y un amante teutón entre las incandescencias del trópico y los efluvios de locura de las selvas del sur. Me contó la guayanesa que el doctor Siebert se había casado primero con María del Pilar Araujo, de quien había enviudado en 1830. Pero es Bonifacia Gómez, su segunda esposa, quien le relata un viejo cuento de sus ancestros kariñas. Le habló de un elixir casi mágico que los indios usan para curar el paludismo y los mareos. Era un brebaje que portaba los espíritus profundos del sabor de la selva, los aromas milenarios de la sarrapia y la quina. Otras plantas se sumaban a la receta original. Siebert advirtió en aquella fórmula la oportunidad de que su nombre quedara asociado a la ciudad que lo había recibido y a los amores que habrían de transformar su vida. La historia se encargó de borrar el nombre de Bonifacia y perpetuar el del doctor Siebert. El amargo de Angostura ha resistido doscientos años de historia, Ciudad Bolívar sigue mirando al río y los amores resucitan.

# El apocalipsis del automercado

Estaba en el peor automercado de toda Caracas. Espantoso concepto gringo de mercadeo, sin alma, sin calidez de mercado al aire libre, sin la ancestralidad de los campesinos trayendo sus mercancías. Pero la poesía es terca, los poetas son inoportunos y la realidad coquetea entre lo patético, lo espectral y los barnices ilusorios del neón. Este sitio era una mala imitación de los malos automercados. Enclavado en el centro del cemento urbano, sin historia, sin fama de vender esta o aquella fruta extraña, el mejor café o al menos una buena atención. Este es un automercadito de emergencia, de esos en los que se compra cuando ya no hay más remedio. Sal, bicarbonato o una de esas cosas que se acaban cada ocho meses un domingo en la tarde.

Hay calor, los enlatados lucen su monótona figura, las frutas refulgen organizadas en pilones seductores, justo como no están en la naturaleza. Las muchachas que atienden las cajas (siempre son mujeres) ni ríen ni están tristes ni ven lejos ni cerca ni son amables ni antipáticas, parecen parte del mobiliario del automercadito, mueven los dedos, arriman los productos, revisan el código de barras, piden la cédula, llaman al coordinador para devolver un producto. Todo igual, sin ninguna pasión, solo con el compromiso de pasar desapercibidas ante el jefe y ante la fila de clientes, que también somos todos iguales. Afuera ladra un perro que un cliente ha dejado amarrado, está prohibido entrar con mascotas.

Cargo debajo del brazo un ejemplar de la revista que hacemos, nuestro sueño de toda la vida, un trabajo colectivo, hermoso, parido a punta de trabajo y compromiso: se llama *La Mancha*. Sin ningún

motivo, ya en el angosto pasillo frente la caja registradora, volteo para ver a los clientes que están pagando en la otra caja, justo la que da a mis espaldas. Nada sorprende en el peor automercado de Caracas, es una boina negra, una camisa blanca y una melena blanca que escapa de la boina. Es Ernesto Cardenal, el poeta. Allí, en la otra caja haciendo la cola, va a pagar unos productos. Sorprendido ante la imagen de santo de Cardenal, lo observo sacar la cartera, arrimar los productos hacia las manos de la cajera. Veo que tiene bajo su brazo unos libros que no alcanzo a identificar. Ernesto Cardenal, uno de mis poetas más admirados, en el peor automercado de Caracas, sin ningún ambiente propicio para la poesía ni para acercarme y decirle “maestro, un gran saludo, de verdad su poesía me ha transformado”. Me viene la imagen del poeta joven cantándole a la novia aquellos versos anónimos cargados de rabia y de convicciones. Cargo bajo mi brazo mi propio poema viviente, una revista cultural que recoge en la distancia el espíritu de aquella gesta sandinista que seguíamos con fiebre adolescente. Me doy cuenta en ese automercado que los sueños se tornan realidad, pero nunca como uno lo espera. O quizá sea que los poemas se convierten en realidad y este es un poema de Cardenal que se ha materializado de repente ante nuestra emoción, sin pedirnos permiso, en el medio de un miserable automercado en el medio del cemento, en Caracas. Cardenal es así. Así es la poesía.

# Todos han muerto

María Auxiliadora asesinó a la hija de Antonio y a los tres niños. No es una novela de detectives ni la crónica policial ni un relato del más allá de la ciudad que no vemos. Es una noticia de los vecinos. La madre de los niños, la mujer de Antonio, fue una Venus taciturna de un barrio de El Valle. Cuando Antonio se la trajo a vivir con él al piso 11, todos la codiciábamos, haciendo caso omiso del mandamiento bíblico. Era hermosa y lejana, ojos verdes amarillos, blanca, de cabellera larga. Nunca me recordó a ninguna pintura del renacimiento, porque en ese entonces las pinturas del renacimiento no me acompañaban en la intimidad como después lo hicieron. La mujer de Antonio desfilaba en chores cuando lo íbamos a visitar. Nosotros, unos carajitos preadolescentes, él con mujer en casa y a punto de preñarla. El padre de Antonio era un boxeador cumanés y la madre una auxiliar de enfermera que se vestía de blanco desde los zapatos hasta la cofia. La mujer de Antonio parió dos niños, primero un varón muy parecido a él. Varios años después parió una niña muy parecida a la madre. Esta niña tuvo a su vez tres hijos que se criaron solos entre malos amores y olvidos, entre abandonos y besos negados. Fue una noche de terror embadurnada de celos y miseria, de gritos dolorosos y memorias agrestes. No hubo testigos.

María Auxiliadora asesinó, en una orgía de ira y desesperanza, a los tres niños. Lo hizo desde las tripas, sin razones ni análisis, por un solo impulso arrasador que corría como corre el fuego en las sábanas. Crimen pasional lo llaman. Arrancar la vida por razones del corazón, de la carne en su sentido sexual y amoroso. ¿Quién puede después descifrar algo? María Auxiliadora y la hija de Antonio se

amaban sin sobresaltos. Sexo y cariño, compañía y necesidad, refugio y conformismo. Nada del otro mundo, nada que no le suceda a cualquier pareja. Recibos y mercado precario, pago de alquiler y ropa barata, paseos cortos sin muchos gastos, viaje a la playa para amontonarse en la peor esquina. Todo normal. Demasiado normal, demasiada mala vida para tan poca gente. Antonio fue mi amigo desde niño. Tuvo carros antes que todos nosotros. Tuvo la mejor camisa de los Piratas de Pittsburgh de todo El Valle. Tuvo el casco de los Royals de Kansas City y bates de aluminio. Ya más grande, usaba lentes Ray-Ban y franelas que salían por la televisión. Ninguno de nosotros soñaba ni siquiera con lucir una camisa de los Tigres de Aragua. Antonio era el niño consentido. En la fiesta de fin de año llevaba zapatos patentes y paltó a la medida, tenía una risa contagiosa y era el rey de la frivolidad. Pero mi madre me contó ayer que los tres niños y la madre fueron asesinados.

Así sin preámbulo mi madre habla de asesinatos, de muertes y a la vez de historias adolescentes ya lejanas. Recordé el poema de Vallejo *Todos han muerto*. Una lista de ausentes que en algún momento formaron, por los azares del universo, parte de la historia de nuestras vidas. No sé quién sea María Auxiliadora ni nunca supe nada más de la mujer de Antonio ni de los niños. Solo me sorprendió la noticia que me dio mi madre, que todos habían muerto. La auxiliar de enfermera, el boxeador oriental, la Venus taciturna, el otro hijo, el mismo Antonio, todos han muerto. Para qué sirvieron todas esas vidas. Cuándo comenzaron estas vidas a dejar de ser vidas sin ser muerte todavía. O es que la única justificación de estas vidas ha sido esta muerte incómoda y descortés. Todos han muerto en el silencio de aquella nada de malos amores y camisas de béisbol, sin grandes triunfos en el *ring* ni grandes épicas amorosas. Solo malos amores que trajeron la muerte.

# Historia de los marcalibros

Primero se conformó con los de cartulina de mala calidad, impresos con un sello de tinta morada. La promoción y el logotipo de una librería esotérica fueron llenando la latica de la mesa de noche. Era un afán absolutamente adolescente, coleccionar marcalibros, más marcalibros que libros. El logotipo de la librería esotérica era un ojo que todo lo ve, a manera de centro de un triángulo místico. Amarillos, rosados y azul claro, se notaba que era la peor cartulina. La estrategia de publicidad de la secreta librería esotérica no era mala del todo, con un sello morado y un pedazo de cartulina se cumplía el objetivo. Pero la ansiedad típica de los coleccionistas rápidamente se dio cuenta de que la colección no puede ser de un mismo objeto repetido. La gesta secreta de los marcalibros comenzó temprano. Era una cacería sin cuartel, a prueba de todo fetiche, el morbo adolescente se mezclaba con el deleite formal del diseño y los colores. Cada marcalibros fue formando una panoplia pobre, de mínima expresión pero de marcada liturgia erótica. A medida que la latica se fue oxidando fueron llegando otros marcalibros.

La herramienta de cartón impreso que guarda celosamente el sitio donde se ha dejado la lectura, se convirtió en código de un estatus clandestino. Yo leo. Los que leen se identifican por la manera como se inserta el marcalibros entre las páginas. Las mujeres que leen tienen marcalibros más delicados, menos comunes, acaso combinados con el vestido o la falda. Algunos libros de remate vienen con marcalibros dentro, alguien los olvidó y el tiempo oscureció el trozo de la página con el que hacía contacto. Pero no hay marcalibros mejores que otros. Es un pedazo de cartón, repito, que ayuda

a la memoria y al tacto a buscar el sitio exacto de la interrupción. Solamente eso.

Fueron apareciendo nuevos marcalibros de otras editoriales, colecciones de buen diseño, grafismos poéticos, retratos de Kafka, de Cortázar, ilustraciones de Durero. Tiempo después, en la ciudad de México o en Buenos Aires entró a una librería y recogió del mostrador, al momento de pagar su compra, unos marcalibros violeta y amarillo con frases lúdicas. De Turquía llegó un marcalibros metálico que semejaba el lujo turco de la época del Imperio otomano: oro con filigrana zoomorfa. De Egipto llegó, recuerdo, un pedazo de papiro amarillento con la imagen de Anubis coloreada a mano, era una pieza particularmente curiosa. Pero los mejores marcalibros son de sulfato y colores planos, aun cuando sean una vil publicidad de esta o de aquella editorial o librería. Qué hacer con el marcalibros mientras se lee: lo ponemos al final del libro, o lo dejamos desde donde arrancamos para ver cuánto leemos de esta sentada y calcular y comparar si estamos leyendo más o menos rápido o más o menos cantidad. Otra opción es ponerlo sobre la pierna y pasar al descuido la yema del dedo índice por el filo del cartón. Todo depende de si es de tarde o de noche. Así es el rito esotérico de los marcalibros.

Es obvio deducir que la invención del marcalibros fue posterior a la invención del libro. Pero los libros no siempre tuvieron la misma forma. Si recordamos los quipu de los incas, ese atado de cuerdas de lana con nudos a modo de recurso nemotécnico, cabrá imaginar una cuerda diferenciada en color o en textura que permitía volver al mismo sitio de aquel universo textil. Las tablillas de arcilla o piedra de la Mesopotamia antigua dejaron un libro sólido texturado de incisiones. Apiladas estas tablillas hacían un cúmulo de “hojas de barro”. Cada pila podía entenderse como un libro. La posición de la tablilla dentro de la pila podía dar una pista a la memoria o quizá una hoja de árbol o un trozo de madera tallada.

Los rollos de papiro o de vitela exigían un recurso diferente, pero igualmente era una pista física capaz de mantener su posición

en una larga hilera de signos. Pero cualquier objeto bastaba para dejar una huella, allí donde la memoria lo necesitaba. Vale imaginar el primer marcalibros pensado como tal. Ya no un pedazo sobrante de material, sino una pieza decorada y concebida con la función clara de dejar la huella entre los signos. Con los libros gigantes de las liturgias musulmanas y cristianas, se le adosaba al lomo del libro una tira textil que quedaba atrapada entre las hojas. Sencillamente se dejaba al olvido al cerrar el libro.

# Panadería Apolo

Existe, no es leyenda, un océano de hierbas con atardeceres dorados. Ríos cristalinos y morichales cruzan esta sabana perfecta, pero esta sabana infinita queda justo sobre un mar de petróleo y bajo el influjo del aceite de las piedras se fue dibujando su cara para bien y para mal. Allí hay un pueblo petrolero, literalmente petrolero, fundado sobre el excremento del diablo e insuflado de los sulfuros fecales que soplan desde los pozos y los campos.

La sabana ha sido herida por un pueblo a media historia, por un poblado de obreros, indígenas, policías, choferes, tías y putas sabaneras. Todos conviven en santa paz, que algún accidente de carretera altera de vez en cuando. Pero este pueblo sabanero es un cúmulo singular de olores. El mastranto es una hierba erecta que da unas pequeñas flores lila en minúsculos ramilletes. Esta hierba suele crecer a orilla de carretera y cada cierto tiempo, porque la carretera se mide en tiempo y no en distancias, aparece disparándose hacia el cielo.

Cuando el pueblo es petrolero, quiere decir que respira y responde a la lógica industrial de la extracción del crudo. En esas tierras saben bastante de eso y de la miseria que va dejando la industria. Los indios kariña se acercan a la carretera en una imagen espectral, son personas que viven en otra dimensión de la visualidad. La abuela decía que su apellido era Tamanaico, ese hombre descalzo, de mirada lejana, con una falda azul marina con borde rojo, para los carros que pasan a toda velocidad es una curiosidad del paisaje, algo lejano, desconocido, negado y oculto.

Alexander von Humboldt vino a parar a estas tierras y quedó sorprendido por la extensa sabana cubierta de hierbas y de atardeceres

iridiscentes que arrullan las tardes. Imagino siempre a Humboldt escuchando en silencio los millones de insectos en la noche, tratando de descifrar el canto de cada uno en aquella sinfonía infinita que ahora se llama la mesa de Guanipa. Ahora hay un pueblo llamado El Tigrito y en ese pueblo hay una panadería llamada Apolo, y de esa panadería ha emanado un olor a pan que ha quedado indisolublemente unido a mis emociones. La panadería está a orillas de la gran carretera que cruza al pueblo de lado a lado. Tiene vidrieras y mostradores de madera. Quiero recordarla pintada de turquesa y con un gran anuncio “APOLO” en el frente, quizá de neón y lata. A las cinco y media de la tarde el pan está saliendo del horno y el aroma impregna el pueblo petrolero. Luchan los efluvios fecales del petróleo con los aromas de la masa calentada por el horno.

Desde siempre he cuidado el recuerdo del olor de la Panadería Apolo a las cinco y media de la tarde en la Mesa de Guanipa. Lo he cuidado como quien cuida un objeto sagrado conseguido en una iglesia o un fetiche amoroso que alguna novia dejó abandonado en el cuarto. Entiendo que el aroma del pan no anda solo, esa harina y ese horno no tenían nada de especial o diferente a cualquier otro horno, a cualquiera otra bandeja de panes calientes que sale a las vidrieras cerca de las cinco y media de la tarde. El momento, las palabras de la abuela, la brisa de la sabana, el hermano, la madre, el tío, la cercanía de los ríos y los balancines van con ese olor. El sonido de la palabra pan tiene ese olor, la forma de los panes de todo el mundo tiene ese olor, la textura del pan en la India o en Buenos Aires busca tener ese olor, aunque falten los crepúsculos de la sabana o los indios kariña con sus faldas. Es el olor del universo. Lástima que ahora viva solo en mi memoria.

# Breve historia de las empanadas y las apetencias

No tengo dinero para comprar comida, pero tengo todo el tiempo del mundo. Me levanto de la cama, me pongo mis pantalones de pintar, voy al cuarto que sirve de taller y contemplo a mis anchas el tiempo cuando camina lento o rápido por mis papeles y mis frascos de agua coloreada. No tengo dinero para comprar comida y me provoca tres empanadas y una malta. Pero todo cambia rápidamente. Me he visto tentado a creer que me hace falta solo dinero.

Allí están las empanadas. Las veo pasar, ahora con dinero en el bolsillo, están relucientes, calientes, a la espera de mis ganas de comerlas. Tengo hambre, tengo dinero, allí están las empanadas, pero no tengo tiempo. He dicho que las he visto pasar, pero sería mejor decir que ellas me han visto pasar a mí en mi escasez de tiempo.

Comencé a trabajar y conseguí algo de dinero, mi apetencia de empanadas está intacta. Tuve que sacrificar aquel tiempo libre, pero hasta ahora casi todo sigue su curso más o menos normal. Es simple: tiempo por dinero. Hay que saber hasta cuándo jugamos en este trueque perverso. No siempre se sale ganado. La realidad es tramposa, pero es la realidad.

Tengo un carro a mi disposición. Quiero comerme tres empanadas y una malta, como siempre. Tengo dinero para pagarlas, tengo un poco de tiempo para buscar y encontrar, para darme el lujo caribeño de la guasacaca. Tengo hambre y ganas de comer. La ciudad está sitiada por disturbios, de nada me sirve el carro ni el dinero ni el tiempo ni las ganas ni el hambre.

No estoy bien de salud. Ni mi estómago ni mi boca me acompañan en el apetito. Todo me cae mal, tengo una erupción en la boca que hace que me moleste todo lo que como. Panes, galletas, masas fritas, hasta los vegetales se convierten en abrasivos lacerantes en la lengua. No puedo comer casi nada. Menos empanadas fritas. Tengo dinero, tengo tiempo, tengo carro, tengo ganas, pero no tengo salud para comerme las tres empanadas y la malta.

Es terrible la falta de dinero en una sociedad monetarizada. Da la sensación de limitación, de desamparo. Hay un espejismo que pretende fijar en el ánimo que el dinero es lo más importante del sistema de las satisfacciones. Casi nos convencen en este capítulo de las empanadas.

Hoy pasé por la misma vidriera de la esquina de Tienda Honda. Voy tranquilo, pero no hay empanadas. Los ingredientes se hacen difíciles, ya no es la hora de las empanadas, el relleno o los trabajadores no coinciden. La guasacaca, las servilletas, la electricidad, el gas, el agua, la paz. Mis ganas de comer empanadas, hasta ahora están intactas. Caracas es un tablero extraordinario. Aquí siempre pasa algo entre las apetencias y las satisfacciones. Tengo dinero, tengo ganas de comer, tengo salud, tengo carro, tengo tiempo, tengo ciudad todavía.

Hay una plaza con una estatua del general Falcón, héroe de la Guerra Federal. Me siento en un banco sucio de esa plaza a pensar un rato y a sentir la brisa entre los árboles. Busco explicación para mi desgano de comer empanadas. Hoy no tengo ganas de comer empanadas. Es inexplicable, pero así es. Siempre tengo ganas de comerme tres empanadas y una malta, pero hoy no sucede así. Todo cambia muy rápidamente. La ciudad cambia, yo cambio, el clima, la política, la salud, la economía y sobre todo mi ánimo y mis apetencias. Recuerdo cuando no tenía dinero para las empanadas e intenté depositar en el dinero el origen y la consecuencia de todo. Luego el tiempo, los disturbios, la salud, las ganas. Un huracán completo de circunstancias dibujaron las vidrieras y calentaron los aceites. Llegaron elementos impensables: un carro, hasta chofer y horarios

especiales, más o menos ímpetu, caminatas, extraordinarios climas, palos de agua, reuniones de alto nivel y desengaños de bajo nivel.

La plaza del general Falcón ha sido testigo del circuito amatorio de los disturbios y las empanadas, del chofer y la falta de tiempo, del clima y las ganas de comer. Hay muy poco que entender, es un mecanismo con una clave secreta. Tiempo y ganas no andan juntos ni geografía y política ni amores y monedas. Las claves secretas se combinan con los huracanes políticos y los amores. No hay tiempo humano para entender los acertijos tramados de esta ciudad universo cargada de banderas y guacamayas, de humo de monóxido y nenúfares. Qué ingenuo fue creer que la falta de dinero detonaba el conjunto de problemas asociados a la empanada. Qué fácil pensar que un solo elemento fuera capaz de halar a todos los demás.

La plaza de Falcón con su suciedad hace descubrir la simple verdad oculta en la empanada y el sistema de apetencias. Si no hubiese deseado comerme tres empanadas y una malta no hubiese activado el mecanismo de las apetencias y no hubiésemos llegado nunca hasta aquí. Es decir, el problema original es la apetencia y los mecanismos que ella activa como una especie de sistema solar.

La empanada es un pequeño pastel de masa, de harina de maíz rellena de carne, queso, pollo, perico, cazón o cualquier otro invento más o menos feliz. Estos pasteles son fritos en un caldero de aceite a alta temperatura. Son colocados en agrupaciones por sabor en filas lustrosas casi en cada esquina de la ciudad de Caracas. Para hacer este pastel, se estira la masa con los dedos sobre un pedazo de plástico o tela buscando crear una circunferencia bastante regular. El relleno se coloca sobre este disco de masa, se levanta la mitad del círculo y se cubre el relleno de manera que ahora hay una media luna un poco gorda. Es necesario cortar y sellar los sobrantes del círculo y levantar con cuidado para sumergir en el aceite hirviendo. Del fuego surge una fritura dorada rellena de un humeante contenido que, a manera de útero de maíz, se convierte en un manjar matutino muy apreciado en las altas velocidades de la ciudad.

Desde las entrañas y la dorada cáscara de las empanadas emerge un influjo hipnotizador que la hace universal en el territorio venezolano, pero este no es un texto sobre las virtudes de la empanada, sino una bitácora acaso fallida de los botones y las palancas que este influjo mágico puede activar.

Ahora cada elemento del sistema es una ficha identificable. Apetencias, dinero, ciudad, aceite, tiempo... Hay un tablero y unas fichas, las reglas del juego son desconocidas, pero tenemos la posibilidad de combinar jugadas, de juntar una apetencia y un objeto, un camino y una memoria, un gusto profundo y una idea. Si todo fuera así de simple la vida se llamara de otra manera. Apenas logramos asomarnos en la rendija y ver la vida pasar como un gato maquinador, aparece otro montón de fichas y de mapas, de apetencias y volteretas del universo y nos distrae. Tengo ganas de comerme tres empanadas y una malta.

# Cabeza de pato

Cuál es la forma del universo. Tengo seis años y todavía no lo sé. Quizá no lo sepa nunca, porque saber la forma del universo no tiene que ver nada con la edad. La forma del universo es un pedazo de arcilla en las manos de un niño de seis años, en el kínder de la escuela Gran Colombia en el año 1974. El pedazo de arcilla gris es repartido con cierta equidad entre 20 niños con bragas verdes. Hay una maestra y una asistente. No recuerdo con amor a mis maestras, son todas unas viejas brujas, conservadoras, vestidas de poliéster, católicas consentidoras de uno o dos alumnos que nunca era yo. La forma del universo es libre, pero solo hay 45 minutos entre la nada o una especie de Big Bang y la manualidad del Día de las Madres. Una bola de arcilla, 45 minutos, la forma del universo y una madre. Es todo el reto de hoy. Cuando dicen manualidad obviamente pienso en las manos, para mí es un deleite maravilloso, pasar el rato inventando formas de la nada, inventado un objeto que recién está llegando al universo. Me gusta más si hay que hacerlo de tierra y agua, casi que los ingredientes básicos de este universo que comienzo a conocer.

Yo también estoy llegando recientemente al universo, solo seis años. La arcilla tiene más tiempo, las maestras sé que tienen menos que la arcilla. En el universo van a transcurrir cuarenta y cinco minutos, que para el universo no es nada. Los otros niños de braga verde rápidamente conforman con sus manos una figura femenina con moños y falda, que con frecuencia está cocinando o sentada en una silla como quien teje o descansa. Otros hacen una pareja de madre y padre y un niño al lado. A simple vista parece que los padres

se quieren o al menos se toleran. El niño los contempla y esboza una sonrisa intrascendente. Los minutos siguen avanzando y mi bola de arcilla da vueltas sobre la mesa, se va secando entre las manos que comienzan a tener una capa mate y blanquecina de polvo, de tierra menuda, de minerales de este universo. Es la manualidad del Día de las Madres. Otro año será una lata forrada de peluche, un jabón adornado de encaje y alfileres, algo armado con paletas de helado, una tarjeta de pergamino.

Lo que descubrí con el tiempo fue que las formas me hipnotizaban. Si había un objetivo original, una forma que había que imitar, se me iba olvidando en el camino, el motivo desaparecía en el absoluto placer de ver la pintura rodar por el papel, de ver el lápiz armar un entramado notable sobre la superficie blanca, sin rumbo, sin plan original, sin ni siquiera una expectativa. El puro placer de sentir que se moldeaba ese pequeño rincón del universo por mi voluntad sin voluntad, por mi placer fugaz y erótico de ver una mancha construyéndose desde el frasco hasta la superficie del papel sin que la torpeza o el accidente tuviesen que evitarse, sino que eran justamente en muchos casos el sentido, la chispa de esa forma que hacía su entrada en este universo. Ya dije que odio a las maestras. Pasan los minutos y a este universo no llegan figuras de la madre ni de los padres ni los muñecos de la televisión, al menos no salen de mis manos.

Sigue la bola de arcilla erráticamente girando, alargándose, volviendo a aplanarse, buscando en mis manos el empuje perfecto, la justificación exacta que la haga imitar alguna forma reconocible, cercana, familiar. No aparece ninguna. La maestra dirá cual bola de arcilla imita o recuerda mejor la forma que llegó antes a este universo. Las manos que se pierdan en la búsqueda de las formas, que no imiten al universo, que se lleven los cuarenta y cinco minutos viendo para otro lado y dejen secar la arcilla y no pongan atención, serán execrados para siempre de la hagiografía de la maestra horrible. Así es el universo. Un saco de suposiciones y pareceres, un

emplasto de prejuicios e ideas prefabricadas que rigen a veinte niños vestidos con braga verde.

Se abre una rendija en los cuarenta y cinco minutos que son una eternidad. Y el tiempo no se cuenta en minutos, se cuenta en sudores, ya la arcilla no es una bola informe de tierra y agua sino una justificación de las manos de un niño de seis años que hace otra vez el universo. Ya la forma de la arcilla busca o no imitar otra forma sino que la materia crea, dibuja en este oxígeno otra posibilidad, otra más de las infinitas relaciones del universo. Pero ya este tiempo humano se acaba. Se acaba la clase, se acaba la paciencia de la maestra, se seca la arcilla y el sudor baja por las sienas. Se alarga un poco la bola de arcilla, contra la mesa, el golpe aplana una pequeña proporción. Clavo dos dedos, el índice y el medio. Alargo otra parte de la bola al frente de los dos huecos que han quedado. Los dos huecos parecen ahora ojos y la otra parte un pico aplastado como el de un pato. Viene a este universo una horrible cabeza de pato, o algo que se le parece de algún modo. Arrecia el sudor, la maestra se ve más horrible de lo que ya es, la arcilla se seca, el sudor chorrea todavía más. Las bragas verdes dan la impresión de un ejército cándido de niños. No es esta la primera ni será la última forma fallida que sale de las manos de un niño. Toda la vida será un intento más o menos feliz de traer formas al universo. Cabezas de pato a veces, otras veces algo un poco más feliz.

# Los dientes de Robert Rauschenberg

El museo está lleno de gente. Pasan las ráfagas de perfume caro. El museo es una vitrina artificiosa donde hasta los bombillos alumbran diferente, o los objetos más simples resaltan sus brillos con algunos ángulos especiales de las lámparas. Las puertas están abiertas, pero casi nadie viene. Hoy hay una sensación de lleno total, de avalancha humana, son apenas trescientas personas en una ciudad de seis millones, y cada vez que hay inauguración son los mismos trescientos los que vienen. Cuando termine la inauguración las salas quedarán vacías. Este es un acto que tiene más de farándula que de arte. Es la inauguración más importante del año. Robert Rauschenberg está aquí en la subdesarrollada Caracas. En el museo más importante de la ciudad. Él mismo en persona vino a inaugurar una muestra gigantesca que está dándole la vuelta al mundo y de manera especial ha incluido a nuestra ciudad. El museo está lleno de gente, el petróleo se cotiza a siete dólares el barril y Venezuela está feliz con sus automercados llenos de productos importados y sus tiendas de ropa que son disfraces gringos.

Cuatro años después la ciudad y el país van a explotar en pedazos, pero ahora se inaugura una importante exposición que nos coloca en el mapa del mundo de las exposiciones. Hay trescientas personas en el museo las mismas trescientas que vendrán siempre a legitimar este sistema. Esta vez dentro de las trescientas personas están dos comunistas de 17 años. Dentro del desfile de perfumes y farándula, en medio de los paltó y los vestidos de noche de las diputadas se notan sus zapatos de goma y sus pantalones desteñidos, se notan los morralitos baratos donde llevan el *Manifiesto Comunista*,

*La Madre* de Máximo Gorki y, de seguro, una revista cubana. Los dos muchachos comunistas han entrado al museo, la entrada es libre, todo está pagado por el petróleo.

En el Museo de Arte Contemporáneo se ha ido acumulando la colección más grande de arte moderno (no contemporáneo) de toda la América Latina: Picasso, Chagall, Matisse, Miró, Dubuffet, etcétera. Los grandes maestros del arte occidental, los que salen en los libros. Aquí están al alcance de estas trescientas personas, en Caracas. Las puertas físicas del museo están abiertas a todos. Las puertas simbólicas y espirituales están celosamente cerradas. Nuestra democracia está orgullosa de eso y el mismísimo presidente de la República viene hoy a recibir a Robert Rauschenberg. Nunca está demás retratarse con la intelectualidad, con los artistas famosos, con los príncipes de la farándula. Nunca está demás para la farándula retratarse con los políticos del momento, aunque hayan de pasar a la historia como los más corruptos. Es un juego pautado, un equilibrio frágil en el que todos deben colaborar. Arte, política, farándula y dos jóvenes comunistas en Caracas, en el año 1985.

El poder simbólico del arte va a la fiesta con el poder político y el económico. Todos celebran en esta gran noche caraqueña. Hace 26 años fue derrocado Marcos Pérez Jiménez y otra casta tomó el poder. Este museo es un símbolo preciso del país, de los que están y de los que no están invitados. Oropel y fama, poder y dinero, libros casi prohibidos y unas puertas físicas abiertas. Quien ose oponerse a este sistema quedará reducido a un hazmerreír abandonado en una esquina. El brindis es con vino, pasan las bandejas de pasapalos, ya el dólar va subiendo, hasta hace dos años estaba anclado históricamente en Bs 4,30. Viene el presidente, entre la multitud los dos jóvenes comunistas logran ver entre empujones a Robert Rauschenberg. Aseguran el perímetro, el sudor de perfumes revuelve el aire del museo. Uno de los jóvenes se convence, entre los apretones de la multitud y los flashes de las cámaras, de que quiere ser pintor. Los libros dentro de su morral se bambolean, los bombillos encandilan. Los dientes

de Robert Rauschenberg destacan entre todos los brillos de la sala. Llega el presidente (quien será recordado como el más corrupto de todos los tiempos), junto a las autoridades del museo se detienen ante una de las obras del pintor, hay aplausos y murmullos. Los dientes de Rauschenberg resplandecen como un oráculo del arte. Estamos en la cúspide: veinticinco años de democracia, los grandes pintores nos visitan, nuestros maravillosos museos están de fiesta, acabamos de renegociar la deuda externa con el FMI, ya el partido ha puesto a cuatro presidentes.

Esta rozagante democracia no tiene adversarios, todos los venezolanos están felices. Los empresarios son apenas sujetos de pocas luces que compran barato en una orilla y venden caro en la otra. Nos hemos familiarizado con las marcas comerciales más famosas del mundo y nuestros platos típicos tienen ingredientes que jamás hemos sembrado. Este es el espejismo espiritual que produce el petróleo. Todos ríen hoy en el museo, unos porque no entienden la obra de Rauschenberg, otros porque andan felices codeándose con el *jet set* del arte mundial, otros porque no calculan que en cuatro años el país va a explotar, otros ya ni recuerdan que hace un año el gobierno (el anterior) masacró a unos venezolanos en el pueblo de Cantaura. Los dos comunistas andan también felices entre tanto oropel y empujones. Han revisado los mesones de libros usados del pasaje Capitolio y han conseguido a duras penas comprar algo. Por casualidad se encontraron con la inauguración en el Museo de Arte Contemporáneo, por casualidad están en las calles de Caracas presenciando los torbellinos de las historia. Son testigos de tiempos que terminan, pero no pueden entender todavía cuáles son los verdaderos hilos que mueven el mecanismo.

Robert Rauschenberg declararía a propósito de su visita al país y el apoyo que el gobierno brindó para su exposición: Venezuela es un país muy particular, usan los aviones del ejército para transportar obras de arte. También los utilizaban para otras cosas, pero Robert prefería destacar el noble uso de transporte de arte. Los dientes de

Robert Rauschenberg vinieron a iluminar nuestro museo, nuestra democracia y nuestra boyante historia del arte local. Los profetas de la comarca alabaron la osadía del gringo, recomendaron a los pintores de aquí imitar a esta luminaria, seguir sus pasos, reconocer que este hombre estaba adelantado a su época. Qué alegría flotaba en el ambiente, qué festejo del alma y del cuerpo. El presidente de la República se carcajeaba con Rauschenberg porque este había incluido en una de sus obras la foto de una propaganda electoral callejera donde se veía claramente un bombazo de pintura estrellado contra las facciones presidenciales. Quizá esta fue la única profecía clara y precisa que en vida acertara el pintor.

El arte siempre ha sido profético. Esto no se puede negar. Zambullirse desnudo en el alma humana como oficio no puede ser sino esclarecedor de los misterios del universo, pero esto funciona para todo el mundo. La luz de los dientes de Rauschenberg duró bastante en disiparse. Un poco más que la democracia que vino a apuntalar y no apuntaló.

# La reina de Las Brisas

Buenas tardes, camaradas. Nos encontramos aquí para construir entre todos nuestros propios referentes. Este trabajo exige tenacidad, compromiso y mucho espíritu revolucionario. Les agradezco su atención y su entrega para que juntos podamos cumplir los objetivos que nos hemos trazado: elegir a la reina de nuestro barrio, La Brisas. Esta es una tarea que salió de la reunión pasada donde la asamblea determinó de manera soberana que era absolutamente necesario contar con una participación en el gran concurso de la belleza a nivel parroquial y distrital, para luego ir al concurso nacional. Hemos pedido colaboración a nuestros camaradas, conocedores de la materia para poder articular entre todos los comités que componen esta poligonal a fin de que nuestra elección sea realmente una actividad colectiva, comprometida y revolucionaria.

Sé que a nadie aquí le sobra el tiempo. Este es un gran esfuerzo que hacemos todos para cumplir con nuestra tradición. Elegir a la muchacha más bella de Las Brisas. Les pido por favor su máxima colaboración. Desde hace más de diez años hemos elegido a la reina. En los momentos más adversos y de mayor desmotivación hemos organizado nuestro concurso. Ya ustedes conocen las reglas. Este año no puede ser la excepción, ningún pesimismo, ninguna mala situación personal o colectiva va a impedir que articulemos esfuerzos con nuestras comunidades vecinas para una vez más elegir a la reina de Las Brisas.

Este concurso es ya un referente para nuestra juventud, para nuestros vecinos y para nuestras familias. Hay vecinos que han caído en las garras del pesimismo y han hecho críticas terribles contra

nuestro concurso. Han señalado que estimula la frivolidad y los valores superficiales, han dicho que considera a la mujer como un objeto o como algo solamente sexual. Compañeros, nada más alejado de la realidad. La reina de Las Brisas en un ejemplo de que la comunidad, trabajando unida, puede lograr sus objetivos. Que los sueños se construyen trabajando y planificando. También han llegado papelititos anónimos que nos acusan de pederastas, de consumistas, de faranduleros sin convicciones políticas. Es lamentable que nuestros propios vecinos, gente que nos conoce y sabe de nuestras militancias, caiga en este tipo de campañas mal intencionadas.

Pero nosotros seguimos adelante. Somos revolucionarios y vamos a seguir adelante porque estamos convencidos de que vamos por el camino correcto. Este año se han inscrito diez participantes, diez muchachas que buscan su futuro. Son diez familias que saben que esta actividad, profundamente revolucionaria, puede cambiar sus vidas. Todos estos años han sido de éxito. Todas las muchachas que han ganado el concurso se han ido de Las Brisas, a estudiar, a vivir otras experiencias, a trabajar, a ensanchar sus horizontes. Ninguna vive aquí con nosotros. María tercera incluso está trabajando en la televisión. Sin embargo, en los últimos años ha recrudecido la campaña contra nuestro concurso. Las mismas voces anónimas nos recomiendan que busquemos otras actividades, que hagamos concursos de pintura, que montemos un conjunto de gaitas, que pongamos a los muchachos a escribir cuentos y poesía. No nos parece mala idea, todas las actividades culturales son bienvenidas en nuestra comunidad, pero nuestro concurso de belleza ya se ha vuelto tradicional y los vecinos lo esperan con alegría cada año. Este concurso es parte de nuestra identidad. Desde que llegó el primer televisor a esta comunidad y vimos a las reinas desfilando y llorando con la corona en la frente, supimos que nosotros no éramos menos y que tarde o temprano tendríamos nuestro propio concurso.

Es verdad que nunca hemos ganado el parroquial ni el municipal, pero lo importante, camaradas, no es ganar, sino organizar y

participar. Por allí dicen que no ganamos nunca porque el concurso está amañado, porque favorecemos a las muchachas por palanca y no por su belleza. Una vez más quiero recordarles, vecinos y vecinas, que eso no es así. En los diez años que tengo organizando el concurso nunca ha habido la más mínima trampa y eso también forma parte de nuestras tradiciones, pero sabemos que los que nos critican lo hacen con un espíritu anticomunitario, camaradas. No tengo duda de que quienes adversan el concurso son antirrevolucionarios y se dejan manipular por la derecha, por los que nos adversan y nos quieren ver derrotados. No vamos a aceptar ninguna crítica, lo más importante es la tradición y que la comunidad se sienta feliz una vez al año viendo a sus muchachas concursando.

Otra de las críticas que hemos escuchado es que deberíamos dejar concursar a todas las muchachas de Las Brisas y no elegir a la más bella, sino a la más trabajadora o a la mejor estudiante o a la que más colabora con la comunidad. Caramba, digo yo, entonces esto no sería un concurso de belleza, sería un concurso del mejor vecino. De eso se encargan otras instituciones. Nosotros nos encargamos de elegir a la muchacha más bella de Las Brisas, aunque nunca hayamos conseguido el primer lugar, mandamos a nuestra muchacha más bonita. Pero todas las cosas buenas tienen enemigos, siempre es así. Yo les digo a los que nos critican que hagan su propio concurso y enamoren a la comunidad y hagan su propia tradición. Eso es difícil, eso cuesta trabajo, para eso hay que tener espíritu de entrega y sacrificio.

Todo este discurso, camaradas, viene porque quiero proponer algunos cambios. Como ustedes saben este año no se ha inscrito nadie y ya falta poco para el evento. En años anteriores, para esta fecha, ya casi no quedaban cupos. Igualmente, la gente del jurado no ha respondido ni los vecinos que fielmente me habían ayudado a organizar todo. Ya las muchachas no muestran interés, ya las madres no le dan la importancia que antes le daban. Algunos me han dicho que las muchachas están ocupadas y que el concurso les quita mucho

tiempo. Igual yo les reitero mi invitación a que nos acompañen. No nos dejemos ganar por el pesimismo.

A los vecinos que nos adversan quiero decirles que es muy difícil acabar con una tradición, que aun cuando no sabemos bien cómo empezó, ni siquiera de dónde vino, hay que respetarla y continuarla. No lo hacemos por nosotros, sino por la gente de la comunidad. Todos esos chismes y esos comentarios malintencionados no traen nada bueno, en cambio nuestro concurso deja por lo menos alegría en las concursantes y en sus familias. Camaradas, como les he dicho, este año no se ha inscrito nadie, nadie ha mostrado interés, yo solo me mantengo al frente de esta iniciativa, pero yo solo no puedo. Si no consigo que me ayuden, vamos a tener que cerrar el concurso esta vez. Quizá es hora de hacer otra cosa. Una revolución trae cambios que a veces no entendemos. Ustedes dirán qué hacemos. Después de quince años yo estoy cansado y creo que hoy luchamos contra la corriente. Aquí les pongo este patrimonio de la comunidad y todo lo que esto significa. Hagan ustedes lo que quieran con esto. Nunca se sabe cuándo nace una nueva tradición. Saludos, camaradas, espero no haberme extendido mucho. Les agradezco su paciencia. Buenas noches.

## La esquina de Cipreses y el coeficiente intelectual

El patio del Oratorio de San Felipe Neri estaba sembrado de cipreses. Las coníferas buscan el cielo y el verde profundo se dispara como un cohete vegetal que rompe la tierra y revienta el aire y el azul del firmamento. Detrás de la alta tapia de barro ha transcurrido el tiempo medido en compases. La música ha hecho que los cipreses sean más frondosos. Pero de esto hace ya bastante tiempo. Después, en ese mismo sitio se construyó el Teatro Nacional, a finales del siglo XIX. Ese pedazo de tierra urbana siempre estuvo lleno de música, de teatro, de juglares y poetas. A una cuadra de allí está la iglesia de Santa Teresa, construida por Antonio Guzmán Blanco como desagravio por haber tumbado el templo de San Pablo en su cruzada masónica. Mucho tiempo después los alrededores de la iglesia están llenos de putas callejeras, tiendas chinas y ventas de estatuillas religiosas, todo en una sola plazoleta sin forma.

Pero toda esta historia de alcurnia musical y lejanas leyendas no sirve de nada. Triunfó en estos espacios la desidia, la basura, el abandono. Ni los santos de la vidriera ni la sombra de la catedral ni las remotas sonoridades del patio del oratorio ni los parlamentos shakesperianos le ganaron la partida a los malos amores y al olvido. La esquina de Cipreses, en plena avenida Lecuna, es tristemente célebre por albergar una plaza que llevó el nombre de un gringo destructor del Libertador Simón Bolívar: plaza Henry Clay. Ojalá que la historia lo haya olvidado. Ni la estatua del padre Sojo con su dedo señalando el suelo ni las ceibas centenarias ni la ferretería Caracas ni las salas de cine abandonadas a los besos secretos. Nada ha podido

contra el olvido. Ni los almacenes hindúes ni el Bar La Crema y su puerta de esquina donde aquellas putas golpeaban brutalmente con sus tacones al viejo borracho. Nada puede con el apocalipsis de esta esquina.

Siempre hay un refugio salvador. Un sitio empañado de grasa de freír, una vitrina vaporosa con rellenos, una licuadora, una máquina para hacer café expreso y tres o cuatro clientes descreídos. Las puertas abiertas dan directo a la acera, a plena avenida Lecuna. Hoy es martes y hay función en el Teatro Nacional. No recuerdo si era *Asia y el Lejano Oriente* o *La verdadera historia de Pedro Navaja*. Era una tarde de sol sin más pretensiones que pasar tranquilo por la esquina de Cipreses y conciliar todas las historias que por allí han pasado. Ya el nombre del refugio lo han cambiado varias veces. Han remodelado la barra y las vitrinas, deben haber botado a docena de mesoneros y vendedores. Pero podemos decir que el sitio todavía existe y vende jugos y arepas y está en la misma esquina, aunque todo haya cambiado. Tanto que ha pasado en la esquina de Cipreses, tanta música, tanto teatro, tanta historia de encuentro y desencuentro. Tantos golpes de puta y tantas borracheras en el Bar La Crema. Tantas tardes alejadas de cualquier historia importante, de cualquier noticia, de cualquier regular notoriedad.

Justo hoy llego temprano a la función. Ni siquiera han abierto las puertas del teatro y yo vengo de los talleres de arte, vengo adolescente inflado de Cortázar, de descubrir a Kafka, de saturar la mente de Lenin y de Marx, de nadar en poesía. Vengo del debate enconado sobre la utilidad social del arte. Justo hoy hay calor en la tarde, y sed. En la arepera frente al teatro hay tres clientes, una nube de grasa que bailotea entre las sillas, dos empanadas huérfanas que ya pasaron su mejor momento y un ego inflamado a punto de beberse el teatro completo, no importa si es de Chocrón o de Rengifo. Pero las tardes en la esquina de Cipreses son así, desde los tiempos del padre Sojo hay debate en esta esquina y disquisiciones intensas sobre las artes de la ciudad de Caracas. Pero nada se irá intocado de esta esquina.

Nada se salvará hoy de la sombra de las coníferas ni de los efluvios de la rocola mortecina del Bar La Crema. Hoy he venido a continuar una larga tradición.

Hay un tipo vestido de negro. La ropa es de poliéster barato, la camisa blanca es de algodón barato, los zapatos de suela son baratos. Es el operador de la licuadora, el que abre y cierra la nevera de puertas de vidrio. Es el operador avezado de las pinzas que recogen las empanadas. Va y viene a lo largo de la barra. No hay mucho para elegir en la nevera. El calor fermenta las ganas de estar haciendo tiempo para esperar la función. El único ciprés que queda en la esquina de Cipreses apenas se mueve entre el humo de los autobuses y el azul maravilloso del cielo caraqueño. Ya no hay quien recuerde al Padre Sojo. No se oyen melodías del oratorio sino motores de los últimos autobuses Mercedes-Benz que ruedan por Caracas. El refugio-arepera deja ver un montón de naranjas verdes y amarillas sobre una mesa de madera. No hay mucho que pedir más allá de un ácido jugo llamado natural. Exprimido por un artilugio de hierro colado que aplasta media naranja y deja las semillas retenidas en una canal. El vaso de vidrio también está empañado, no quiero jugo ácido, natural a temperatura ambiente (que en Caracas es aproximadamente treinta grados centígrados). Cuando abren la puerta del Bar La Crema la música se oye más claramente. El vaso se llena con solo tres naranjas exprimidas y por mi falta absoluta de voluntad pido un jugo de naranja natural a temperatura ambiente.

El tipo de la barra me ve como quien observa a otro joven sudoroso que acaba de descubrir todas las utopías y las quiere realizar aquella misma tarde. Se me ve en la cara lo ingenuo, las hormonas que no dejan pensar ni leer ni escribir. Va y viene en su pasillo, busca el vaso, corta las naranjas como todo un experto. Da dos pasos al compás de la música del bar. Comienzo a verlo como a un adversario. Acaba de descubrir a un revolucionario clandestino. Es el personaje que desata la anécdota famosa en la historia de un pintor aún desconocido. Es un anónimo ciudadano explotado por las fuerzas

del capitalismo y sometido históricamente a vender su fuerza de trabajo. Pero bailotea dos compases de aquella música tropical. A lo mejor es el mismo padre Sojo reencarnado o un personaje de *Asia y el Lejano Oriente* que en un espejismo hormonal ha escapado de su dimensión y ahora atiende la barra en esta miserable arepera empañada de grasa.

El mesonero coloca cuidadosamente el jugo natural de naranja a temperatura ambiente delante de mí. Ni siquiera el amarillo del jugo es atractivo. Está a treinta grados, es ácido al extremo. El vaso está hasta el borde. Le pido con amabilidad que por favor me traiga hielo. Me trae un vaso de hielo granizado y lo coloca al lado del jugo. Veo que el vaso del hielo está aun más empañado que el del jugo. Me llega la absurda idea de evitar echar el jugo en el vaso del hielo. Vierto el hielo granizado en el jugo, del cual he tomado dos o tres dedos. El hielo granizado se ha compactado creando una masa que se desplaza vertiginosamente sobre el jugo casi en forma vertical y lo derrama bruscamente sobre el mostrador, mis pantalones, el piso, los cuadernos, etcétera. El ciudadano vestido de negro, que funge de mesonero, del otro lado de la barra clava sus ojos despiadadamente sobre mí. Por primera vez abre la boca y dispara certero una sola frase: ¡Amigo, lo que pasa es que usted de verdad es bruto!

# El ángel

Entre la Torre Sur de El Silencio y el Teatro Municipal hay una angosta calle de toponimia desconocida. Nadie sabe cómo se llama, si acaso un punto cardinal y un número la identifican de manera técnica para algún registro catastral. Esta calle fue abierta hacia los años 50. Es un surco que derrumbó el balcón frontal del teatro y un pedazo de la plaza frente al hotel Magestic. Su mismo nacimiento es una herida modernizadora, pero eso ya pasó. Ahora es una calle anónima, un vaso capilar que drena carros y transeúntes al costado de la torre. La acera norte de esta calle queda techada por una galería de tiendas de segunda y toda la cuadra va acompañada de gruesas columnas. La acera sur pasa justo al frente del teatro y sigue hacia la iglesia de Santa Teresa.

Según la iconografía cristiana, los ángeles habitan zonas celestiales de gran belleza y son mensajeros y guardianes o acompañantes de deidades mayores. Nada los ubica en sucias esquinas, en recodos olvidados, en torres de oficinas. Nada los sitúa, para sus diligencias, al lado de perrocalenteros ni de paradas de carros por puestos ni de mueblerías descuidadas. Los ángeles, según su jerarquía o desempeño, van a una o a otra ciudad. Así lo creo. Seguramente los más aventajados u obedientes irán a París o a Berlín, mientras que los que los simplones los mandarán para Barquisimeto, a Puerto Nutrias o a Cumanacoa.

Pero hay una modalidad que hay que conocer: los ángeles que se encarnan o toman fuerza y voluntad humana para ayudar a los mortales. Ya no llevan alas ni túnicas blancas ni entonan cantos celestiales ni portan lirras ni trompetas. Estos enviados bajarán a El

Silencio vestidos de transeúnte sonreído o de estudiante de arte o de poeta medio ramplón que va a inspirarse ruidosamente con los capiteles corintios del Teatro Municipal, que no son de estilo corintio, sino guzmancista. Bajan los ángeles de Reducto a Miranda y atraviesan la calle. Van con una encomienda sencilla: ver a los humanos de cerca, tratar de entender por qué se besan en la plaza Miranda, por qué arrebatan una cadena por la esquina de Piñango y se lanzan al tráfico de la avenida Baralt, o quizá a cuidar a algún extraviado.

Como los ángeles se confunden de tiempo porque no lo saben calcular, ven en el centro de Caracas los disturbios de febrero de 1989 y el golpe de Estado de 2002 a la vez. También caminan junto al Conde de Roca Negra y a Billo Frómata, a Simón Rodríguez. Siguen de cerca a Armando Reverón que va a dar clases de dibujo de Gradillas a San Jacinto. Para los ángeles el tiempo no existe, así que les da lo mismo salir por la ventana del hotel Majestic que por una dirección del Ministerio de Salud. Para los humanos el tiempo es otra cosa. Una tarde puede ser una eternidad, cuando los amores apremian. Una noche completa puede ser la justificación de toda una vida. Pero estas son percepciones de la imaginación, no de las cronologías del universo. Para los humanos, el espacio es igualmente restringido. Si se camina por el centro de Caracas, París está bastante lejos.

De las jerarquías angelicales, son justamente los ángeles los que están más cerca de los humanos. Los querubines se encargan de estar cerca de Dios y de cantarle alabanzas. Los principados y las potestades andan en sus ocupaciones políticas. Los arcángeles anuncian grandes acontecimientos, los tronos andan en lo suyo, los serafines son una especie de generales, de altos jefes alejados de los asuntos terrenales. Los ángeles asumen el trabajo casi sucio de bajar a la tierra, de mezclarse con los humanos, de tener que venir a las torres de El Silencio y ver a las putas frente a la iglesia de Santa Teresa.

Ver a Caracas con los ojos de un ángel debe ser una tarea compleja. Los acetatos viejos, los taxis con avisos de cartón, los altos edificios que van arrasando con los otros edificios que arrasaron ya en otro tiempo con otros edificios. Pero estas demoliciones históricas no importan a los ángeles. Las que sí importan son las demoliciones del alma. Los olvidos trágicos, los desamores lamentables como el de aquellas dos señoras que tomadas de la mano y a la carrera intentan cruzar por la esquina de Reducto. Es de noche y quiero fabular que estas dos señoras vienen de ver a alguien que está enfermo. Vienen de hacer una obra de caridad seguramente. Se acompañan ante la ausencia de esposos o hijos grandes, de primos o amigos. Van de noche por la plaza Miranda, solas, asustadas, temerosas de la oscuridad que ancestralmente ha sido temida por las mujeres solas.

La estatua de Miranda casi no se ve. Los edificios de Villanueva hacen más oscuro el recodo de la plaza. Los carros que a esa hora suben y bajan la avenida Baralt, aceleran sin importarles el color de la luz. No pasa nada, solo dos mujeres solas en la noche y yo que también ando de noche saliendo de no sé qué película. Puedo ver el susto de las dos señoras. Se toman de la mano, ven a lo lejos buscando las luces de los carros. Se detienen al borde de la acera. Al descuido me detengo junto a ellas. Se aprietan más las manos, invocan a algún santo que yo no conozco. En una frase esperanzada, me piden que les acompañe hasta la parada. Es una cuadra y media en aquella oscuridad. No sé si los ángeles andan de noche por estas esquinas. Caminan adelante agarradas de la mano. Yo las escolto y les advierto de una alcantarilla sin tapa. Todavía hay carros por puesto para ir a El Valle. Las señoras agradecen y sonríen la tranquilidad que les ha traído mi compañía. Todavía queda una carga de miedo en sus miradas. Los ángeles no se ven por ningún lado. Digo los ángeles como los de las pinturas del Renacimiento. Volteo hacia lo alto de las columnas del Teatro Municipal y no advierto aleteos ni de palomas nocturnas ni de presencias angelicales. Ni la Torre Sur ni el carro por puesto ni los perrocalenteros que ya limpian y recogen su negocio.

Esta es una ciudad abandonada por los ángeles. Hay varias personas esperando el carro, es una especie de cola desesperanzada. La gente no se habla, a esa hora reinan el miedo y el cansancio.

Los querubines siguen cantando alabanzas al Señor. Caracas está muy lejos. Los principados y las potestades andan en sus asuntos diplomáticos. El viejo Francisco de Miranda es una estatua mil veces meada. El Teatro Municipal ha perdido su rotundo frente ante el avance de la civilización. Yo camino la noche caraqueña junto a dos señoras que buscan apaciguar su miedo ancestral a la noche. Los ángeles no se ven por Caracas. Nadie los ha visto nunca, pero todos suponen que existen. Las dos señoras también van hasta El Valle. Suben al carro por puesto. Ya la ciudad pasa como en una película por las ventanas empañadas. Toma la ruta regular, conozco cada esquina de memoria. Ya en la avenida Intercomunal de El Valle las dos señoras bajan del carro. Todavía van asustadas. Me llenan de bendiciones y sonrisas. Una pone su mano en mi hombro con un gesto materno y deja salir otras alabanzas. Tardo varias cuerdas en darme cuenta de que esta vez yo he sido el ángel.

## El bar de una sola mesa

Mario se llamaba. No figura en ningún libro de récords ni en ninguna lista de casos extraños. El Bar Mario tenía una sola mesa y media barra. Tenía un solo mesonero que atendía la media barra también. Justo al lado del Cine Broadway, apretado contra una entrada de estacionamiento estaba el único bar en el mundo que tenía una sola mesa. Recalé allí varias veces con un amigo poeta. No recuerdo con claridad de dónde veníamos ni a dónde íbamos, pero entrábamos al Mario con una emoción ingenua pero no por eso menos abrasadora. Detrás de la media barra despachaba un joven que no era ni catire, que no era alto ni bajo, de pollina lisa y una sonrisa petrificada en el rostro que utilizaba para cualquier ocasión. Como nunca supimos su nombre terminamos llamándolo Mario, como el bar. Mario existía también a medias. Medio se reía, medio era simpático, medio hablaba, medio cobraba.

En las borracheras juveniles hay memorias exageradas por la emoción pura, por las alucinaciones de la militancia, por los amores y desamores mal asimilados. Todavía no ha habido tiempo suficiente a esa edad para comparar las mil calles del mundo, ni para saber de sabores ni esencias. El mundo aún está por estrenar en todas estas calles. Mario, el bar, era acaso inverosímil. No daba ganancias, no podía ser el sueño de nadie, aun los sueños de la gente siempre sorprenden. Una sola mesa en pleno Chacaíto. No se veía ninguna nevera ni ningún depósito. No había nadie de seguridad ni un segundo trabajador que asistiera a Mario, el mesonero. A veces, con el amigo poeta, nos da por recordar a Mario y nos preguntamos si de verdad existió.

De qué tamaño es el mundo cuando alguien se empeña en ser poeta o pintor. En una ciudad que está a punto de reventar por la desigualdad, por la esperanza negada a cachetadas, por tantos sitios cerrados. Mario era quizá la medida de esas esperanzas. Epa, muchachos, no hay esperanza, decían todas las voces. Ya el apocalipsis pasó, no lo estén esperando. El único refugio ante la catástrofe universal es un bar de una sola mesa en pleno Chacaíto, en la Caracas de 1988. Hay elecciones, pero no hay esperanzas, hay ganas de caminar este mundo, pero la esperanza se vuelve una niebla espesa. Mario sigue sonriendo a diestra y siniestra. Es como si todas las esperanzas cupieran en este bar. Las esperanzas de toda la ciudad. No hay cuadros en las paredes, no hay decoraciones de sirenas o paisajes montañosos, no hay un gran surtido de botellas ni estatuillas de santos detrás de la barra. En Mario no hay nada, solo todas las esperanzas de la ciudad apiñadas entre la única mesa y la media barra, entre la puerta y la media sonrisa del hombre de la barra, Mario.

No quiero recordar con nostalgia a Mario. Ni enumerar la tienda de ropa, la heladería y el negocio cerrado que vino después. Ni quiero tampoco imaginar qué sería del fantasmal mesonero. Es muy fácil armar unos recuerdos edulcorados para describir cómo cambia la ciudad, cómo se derrumban los recuerdos, cómo era de alegre y desesperanzada aquella adolescencia. Pero no voy a caer en esa trampa. Todas las ciudades cambian, todas las adolescencias vistas desde lejos son pintorescas. Todo recuerdo de un bar puede ser simpático o triste por razón de algún despecho. Sin nostalgia Mario enfrentó al tiempo con dignidad. Existió en la leve imaginación de dos poetas jóvenes, cuya pasión poética pudo también haber desaparecido, así, sin más. Cómo puede enfrentarse al tiempo sino con la cara en alto y entonando los cantos que dan valor. La otra trampa es creer que Mario está en el recuerdo de solo dos poetas. Cada quien lo recuerda a su modo. Cada quién le pone cuantas mesas crea necesarias para el tamaño de sus esperanzas.

Una tarde se apareció ante la única mesa, un viejo con aspecto de vagabundo que deambulaba por Chacaíto con ínfulas de místico. Su mirada era esquiva, siempre andaba en una actitud retadora y hasta grosera. Ese día, bajo su máscara de profeta pirata, dejó caer, a la vez que estiraba la mano con un frasquito para que le dejáramos algunas monedas, un vaticinio simplón que nos produjo risa. Aseveró en un raptó místico y teatral que estaba ante la presencia de quienes serían grandes y renombrados poetas y pintores. No teníamos monedas. La frase estuvo resonando entre nosotros por largo tiempo. Nos dimos cuenta con el tiempo de que las profecías emitidas en el Bar Mario no son efectivas. Mario nos observaba desde la media barra con su media sonrisa.

El cine Broadway se convirtió con el tiempo en una iglesia evangélica. Es decir, pasó de un modelo de adoctrinamiento a otro. Películas de Hollywood y sermones, propaganda antisoviética y quintas pailas, tinglados desilusiones y promesas de paraísos. Todo junto, justo al lado del Mario. El pobre bar de una sola mesa tenía todas las de perder. He caído en la tentación nostálgica de describir el paso del tiempo. De decir en qué se transformó aquel espacio. No hay manera de evitar esta tentación. ¿Acaso no es así como terminamos entendiendo el mundo? Apenas somos un compendio de debilidades sometido al capricho despreocupado de la historia. Nos lleva la vida apenas medio descubrir esos caprichos, medio leer esa historia, medio atisbar esas debilidades.

No hay mucho más que decir acerca de un bar de una sola mesa. Ni de su mesonero a medias. Es necesario olvidar estos sitios, es necesario hacer que desaparezcan de la memoria y del cuerpo y no anden estos recuerdos por allí insistiendo en armar una trampa para la nostalgia, un caldo de cultivo para conclusiones simplonas y ridículas. No se cumplió la profecía, quizá Mario no existió: ni el bar ni el mesonero, quizá no existieron los dos poetas jóvenes de este cuento ni la ciudad de Caracas. La memoria hace trampas y la imaginación la acompaña descaradamente. Esta complicidad lleva con

el tiempo a muchos equívocos. No hay mucho más que decir de la sensación y la necesidad de que exista, aunque sea en la imaginación un bar llamado Mario. La vida se nos va en defender el derecho a que existan todos los Marios posibles. Con profetas menores, con su absurdo número de mesas, con sus mesoneros a medio existir, dentro de una ciudad casi imaginaria y que con el tiempo vuelvan a la memoria buscando justificar su existencia.

El edificio todavía existe, al menos hasta ayer. La necesidad de imaginarlo todavía existe, al menos hasta hoy. Final del bulevar de Sabana Grande, llegando a Chacaíto a mano derecha justo al lado de donde estuvo el cine Broadway. Qué más da si estuvo allí. Quiero creer que allí quedaba el bar de una sola mesa y que fue allí donde se profetizó en clave de engaño aquella frase destemplada que no cayó en tierra fértil. Qué más da, es cosa de imaginar, de vivir, de armar el propio mapa de los afectos y ajustarlo a nuestras conveniencias.

# Fidelia y la república de los invisibles

Apareció por el edificio un día con una bolsa llena de ropa, una perra flaca y una mirada que de inmediato dejaba destilar la locura. Tenía casi cincuenta años y llegó de tarde, con los pies llenos de tierra y los zapatos desgastados. Nadie la había visto antes, nadie supo nunca de dónde venía o si era familia o conocida de alguien. La perra flaca era brava. Le ladraba a todo el que se acercaba. Fidelia llegó en la tarde y se sentó en uno de los bancos frente al edificio. Su mirada se perdía por todas las ventanas, por los pocos horizontes, por los jardines abandonados. No decía nada. Revisaba la bolsa de ropa y seguía sentada con la mirada perdida. Nosotros la veíamos con curiosidad. Era una loca que había llegado al edificio. Una mujer loca con una perra, que se convertiría en nuestra vecina.

A los días, Fidelia se paró del banco y se sentó en el nicho de entrada del edificio, justo al lado de la ventana de la conserjería. Arrimó la bolsa con ropa y buscó unos cartones de caja en el basurero para construir una enclenque pared en el nicho. Ante el asombro de los vecinos, Fidelia estaba mudada. La perra flaca seguía ladrando y las paredes de cartón seguían subiendo y fortaleciéndose. Todos los vecinos contemplaban el avance de la casa de Fidelia, nadie hacía nada, nadie reclamaba más allá de un murmullo de pasillo. Fidelia comenzó a vivir, con perra y todo en la entrada del edificio. Bastaba con no voltear al verla, con no ver sus paredes de cartón y su ropa colgada. Allí estaban viviendo una mujer loca y una perra que habían aparecido de repente.

Los bomberos dijeron que ellos no podían hacer nada, porque no podían llevarse a nadie por la fuerza. Ella no había cometido

ningún delito imputable y no podía ir presa ni nada. La policía alegó casi lo mismo: sí, podemos ir a ver pero, ¿bajo qué excusa la llevamos y a dónde? Cuando nos dimos cuenta ya Fidelia era otra vecina más. La perra flaca era la mascota colectiva de todos los muchachos de la residencia. Los militares de Fuerte Tiuna también dijeron lo mismo: no podemos hacer nada. Los médicos, el ministerio, el jefe civil, el profesor, todos dijeron lo mismo. Fidelia se quedaba entre nosotros.

No existía espacio en la república para Fidelia. Nada ni nadie sabía qué hacer con ella. Mujer adulta, con perra flaca y antipática, sola, quizá con una familia lejana que no sabía nada de ella, o sí sabía y la habían tirado a la calle. Sin casa, sin propiedad más que una bolsa de ropa, varias cajas de cartón y una perra flaca. Fidelia pasaba gran parte del día dentro de su casa de cartón. Dormía hasta que los fantasmas la atormentaban. La perra flaca vigilaba de cerca. Los vecinos continuaban su vida como si nada pasara.

Nadie podía hacer nada por Fidelia, los vecinos comenzaron a bajarle comida, ropa, a regalarle utensilios, a rezar por ella, a hacer diligencia, a intentar hablar con esta vecina que vivía en otro mundo. También le llevaban comida a la perra. Si Fidelia vive aquí, es una vecina más, no hay duda, aunque no tenga cabida en toda la estructura de la república. Eso era lo que habían aprendido los vecinos en tantos años de experiencia en esta república. Era una especie de solidaridad del desengaño, era un gesto de ayuda por la resignación. Era una mezcla de ética construida de parchos y grandes puntadas que permitía sobrevivir. No se sabía con exactitud de ningún mecanismo ni ninguna diligencia que permitiera resolver el caso de Fidelia. En diciembre le llevaron hallacas, en Semana Santa le llevaron un pedazo de palma bendita y en Carnaval hubo quien hasta intentó disfrazarla.

A Fidelia no le gustaban los muchachos ruidosos. Salía de detrás de los cartones a perseguirlos y a lanzarle gritos y amenazas con un palo. Con acompañamiento de ladridos de perra flaca. La casa fue creciendo hasta ocupar la mitad del nicho de entrada del

edificio. Las doñas de la vecindad activaban otro recuso aprendido de la República: hacer invisible lo que no se quería ver. Ya Fidelia se confundía con la ropa colgada, con los cartones, con las paredes del nicho. Ya casi no existía. Para los muchachos era una tía vieja más que en lugar de la casa vivía allí en la entrada del edificio. La república nos había acostumbrado a ajustar la mirada y el corazón. Ya nadie se preguntaba si su nombre real era Fidelia o cómo carajo comenzamos a llamarla así. Una mujer sola, loca, sin cédula, sin casa, sin familia, sin hijos, sin casi nada. Ahora tenía una comunidad que no la quería ver, que quería que se fuera, pero de la que de alguna manera había comenzado a formar parte.

Comencé a entender a esa edad sobre los ciudadanos que existen y los que no existen. Comencé a ver una república de invisibles, de gente que eran simples cifras en el mejor de los casos. En el edificio, todos los vecinos también éramos cifras marginales, estadísticas que no llevaban a tomar ninguna decisión. Éramos cupos en escuelas, vasos de leche escolar, desertores escolares, bachilleres sin cupo, consumidores que había que proteger, vagos, maleantes, reclutados, pueblo cívico que ha salido nuevamente a ejercer su derecho. Nada de ciudadanos por ningún lado. Había otros que ni siquiera aparecían en ninguna estadística, que solo los veíamos de lejos o a orillas de la carretera hacia oriente. A nosotros también nos veían de lejos, a orillas de los grandes acontecimientos de la república para la cual no existíamos. Era como vivir dentro de una nube que te hacía invisible, una masa casi física que impide ver al otro y por lo tanto encontrarlo, amarlo, contar con él. Era la república del desencuentro, la república de los ciudadanos solos.

Nuestra vecina Fidelia seguía viviendo tranquila en su nicho. Sus cartones estables, su perra echada y alerta, su ropa colgando, su mirada extraviada en tanta realidad inabismable. Nosotros con nuestro béisbol, las amas de casa cargando bolsitas del mercado, los padres cumpliendo a duras penas los horarios del empleo, la república agonizando con su ceguera a cuestas. Así como llegó, un día se fue.

Ya no la vimos más. Lo poco que trajo se lo llevó. Pregunté años después por Fidelia y alguien me dijo: los vecinos al final la echaron. Los mismos que le bajaron comida, los mismos que se hicieron de la vista gorda, los mismos que fueron a los bomberos y a la policía terminaron echándola. La pusimos un poco más allá, donde no la viéramos. No resolvimos el problema, lo arrimamos, lo tapamos, lo hicimos invisible a nuestros ojos de vecinos y de estadística marginal. Nunca más supimos nada. Solo llegaron recuerdos de vez en cuando y unos raptos de imaginación inútil. Son tristes los ladridos de la perra flaca desde las estadísticas inútiles.

# La Metamorfosis

No nos puede extrañar que todo cambie, si es ese justamente el principio del universo. Pedro es un vecino gordo amante de la tecnología y de los negocios (grandes y pequeños, calmos y turbios). Siempre fue el último en la fila del colegio por gordo y por grande. En un trabajo adolescente en el CCCT conoció, entre decoraciones de falso oro, lágrimas de cristal y granito blanco, a Dulce. Dulce tenía vocación de periodista (por lo chismosa) y terminó graduándose de periodista, así que podría ejercer el chisme con título, pero su real vocación no era el chisme ni el periodismo, sino ser una esposa como las de las películas: bien vestida, bien representada, olorosa, con platica, con tetas grandes, con hijo en coche y bolsas de mercado. Así que hizo cuanto pudo para serlo. Pedro siguió sintiéndose el gordo del grupo, con toda razón, era gordo, y fue siempre blanco de los chistes sobre gordos. Pero con todo y gordo pudo levantarse a Dulce entre los oropeles de la decoración, los de las promesas y las fastuosidades falsas. Sabía Pedro sentarse justo en medio de la decoración que le convenía para el cuento que quería contar. Era como enmarcar las frivolidades del cuento con el mal gusto del CCCT. Así se levantó a Dulce.

Con zapatillas de tacón alto, Dulce caminaba hacia su meta de ser esposa. Pedro trajinaba con la pobre realidad tras los negocios calmos y turbios, poco a poco. El periodismo se le aparecía a Dulce como un fantasma de vez en cuando: trabajo, vocación, obligación, fama, reconocimiento, maquillaje y luces, altos puestos. En la otra esquina aparecía la vocación de esposa: hijos, recibos de la luz, obligaciones sexuales, apariencias, decoración de los baños y la cocina.

Pedro, frente al espejo siempre añoró otra figura: menos barriga, más músculo en los brazos, menos tetillas prominentes, menos papada y cachetes. Pero no estaba mal, se había levantado a Dulce y todo terminó en matrimonio. Con el matrimonio, Dulce cumplía la mitad de su sueño. Lo malo de los sueños es que cuando empiezan a cumplirse han llegado otros sueños y así sucesivamente. Una epifanía de ascensor empujó a Pedro a inscribirse en un gimnasio. Nunca más el gordo del grupo. No es fácil dejar un papel que se ha tenido desde pequeño. Pero las epifanías de ascensor son poderosas. Una voluntad nunca antes vista, una disciplina a toda prueba, contra flojeras repentinas y contra retrasos en el metro, Pedro era el rey de la puntualidad. Se tomó el cardio primero y el *fitness* después muy en serio.

Helenita era buena estudiante, sin vocación tan clara. No era ni fea ni bonita, ni gorda ni flaca, ni siquiera era antipática. Helenita era vecina de Pedro y de Dulce. Una colegiala de vocación erótica temprana. Claro y manifiesto era su gusto por las novelas baratas, por las serie de televisión de tramas amorosas retorcidas y a la vez puritanas. Helenita crecía rápido y las esposas risueñas se tornaban nerviosas. Todavía era una niña de colegio, pero en un abrir y cerrar de puerta de ascensor se hizo una mujer. Todo cambia: las vocaciones, los ímpetus, las formas del cuerpo. Las hormonas de Helenita eructaban en un cañonazo que desafiaba las buenas costumbres vecinales. Pedro desafiaba la física del cuerpo domando la gordura de su propia historia. Dulce era torturada por el fantasma de la esposa y el de la periodista que se disputaban su cuerpo y sus neuronas. Todo cambia.

Pedro comenzó a utilizar pantalones de licra, franelillas, cintas en la frente, claros atuendos de deportista consumado. Entraba al ascensor con ademán de sudoroso, botella de agua en mano hablando de ritmos y rendimientos, de pulsaciones y complementos dietéticos. A veces llevaba una faja de cuero en la mano, un repuesto de bicicleta fija. Seguro era parte de algún negocio calmo o turbio. Los vecinos lo miraban no sin sorpresa. De gordo a líder del *spinning* y las pesas. Dulce seguía viviendo su medio sueño de esposa. Un poco aburrida

ya de ser esposa, de comprar electrodomésticos, de ocultar las efervescencias carnales y domesticarlas a la dimensión del matrimonio convencional. Cada vez la iban ahogando más las vocaciones. Helenita florecía. Niña de escuela, señorita virtuosa, hormonas desaforadas, azote familiar. Al ritmo del asombro vecinal y en el tiempo que da el almanaque para que la vida sea al menos llevadera. Los nuevos amigos de Pedro eran todos del gimnasio. Quienes lo recordaban de gordo lo miraban de soslayo. Dulce perfeccionaba las artes del saludo, de la sonrisa cortés y seductora. Le agarraba el ritmo al aburrimiento y a los mensajitos secretos. Todo cambia. Ya se dijo.

La plaza de Los Museos, soleada como siempre, rotonda de chaquamos, caobas y guacamayas que bailotean. Hay un murmullo de gente en domingo, patinetas, perros, heladeros. Parece que la plaza no cambiara. Pedro entra como un torero con Helenita tomada de la mano en actitud de quien muestra una novia, una amante, una conquista. El exgordo con la exniña. Dulce, la exesposa está rumiando la fantasía y la vocación de periodista, de esposa, de vecina cortés, de empujadora de coche y cargadora de bolsas de mercado. Todo junto. Este patético universo vecinal se ha transformado ante los ojos de los vecinos usando como cortina de entreactos la puerta del ascensor, las rejas de los apartamentos, una plaza arruinada pero viva, varias añoranzas, un ramillete de esperanzas y falsos oropeles. Así es el universo, va cambiando ante nuestros ojos, pero no podemos ver esas sencillas vueltas de tornillo. Vemos el impacto del cambio que echa por tierra nuestra costumbre y hay que volver a acostumbrar el pulso, las memorias, los mapas de lo que es verdadero o falso, justo o injusto.

Dulce reventó los envoltorios de esposa domada y se fue por la carretera de la amante escondida, divorciada, que se iba a gozar cada minuto. Pedro fue aceptando lucir a Helenita como un trofeo. Después de una esposa convencional y entalcada, una niña recién salida del colegio y de la cúspide hormonal. Helenita se deleitaba sabiéndose la mirada de todos, no por bonita o fea, o gorda o flaca, sino

por tumbaesposa, rompefamilia, niña engreída, comidilla de chisme de vecindad ociosa. Todo cambia. Todo se transforma. Pero después de las escenas clave que parecen sacadas de películas gringas, vienen las mesetas de aburrimiento, el día a día de la amante, los momentos menos glamorosos de la niña erótica, los sacrificios para comprar los complementos vitamínicos para que los bíceps crezcan más y seguir alejándose de la imagen de gordo. Dulce era campo de batalla del periodismo, la esposa, ahora la amante. Helenita era campo de batalla de las hormonas, de las hormonas, de las hormonas. Pedro seguía huyéndole al gordo, reventando las mediciones de la bicicleta estacionaria, luciendo a la novia. Todo cambia en esta vecindad. Es cuestión de estar atentos o de no pararle tanto a esas pendejadas.

# La vergüenza

Santiago José, así sin apellidos. Los torbellinos de la ciudad de Caracas en una década incierta, en un presente incierto que presagia un futuro apocalíptico. Las circunstancias se repiten en la vasta geografía de las contradicciones, de los avatares del tinglado moral que deja el petróleo, la democracia, el exceso de mises, los mejores climas del mundo y los recuerdos lejanos de una épica emborronada que a duras penas se logra entrever de tanta niebla. La familia de Santiago José aún se asoma al balcón para buscar en el asfalto o en las nubes la razón principal de la vergüenza que les ha tocado vivir.

A esa familia le cayó la vergüenza toda junta. Casi ni salían de la casa. Esa era una familia trabajadora, honrada, eran ejemplo para los otros vecinos. El papá siempre trabajando, la mamá en su casa que la tenía arregladita. Los muchachitos bañaditos siempre y bien vestidos. Pero les cayó de repente ese estigma. Fue como una sorpresa, nadie se esperaba algo así. Nadie esperaba que tanta atención se convirtiera en un problema. El papá bajaba a los chamos a jugar béisbol. Les bateaba, le decía cómo atrapar la pelota. A pleno sol, los sábados, siempre con la gorra de los Leones del Caracas.

Las vecinas chismosas no dejaban de echarle cuchillo a la pobre familia. Algunas decían que bien merecido lo tenía, que bien hecho, que una cosa es la que uno ve en la calle y otra la que pasa dentro de la casa. Nadie sabía nada, nadie puede ver a través de las paredes. Una familia decente, trabajadora, que iba a la iglesia más o menos con frecuencia. Sobre todo honrada, nunca habían agarrado nada que no fuera de ellos. Desde que se mudaron tenían los mismos muebles, las mismas ollas, casi los mismos paños de cocina. Sobre la mesa de la sala unos pañitos tejidos por la tía María. Y venirles a pasar esto.

Fue como una desgracia, como una tormenta con rayos que uno ve llegar y reventar ante los propios ojos. La cara se les caía de vergüenza a todos, a la mamá, al papá y a la hermana. Era como salir desnudos a la calle. Sentir que todas las miradas te escudriñan, que los secretesos y los murmullos te siguen de cerca.

Pero él desde chiquito dio avisos de que iba por ese camino. Se le notaba. Santiago José se llamaba. Era como un secreto a voces, pero al final cuando explotó el escándalo salpicó a todos. La lloradera, la aflicción, las caras largas, la murmuradera. Aunque siempre hubo sospechas, al final vino la sorpresa estruendosa. La familia siempre es la última en enterarse, así que la candela vino de los vecinos. Y como los vecinos no se callan nada, arrancó el desbarajuste. Nadie podía creerlo: Santiago resultó poeta, paró en poeta, escribía y leía poesía y quería dedicarse a escribir y a vivir como un poeta. Dejó el liceo. Quería pasar todo el día escribiendo y leyendo. Increíble, teniendo una familia tan buena. Dejó los estudios, empezó a ir a sitios extraños.

De a nada apareció la pandilla de amigos desgredados, mal vestidos, ruidosos e irreverentes. Luis, Pedro, Otoniel, Andrés, una banda de desadaptados. Cuando llegaban juntos o por grupitos todo se descomponía. No usaban desodorante, no les gustaba bañarse, se rascaban las axilas delante de los vecinos más olorosos. Era una escena ridícula y vergonzosa. Encajaban solo en un espacio imaginario donde eso que escribían en libretas de esquinas arrugadas tenía algún valor de uso y de cambio. En esa distopía donde el borbotón de palabras a medio poetizar valían como salvoconducto mínimo para transitar la vida. Pero no, la realidad se volvió una camisa apretada que daba comezón y asfixia. ¿Cuál realidad? La casa y la esquina de la calle, los cinco vecinos, las tías. Esa realidad barata y relamida que nadie cuestiona y se queda para siempre como simple realidad sin que nadie la voltee a ver. Santiago José se sabotaba su propia realidad y los demás quedaban salpicados.

Los otros muchachos ya casi estaban para entrar a la universidad. Ya casi consiguiendo buenos trabajos para buscar jubilarse dentro de

veinticinco años. Ya casi buscando novia para casarse. Ya casi comenzando a comprar los corotos para su casa. Y Santiago José sale poeta, todo lo contrario. El cuarto vuelto una biblioteca de puro libro usado, el liceo abandonado, evitando corbata y paltó, entrevistas de trabajo, liturgias anticuadas, formalidades laborales, religiosas, cosmogónicas. Santiago José andaba feliz, pero lo iba a pagar caro. Tampoco se puede ser feliz de gratis. La felicidad pasa una factura como una katana japonesa que vuela en el aire un segundo antes de rodar las cabezas. La orden parece ser que la felicidad es un lujo, que avanzar en los caminos de las convicciones propias es casi un delito. Mientras tanto los que siguen los mandatos de la imposición no pagan factura, gozan de las mieles de la sociedad a sus anchas. Así parece ser, pero Santiago José se convierte en poeta sin tener nada que lo detenga a tiempo antes del último encontronazo con el apocalipsis.

Es obvio que muchos le retiraron el habla. No iba a los mismos sitios ni perdía el tiempo en las mismas pendejadas que los otros. Este como que es maricón llegó a decir Lisbeth. Fracasado, llevada contraria, desubicado, medio loco, afectado. Quién puede convivir con alguien así. Los vecinos no dejaban de tener razón, la situación no era fácil. De qué iba a comer Santiago, cuando llegara la hora de la chiquita la situación se iba a poner difícil. Una cosa es vivir con la cabeza metida en los libros, creyendo que el mundo es así como lo pintan esos poetas viejos y otra cosa es la realidad tan dura que se pinta por todos lados.

Poeta, terrible decisión. Qué vergüenza para esa familia que parecía tan decente. Este muchacho los sacó del mapa de la decencia. Era una cruz al hombro, un saco pesado que había que arrastrar, un motivo claro para esconder la cara y evadir las conversaciones cada vez que se acercaban al tema. Santiago José vive en su mundo, al margen de ese otro mundo donde todo rueda con el aceite de la aceptación. Qué se puede hacer en estos casos, sino aceptar los murmullos ¡Qué vergüenza ¡

## El fantasma de la tarima

Nadie lo vio o, si lo vieron, nadie recuerda con claridad. Después lo apodaron el fantasma de la tarima. Era una imagen espectral, casi traslúcida, con una ropa que había pasado de moda hacía ya un tiempo. Pero a la vista de todos, sobre la tarima había un fantasma. Debería sorprender esta aparición. Un fantasma sorprende a todos. Es, supuestamente, una entidad del más allá, algo espiritual, que por una disfunción del universo o por una percepción anormal de alguien, aparece o se deja ver entre los comunes mortales. Los fantasmas asustan, buscan vengar viejas rencillas, cobrar deudas milenarias, ajustar cuentas, etcétera. Menos este fantasma que apareció en la tarima. Estaba allí tranquilo y sin intenciones de asustar a nadie. Parado como quien escucha un concierto. Muchos no se dieron cuenta de que era un fantasma. Pasó como un ciudadano más. Para ser un fantasma le faltaba carácter. Por eso la gente comenzó a dudar si era un fantasma o no.

Luis Pérez declaró que durante todo el concierto se había sentido como un fantasma. Totalmente desubicado, pero a la vez como cumpliendo un sueño. Había admirado siempre a los músicos, a la gente de escena que es ovacionada por el público, y desde chiquito sabía que ese espacio estaba prohibido para él. No podía llevar el ritmo, era desafinado, el terror escénico lo invadía hasta dejarlo mudo o pálido. La palidez le atacaba el rostro cuando sentía miedo profundo, desolación del alma, desasosiego. Era natural que la gente lo viera como a un fantasma. Tenía esa propiedad de existir a medias, de medio llegar a los sitios, de medio decir la verdad, de medio influir en sus amigos.

La leyenda urbana del fantasma de la tarima corrió como pólvora. Todo el que ha sido entrevistado cuenta un cuento diferente. La franela era azul, no, era verde, blanca. Lo vimos tarareando esta canción, nosotros lo vimos tarareando aquella. Las leyendas son así. No concuerdan, crean espacios de incertidumbre, tienen diferentes versiones. Por mucho tiempo se habló del fantasma. Hubo quienes decían haberlo conocido. Era el primo de un amigo, era uno que siempre iba al Bar La Casa Azul. Pasaba de boca en boca, de mitología en mitología. Cada quien le ponía su ingrediente.

Luis escribió mucho tiempo después unas malas memorias donde confesaba su miedo y haberse ubicado en la tarima buscando cumplir un sueño miserable y absurdo que siempre había tenido. Esas malas memorias jamás fueron publicadas, pero Luis sin saberlo anduvo de boca en boca gracias al atrevimiento ridículo de buscar un espacio en una tarima donde los músicos reventaban el silencio. Soñaba desde pequeño con que una multitud enloquecida lo aplaudía y lo ovacionaba. Pero el terror escénico lo alejó toda la vida de la posibilidad de cumplir ese sueño. El día de la tarima Luis consiguió un valor extraño y se subió en un descuido del equipo de seguridad, en un descuido brutal de todo el universo.

El suceso del fantasma tuvo más notoriedad que el mismo concierto, que el famoso grupo que tocaba, que el magno evento que había tomado la plaza. De aquel día quedó solo el fantasma en la memoria. Nadie sabe tampoco quién comenzó todo el cuento. Ni por qué ese día justo alguien se fijó en la imagen espectral de un joven en la tarima que no parecía de este mundo. El joven, que después se supo que se llamaba Luis, tampoco planificó convertirse en un fantasma de tarima. Lo único que quería era cumplir un sueño. Mejor dicho sacarse de adentro una frustración que le amargaba la existencia.

Lo había escrito en varios poemas malos de la adolescencia. No que quería ser un fantasma, sino que quería que lo ovacionaran. A los días del suceso, muchos salieron diciendo que ellos eran el fantasma.

Ni en las redes sociales ni en las fotos ni los videos se veía claramente quién era el fantasma. Luis se convirtió rápidamente en un fantasma de un fantasma. En el espectro de un rumor, en la pálida imagen de una imagen ya difusa. Ni de esa manera se cumplía su sueño. Los fantasmas de la tarima se multiplicaron. Todos querían ganar notoriedad clamando que eran el fantasma.

Lo fantasmal va por dentro, decía Luis. Es mi terror a la escena, es mi frustración de no ser músico, es mi pánico genético a no poder llevar el ritmo, es la ansiedad monstruosa de equivocarme delante de todos y ser blanco de ironías. Eso es lo realmente fantasmal. Luis veía por televisión a los otros fantasmas que se acreditaban la presencia en la tarima. Oía sus respuestas insólitas y escuchaba también las preguntas ridículas que buscaban el morbo farandulero antes que nada. Sin querer, Luis asumió su vocación fantasmal y se fue diluyendo en sus propias transparencias, en sus medios existires, en sus veladuras que iban de lo real a lo irreal en el mismo momento. Su personalidad se volvió aún más fantasmal: huidiza, espantosa.

La gente quería que apareciera el fantasma verdadero. Oían a todos, pero no le creían a ninguno. Alimentaban la leyenda urbana del fantasma de la tarima. Algunos organizaron grupos para investigar y dar con el verdadero fantasma. Analizaban video y fotos, se reunían a debatir. Luis dejó caer ante sus amigos que él era el verdadero fantasma y lo que recibió como respuesta fue una risotada colectiva. Había que conseguir al fantasma original, pero nadie le creía a nadie. Luis quería cumplir su sueño, pero ahora era invisible. La gente quería leyendas, pero sin reconocer los cuentos del otro. Así era muy difícil todo. Pero así son las sociedades en sus contradicciones.

Luis veía la música pasar ante sus ojos. Escuchaba el estruendo del público hipnotizado. Levantaba las manos desde su esquina de la tarima. Le sorprendió el brillo de los instrumentos, el sudor de los músicos, la cantidad de cables que atravesaban el piso. El público tenía un ritmo frenético, hablaba un idioma sencillo que los músicos

entendían y utilizaban. Fueron solo cinco minutos de fama. Si es que a eso se le puede llamar fama. Lo peor de todo fue caminar solo después de haberse bajado de la tarima. Nadie te voltea a ver, nadie te saluda, nadie te conoce. Ya la adrenalina se ha ido, y en el caso de Luis se ha ido para siempre. Nunca más habrá tarima ni ovaciones ni cables ni instrumentos.

Cinco minutos para salvarse ante el mundo tuvo Luis. El universo dura cinco minutos y consiste en un concierto de plaza con todos sus ingredientes. Una soledad que persiste, una deuda con uno mismo que debe ser cancelada a cualquier costo. Una foto borrosa donde consta que se ha cumplido el sueño, pero que el tiempo hace cada vez más borrosa. Cinco minutos para validar la hazaña de estar vivo y con toda legitimidad decir a toda voz: aquí estoy, aunque sea un simple fantasma que ni siquiera se fija bien en la memoria. Es terrible salir a afirmar que soy un fantasma, una imagen espectral que a duras penas existe. Pero Luis ha tenido sus cinco minutos. Su universo de cinco minutos.

# Salvemos al tanuco azul

El tanuco azul necesita de tu ayuda. Gracias a su alto valor, el tanuco es comercializado de manera abusiva en su lugar de origen. Millones de turistas y comerciantes viajan durante todo el año para aprovechar sus virtudes. Los nativos, desde tiempos ancestrales, lo han utilizado para hacer sus casas, para adornarse, en su dieta diaria, para enamorar a sus parejas y controlar las lluvias y las mareas. Sin embargo, en los últimos tiempos se ha visto menguada su cantidad. En otros tiempos el tanuco abundaba y se conseguía con regularidad. Hoy, conseguirlo es difícil, y va a serlo cada día más. La fundación “Saving Blue Tanuco” quiere colaborar y necesita de tu ayuda. Para eso es importante que investigues y conozcas sobre el grave problema que amenaza a este recurso.

A finales del siglo XV ya está documentado el uso del tanuco azul por parte de las comunidades nómadas cercanas al sur de la Guayana. La espiritualidad, la economía y la demografía de estos pueblos dependían en gran parte de la presencia del tanuco. A la vez que material, espiritual, reproductible e intercambiable, no pudo menos que ser codiciado por otros pueblos, que migraron a estas tierras para beneficiarse de su uso. Hoy nos toca a nosotros salvarlo y preservarlo para las futuras generaciones.

Debemos confesar que la sola clasificación del tanuco azul ha sido un gran reto. Físico y a la vez espiritual. Querido y temido, domesticable y salvaje. Duro y blando. Etéreo y tangible. Nada es fácil a la hora de describir este fenómeno mitad natural mitad creación humana. Nadie sabe a ciencia cierta su origen. Algunos le han querido otorgar un nacimiento mágico que se pierde en los caminos

de la leyenda y la imaginación. Otros, los menos, lo han tratado con desdén y hasta con celos. Sin embargo, la presencia de este elemento en reducidas zonas de América del Sur ha colaborado con visibilizar problemáticas socioambientales complejas y alarmantes en esta zona del planeta. Estas problemáticas trazan un claro camino que va de lo meramente ambiental a lo alimentario, de allí a lo demográfico, a lo cultural, a lo económico y a lo político. No es descabellado afirmar que salvar el tanuco azul es salvar el planeta.

La desestabilización política que reina en las zonas del tanuco azul ha colaborado históricamente con su explotación desmedida. No hay control ni plan ni mecanismo local que permita subsanar la situación. No existen estadísticas ni estudios confiables que nos permitan ver en su real dimensión el problema. Las etnias y los grupos políticos circundantes han sido extremadamente celosos en compartir información. Aunque es conocido desde hace siglos, el tanuco sigue siendo un misterio y una posibilidad peligrosa en manos de grupos irresponsables. Se ha señalado que ha sido usado incluso como símbolo bélico, como botín de guerra, como combustible que se consigue a ras de tierra, como mecanismo simbólico de intercambio.

Es hora de exigir que el tanuco azul sea declarado patrimonio de la humanidad entera. De esta manera sus virtudes serán aprovechadas por un amplio grupo y no por un reducido sector que incluso pretende usarlo de manera innoble. Basta de chantajes, basta de secuestros de este elemento que pertenece a toda la humanidad por igual. Es hora de tomar medidas radicales que obliguen, a quienes pretenden apoderarse de las bondades de la naturaleza, a compartir lo que es de todos. La gran campaña “Saving Blue Tanuco”, que adelanta nuestra fundación, hoy es más necesaria que nunca. Pedimos tu apoyo en la difusión de esta problemática que afecta a un gran número de niños. No hacer nada es darles la razón a los enemigos de la paz.

Su origen incierto, su naturaleza física y espiritual, sus valores nutricionales y a la vez venenosos, su no muy clara ubicación en el mapa, han sido motivos de debates durante largos años. Solo su color azul parece conocerse con propiedad, aunque su aspecto físico podría ser rojo o verde según la estación. Los exploradores del siglo XIX que pudieron llegar cerca de su sitio de origen, se sorprendieron al ver que era imposible transportarlo debido a su estado físico incierto: sólido, pesado, etéreo, fluido, huidizo. La desesperación los llevó a abandonar su empresa y a morir deambulando por la selva víctimas de un engaño descomunal. Pudiera afirmarse, sin temor al equívoco, que el tanuco azul no ha sido visto nunca con claridad, a la luz del sol, debido a su particular conducta nocturna y a su peculiar reacción a la luz. De igual modo los adelantos de la ciencia de hoy no han dado con su estructura molecular. El debate ha permeado a los estamentos filosóficos, quienes no se han puesto de acuerdo sobre si es en efecto una idea, un mineral, un animal, un residuo o una categoría intuitiva o un simple sentimiento.

A estas alturas pudiéramos afirmar que el tanuco azul no existe. Que ha sido una confusa creación material-conceptual para distraer la atención o para, más claramente, enfocarla en los intereses de la fundación "Saving Blue Tanuco". ¿Qué es lo que hay que salvar? No lo sabremos nunca. Existe la fundación que busca salvar algo que no existe. Existen las fábulas y las justificaciones geográficas y geopolíticas que amparan algo que no existe. Leyendas, imágenes, relatos, son muy fáciles de crear y de insertar en el tejido de la "realidad" que seguramente está tejida con leyendas, mitos, conveniencias, mentiras, alucinaciones. Si existe o no existe el tanuco ya va quedando en segundo plano. Todo lo demás sí existe, entonces el tanuco existe y da vida a todo lo demás.

De sueño afiebrado a leyenda casi creíble. De anécdota inflada a justificación religiosa. De regalo de los dioses a noticia falsa. Todos los caminos se cruzan sobre una realidad a la medida. Si la realidad es a la medida, entonces no existe algo particularmente ceñido a

una “realidad”. Pero no importa. Se trata de fingir y ceñirse a esta o aquella realidad. A estos o aquellos hilos que nos den sosiego en las horas de vigilia. Somos exploradores del siglo XIX, a la vez que cronistas de las falsas noticias. Venimos de la Fundación “Saving Blue Tanuco” y de los apostolados de la veracidad. Somos nativos locales alimentadores de la leyenda a la vez que custodios irredentos de las crónicas veraces pero turbias. Hay que poner orden. La realidad no puede ser confundida con la irrealidad las 24 horas del día con los cinco sentidos. Hace falta un manojo de palabras que nos den sosiego, puntos cardinales, títulos de libros, acuerdos fraternales, nombres propios. Algo que nos permita navegar la gelatinosa charca que nos ha dado en llamar realidad.

Es por eso que tu ayuda es necesaria. Si no salvamos al tanuco azul, todos moriremos con él, o con ella. Este pájaro mineral, este sitio fantasía, esta idea sueño se va a quedar por allí al acecho de todos nosotros. Quizá ya se haya consumado su ritual y estemos viviendo justo las consecuencias. Es por eso que tu ayuda es importante. No dejes de enviar tu donativo. El tanuco azul te lo va a agradecer por siempre.

# Desnoticia

El día de ayer ha sucedido lo que nadie esperaba. La noticia ya ha recorrido las calles sin encontrar obstáculo. La estatua del prócer Juan Ambrosio Pérez ha sido derribada. Esta noticia nos sorprende a la vez que nos llena de tristeza. El alcalde ha declarado a primeras horas de la mañana que los responsables serán castigados con todo el peso de la ley. El cronista oficial que lo acompañaba ha puntualizado las claves biográficas de nuestro héroe epónimo y ha exaltado los valores patrimoniales y estéticos de la pieza escultórica que ha sido afectada. Fue una ceremonia civil clásica. Los periodistas apiñados alrededor de las autoridades han obtenido toda la información pertinente.

En el trajín de los acontecimientos, la estatua y su derrumbe pasaron a un segundo plano. La presencia del alcalde fue más importante. El alcalde ya está a punto de cumplir su período, nadie lo quiere, la gente sabe que en los cinco años que estuvo al frente del municipio no le importó para nada el patrimonio del nuestro pueblo. El alcalde aprovechó el suceso para limpiar un poco su imagen. Los periodistas locales saben esto. Igual les toca cubrir la noticia. No hay muchas noticias en nuestro municipio, o al menos no del tipo publicable en sus agonizantes medios. El cronista oficial comanda un equipo de investigadores que ha puesto en tela de juicio las hazañas que se le atribuyen históricamente al prócer Juan Ambrosio Pérez. Sin embargo como cronista oficial su papel es establecer una posición en relación al prócer y a la pieza patrimonial de la plaza. Para eso es el cronista oficial.

Los periodistas conocen al alcalde, al cronista, al prócer, a la estatua, y se conocen entre ellos. Han sido amantes, enemigos, colegas y contertulios. Hace unos meses se les solicitó, a un grupo de ellos, que cubriera una protesta vecinal por falla en los servicios básicos. Su pregunta unánime fue: ¿La cubrimos a favor o en contra? Al fin y al cabo es su trabajo. Su nexa con el medio en que trabajan es estrictamente laboral, salarial. La responsabilidad no va más allá de cumplir el horario y las pautas. El enfoque depende del grado de amistad del alcalde de turno con el dueño del medio. Fue terrible lo sucedido el día de ayer. Todos están conmocionados.

El cronista es familia lejana de cuatro alcaldes y abuelo de la secretaria de gobierno. Pero esto no es una noticia. Tampoco lo es el hecho ni la historia de que estuvo involucrado en un chanchullo con la restauración de la casa natal del escritor Natalio Uslar, héroe literario de nuestro municipio. La historia de todos los días queda asentada en acta. Firmada y sellada por las autoridades locales legítimas. Las mentiras de todos los días también quedan almacenadas en perfecto orden, hasta que un influjo mágico confabula empujado por la historia o por alguna voluntad fuera del carril, para sacar la verdad a flote. Los periodistas fueron directo al grano. Las preguntas se dirigían a la estatua agraviada o al prócer eternizado en bronce. Todo lo demás se sabe, no hay necesidad de llenar los medios con cosas que todo el mundo sabe, sino con cosas que queremos que la gente sepa o crea.

Una noticia es la narración que se hace de un hecho. No es el hecho en sí mismo, ni la memoria que se tenga de este hecho. Si la noticia es la narración, entonces habrán tantas noticias como versiones narrativas haya del hecho. ¿Cuál es entonces la noticia veraz? Si el cronista está en cruzada contra el prócer, el alcalde está en cruzada contra el cronista y sus elucubraciones antipatrióticas y revisionistas. ¿Cuál de estas verdades prevalecerá al final? El alcalde se hace el loco con los chanchullos del cronista y las malas restauraciones. Los periodistas son testigos casi mudos de todas las historias.

Les falta mucho para ser los protagonistas o los hacedores de las noticias, es decir de los relatos precisos de los hechos. El cronista se guarda sus historias locales y sus hallazgos en el archivo histórico, sobre todo las que involucran a la familia del alcalde y a la del dueño del periódico *El Veraz*, con los títulos falsos de tierra.

Los hechos siguen sucediéndose, no se detienen nunca ni reparan en entuertos, chismes, tapaderas, triquiñuelas. Unos forajidos tumbaron la estatua de nuestro prócer, el alcalde declara acompañado del cronista, los periodistas van con sus preguntas preescritas en el bolsillo, los dueños del periódico ven todo desde lejos, la gente compra el periódico al día siguiente. ¿Dónde está la verdad? ¿Cómo se arma la verdad? Nadie lo sabe, muchos ni siquiera se lo preguntan. La realidad es una lumbre cotidiana, cerca de la casa, que a veces se nubla y a veces se despeja. No hay manera de definirla con claridad. Ya casi nadie lo hace. Los dueños de los medios se han visto forzados a controlar no solo el relato, sino los hechos.

No lo dicen los periódicos, pero los rumores de esquina afirman que el cronista está detrás del derrumbe de la estatua, al fin y al cabo todos lo han visto denostar de Juan Ambrosio Pérez, nuestro prócer eponónimo. Esta es la noticia más importante en los dos últimos años. Ha sacado del sopor y del aburrimiento a todos en nuestro municipio. Ese impulso debe ser aprovechado por todos directa o indirectamente. Otros dicen que el alcalde planificó el sabotaje para reactivar su imagen de benefactor del pueblo y aprovechar para activar también la empresa constructora de su amigo Henry Aponte. Esto también es verdad, pero no forma parte de los relatos de la noticia. Los periodistas siguen trabajando. Arman los relatos oportunos, cuidan los intereses del dueño del medio, cuidan su empleo, no se estrellan contra los poderes seculares, se aman unos a otros, se ríen del cronista, algunos admiran a Juan Ambrosio Pérez, otros ni saben quién es.

Los adversarios del alcalde analizan con cautela lo sucedido. Saben que lo va a usar a su favor. Ha aprendido mucho en sus

andares políticos. De la nada y el anonimato ha sabido construir un piso político grande que le permitió ganar las elecciones. Las historias cotidianas y sabidas por todos han desbordado hace rato la miserable maquinaria de los medios de comunicación. Mientras la realidad burbujea de historias profundas, enrevesadas, inteligentes, los medios siguieron de largo y siguen empeñados en un guión de morbo barato y de guerrita pobre contra los políticos de turno. La búsqueda para asegurar la compra de publicidad los amarró a una carrera sin porvenir. Son unos espectros, una especie de fantasma que aún pretende meter miedo sin tener a su favor ningún poder ni capacidad. Por más tecnología que se ha sumado a la historia, nada ha cambiado el rumbo ni el destino.

Todavía no han dado con el paradero de los delincuentes que anoche derrumbaron la estatua de Juan Ambrosio Pérez. Quien se sospecha no fue, como hasta ahora se creía, un héroe en la batalla del Pajonal, sino el delator de los ejércitos patriotas. Esta batalla es recordada por el ataque sorpresa que el enemigo supo utilizar contra nuestras tropas, quienes al fin salieron triunfantes gracias a un milagro poco estudiado y menos entendido por los historiadores. Pero por algo más que una retahíla de milagros llegó esa estatua a la plaza y el nombre del general Pérez a estar escrito en la historia. Seguiremos informando.

## Mi abuela salió en el periódico

La única vez que mi abuela apareció en el periódico fue el sábado 21 de diciembre de 1963. Un carro conducido por un ciudadano borracho envistió mortalmente contra una fila de niños que iban a bañarse al río. Este recorte amarillento estuvo muchos años guardado en una carpeta ajada en el closet de mi madre. Mi familia guardó con celo la página emocional y periodística de este suceso. Desde pequeño aprendí los detalles. La tía Quintina se revolcó por los terrones del patio cuando recibió la noticia de que su hijo mayor, Hermes, había sido arrollado y estaba muerto. Fernando, el tío mayor que llevaba los niños por la orilla de la carretera, presenció a escasos metros de la catástrofe, cómo volaban por los aires, cómo aparecía de la nada una *pick-up* verde que traía la muerte. Carlos Vargas, hermano de mi abuelo, murió en el acto; David también fue atropellado y sobrevivió a duras penas. El título a grandes letras negras dice: “2 MUERTOS y un Herido en Accidente de Tránsito”. Alberto Guzmán Lárez y Pedro Rojas se encargaron de la nota informativa. Rojas era fotógrafo y consiguió hacer las fotos de Carlos Vargas y de Hermes con la muerte asomada por los ojos entreabiertos, manchados de sangre, sin camisa. Una foto que en la última página del periódico *La Antorcha* buscaba atraer el morbo y la curiosidad más que una información sin importancia destinada a desaparecer tan pronto como la vida de Hermes y Carlos Vargas.

En la misma carpeta roja donde ha estado el recorte de periódico hay una foto del velorio. Aparecen al centro las dos urnas con los familiares en un rictus de dolor acariciando a los muertos. No eran urnas con vidrio, sino una especie de caja decorada para

la ocasión. Hay niños, conocidos, familiares y curiosos rodeando los cuerpos de Carlos y de Hermes que el día anterior caminaban hacia el río a pleno sol del mediodía y una *pick-up* verde los mató. La foto está remendada con cinta plástica. Es de un hermoso color sepia amarillento y bordes estriados. En la foto hay un niño que ve hacia la cámara con ojos asustados escondido detrás de los adultos, quizá se esconde o juega con la muerte. Oswaldo y Quintina, los padres de Hermes, vestidos de blanco y negro, acarician la cara del niño. El fotógrafo impertinente aun ante la presencia de la muerte, dispara el fogonazo y congela la terrible escena.

Pedro Rodríguez manejaba la *pick-up* en estado de ebriedad. Según informa la nota, fue detenido en el lugar de los hechos y trasladado a la comisaría. Iba de El Tigre hacia San Tomé a buscar a su esposa, a quien había dejado allí el día anterior. Cincuenta y tres años, transportista retirado, conuquero. Llevó la muerte en el parachoques un mediodía de 1963. Sin más preámbulo apareció la muerte, sin protocolos ni avisos. Carlos Vargas había coqueteado con ella por las sabanas de Guanipa desde muy joven. Tenía la nariz ancha y los ojos verdes, sangre de indio y negro. Le gustaba usar un casco de aluminio de los que usan los obreros de la petrolera. No creía en fantasmas ni en aparecidos. Las borracheras lo convertían en un demonio sabanero. Se burlaba de las tres hermanas pequeñas y se ufanaba de sus ojos azules diciendo que él era una persona “fina” a diferencia de ellas que eran unas indias ordinarias. Hermes Vargas tenía 10 años y era muy aplicado en la escuela. De todos los hermanos siempre fue quien dejó ver gusto por la lectura y curiosidad por los libros. David quedó herido de gravedad y se temió por su vida. Se convirtió en electricista siempre con un tic nervioso que lo hacía parpadear con insistencia nerviosa. Fernando de Jesús siguió toda la vida viendo la *pick-up* verde venir a toda velocidad.

Esta noticia y sus protagonistas fueron parte de nuestros cuentos infantiles. La abuela siempre lanzaba sollozos cuando aparecía el cuento y la memoria de su hermano Carlos. Mi madre recordaba a

Hermes con afecto. Nadie nunca nombró a los periodistas. Yo recogí sus nombres del recorte de periódico y siempre quise ver más fotografías del único reportero gráfico que retrató a mi abuela con interés noticioso. Una y otra vez fue contado el cuento de la muerte. Cada vez que pasábamos por el sitio del suceso, alguien decía: por aquí iban caminando los muchachos, justo aquí apareció la *pick-up* verde, pobres niños, pobre hermano Carlos. Quintina, la madre de Hermes, casi nunca nombraba los hechos, aunque nunca sabremos si los recordaba. Las historias de la muerte son igualmente misteriosas. Perviven en una memoria paralela, se quedan en el cuerpo con una insistencia incómoda.

Mi abuela jamás fue noticia. No lo fue cuando sembraba frijoles en las fértiles islas del río Orinoco. Tampoco lo fue cuando quedó sola con cinco hijos después de la muerte del abuelo. Nunca fue noticia cuando aprendió a escribir por su propio esfuerzo ni cuando defendió su casa de todos los flagelos de la historia reciente y de todas las miserias que por aquí pasaron. No fue noticia cuando mi madre y mis tías la llevaban a ejercer el derecho al voto a los noventa y tantos años. Siempre con una sonrisa cándida en el rostro. La única vez que fue blanco de un reportero, una camioneta *pick-up* verde había matado a Hermes, el nieto, y a su hermano Carlos Vargas, en plena Mesa de Guanipa de camino al río. Una memoria maldita que no se borra nunca, una foto blanco y negro en un periódico de pueblo que se fue volviendo amarilla y que tampoco parece borrarse nunca.

¿Dónde estarán el periodista Alberto Guzmán Lárez y el fotógrafo Pedro Rojas? Ya habrán muerto, seguramente. Ellos tampoco fueron noticia, aunque eran los encargados de fabricarlas. De buscar con el lente curioso a la anciana abuela y hermana de las víctimas. Rojas buscó al chofer borracho de la *pick-up* verde y no le permitieron tomarle fotos porque todavía estaba borracho. Rojas no insistió y dejó en secreto la cara del asesino irresponsable para la historia de los accidentes sin importancia. La muerte en la cara de Carlos y de Hermes sí quedó eternizada. Dos muertos más en

esos pueblos, imagen eterna de la muerte, noticia olvidada al día siguiente, historia de familia que no se olvida nunca. El periodista y el reportero gráfico, como en las películas clásicas, llegaron a la escena buscando los testigos clave y los ángulos más morbosos. En complicidad con los médicos se acercaron a los cadáveres, les quitaron la sábana, buscaron el ángulo de la sangre y la tumefacción, de los pavorosos ojos abiertos, de los dientes del niño esbozando un dolor ya sin sentido.

La muerte es noticia, hay que llenar la página de sucesos, no importa si el muerto significa algo para alguien. Esta vez le toca cumplir el papel de víctima fatal en accidente de tránsito. A mi abuela le toca el papel de familiar declarante y testigo de los hechos. Será la única vez que salga en el periódico. La única vez que será apetecida por el lente noticioso de un fotógrafo desconocido que llena páginas de sucesos con fotos morbosas de muertos en accidente. Al día siguiente hubo otro accidente y otros muertos, y los muertos de ayer se olvidaron. ¿Quiénes eran Carlos y Hermes Vargas? Ya nadie lo recuerda. Ni a la señora que declaró ser su hermana y su abuela y que el 21 de diciembre de 1963 salió en el periódico.

## Historia de amor al revés

Suelta eso, no te vayas después a arrepentir. La ira la tenía encuecida. Reventó la botella de ron contra la pared de la cocina. Eran como las siete de la mañana y el sopor de la parranda aún flotaba en la neblina del sueño. La luz del sol encandilaba los cinco sentidos. Escuché que tocaban la puerta. Apareció furiosa preguntando si yo estaba bien, si no me había pasado nada. Me hizo la lista completa de por qué yo nunca iba a llegar a ser nadie, incluyendo dos generaciones para atrás y dos para adelante. En la lista incluyó a mis amigos. Allí se acabó todo.

No quiero ir a la playa con su familia. Son muy sifrinós. Cuando llegue a Puerto La Cruz quiero comer empanadas de cazón, no hamburguesas. No quiero perder el viaje decidiendo la marca del bronceador y de la mayonesa. No puedo pagar ese güisqui. Yo tomo triple filtrado con mis más queridos amigos. Esto no tiene nada que ver con la pintura ni con la música.

No bastaba con creerse el Van Gogh del momento. Había que armar sin más contratiempo la puerta de entrada para que la música y la pintura se amarraran. Urgente, con el espacio en contra, con las clases sociales en contra, con los estilos en contra y unos más aventajados que yo, más cerca de la música.

Yo no sabía manejar sincrónico. La carretera es larga, visitar a mi papá era absurdo, pero íbamos los dos. Yo como un inútil acompañante en un carro sincrónico. Solo servía para sacar la mano cuando necesitáramos cruzar a la derecha. El calor punzante hacía más desagradable el reclamo. Cómo explicar que nunca hubo en

mi casa carro sincrónico. Que en mi casa no sobran los carros. Cumaná es lejos y no se aprende a manejar en un minuto.

La gente oye el concierto, ve al músico tocando algo que es difícil, pero parece sencillo. Una hora y diez minutos con la orquesta. El piano delante y el *Concierto para piano y orquesta N. 21*, de W. A. Mozart en el Teatro Teresa Carreño. El público no puede imaginar los meses anteriores al concierto, las semanas anteriores a esa hora y diez minutos, los días y las horas de angustia y guante de seda. Los pintores no entendemos la valoración del tiempo que hacen los músicos. Por eso en la pintura el tiempo no transcurre.

Sus amigas son muy bellas, una catira, la otra mulata. A una de ellas le presento a mi mejor amigo y deja perder la oportunidad (o se salva). La catira deja caer en frío que me vaya con ella como un préstamo. La catira revienta los cristales. La músico no oye las palabras. La frase es punzante y provoca irse como un préstamo. Hay que guardar las apariencias hasta donde se pueda. Hay buen sexo.

Un amigo suyo quiere ver mis cuadros a ver si compra uno. Es un negro gringo al que le gusta comprar obras de arte. Voy a su casa y me brinda un ron para conversar. Le gustan mucho mis telas con mujeres en actitud de correr. Me tomo otro trago. El gringo quiere pagarme lo menos posible. Mientras más tomo, más le rebajo. Al final me compra una obra y le dejo algunas más. Esta venta me motiva a seguir pintando. Me gasto todo el dinero con ella, le brindo helados, pizzas, jabones. Nunca he tenido un mapa claro del dinero.

Vamos a Sabana Grande, a comprar un bombillo especial para una lámpara especial que solo venden en una tienda especial. Llegamos y la tienda está cerrada. El sol calcina los ladrillos del bulevar. Era el único día para comprar el bombillo. No hay más tiempo, todo se enreda sin ese bombillo. A los diez minutos de maledicencias está vociferando contra su padre que es un monstruo desgraciado, pichirre, culpable de todos los desencuentros del universo. Tardé un tiempo en atar los filamentos del bombillo con las heridas profundas

causadas por el padre. El sol calcina los ladrillos. Entender no sirve de nada.

Fui a la luna a buscarle un poco de tierra gris o mejor dicho de luna gris. Así se lo hice saber. Armé una serie de dibujos donde constaba mi travesía hasta la luna, el tipo de cohete que había tomado, las vista de la ciudad desde las alturas. Eran como unas fichas que semejaban fotos polaroid. Hice una serie de vistas y las guardé en una bolsita de plástica llena de tierra gris (o luna) que hice con cenizas, yeso y otros materiales. Fui hasta su edificio y lo dejé en su buzón. Albergaba la esperanza de que la conmoviera y olvidara los terribles motivos de la catástrofe. Después supe que sus amigas se habían enternecido mucho con aquel gesto tan original de llevar tierra de la luna, que nunca habían visto algo como eso. Funcionó, pero no por mucho tiempo. Funcionó pero no para que nos amáramos por siempre.

Un día la dibujo desnuda. Es una sesión inspirada en las clásicas historias de pintores y amantes, de pintores y musas, de carbones manoseando el papel blanco. Uno tras otro los dibujos se empañan de gusto. El carbón baila en un gesto exaltado. No serán grandes obras famosas. Son grandes obras de mi biografía raquítica. Un día pinto en su casa con el absoluto cuidado de no gotear el piso, de no ensuciar las paredes, de no salpicar nada. Prefiero no pintar.

Mis amigotes me acompañaron hasta el Ateneo para verla por primera vez en Caracas. Busqué el papelito, cogí aire, la llamé y quedamos en vernos. A esa edad es lo normal. Después entiendo que no hay nada normal. La noche se alarga y las horas se hacen insuficientes. No hay muchos libros en su casa. Hay demasiado orden y asepsia. Nada que no pueda corregirse. Nada que no vaya a empeorar drásticamente. La música terminará no apaciguando a las fieras. Todavía no lo sabía.

Cuando dijo que era músico, capturó mis sentidos, empezando por el oído. Yo andaba con unos zapatos de tela que había comprado en Mérida, azul turquesa. Ya estaban rotos cerca del dedo pulgar. Era

de ojos grandes, recuerdo lo brillante de su cabello liso y marrón. Tenía mirada de artista. Al primer momento supe que no trabajaba todavía en una oficina. Supuse entonces que debía echar mano al palabrerío cercano a las artes. Pianista para más señas. Yo queriendo ser pintor y ya enamorado de cuanto oliera a pintura, barniz y trementina. Una hoja amarilla de un árbol del porche parecía un la bemol menor y yo agregué que me parecía un amarillo triste. Por allí comenzó todo.

## El día de la mayonesa

Santa Mónica está a unos cuantos kilómetros de El Valle, pero no es lejos ni cerca, todo depende del calor. Agosto es un mes de calor intenso en Caracas, el sol se afina con particular fuerza sobre las calles y aceras. Cuando toca caminarlas hay que estar dispuesto a sudar a chorros. Pero si hubiese sido solamente el calor no habría problema. Es lunes y la semana está por estrenarse. Me botaron del trabajo. Era mitad militancia, mitad responsabilidad. No aparece un dinero que debía estar en la caja chica. Alguien lo tomó en mi descuido y la responsabilidad cae sobre mí. Nada de otro mundo. Aunque esta es la razón del despido, entiendo que he aprendido una lección como una cachetada. Y el sol está caliente, es agosto.

Mi tía Esperanza me ha encomendado, dinero en mano, que de regreso le compre un frasco de mayonesa. Será para alguna ensalada o una receta clave. Me extraña que un lunes la prioridad sea un frasco de mayonesa. Me da el dinero justo. Cargo el dinero en el bolsillo del pantalón con el cuidado de no gastarlo. Siempre aparecen las tentaciones que atentan contra la mayonesa de la tía Esperanza, un libro de poemas, unas brochas baratas, una libreta de anotaciones lista para llenarse de dibujos y malos poemas.

Hace dos días José terminó prestándome sus zapatos. La conversación derivó en que me los probara, que yo no tenía zapatos, que a lo mejor me gustaban, que quién sabe. Hay un detalle, los zapatos son una talla menor a la mía. Es decir, me quedan apretados. La punta de mi dedo índice del pie (no sé si los dedos de los pies tienen los mismos nombres que los de la mano, pero es el que está al lado del gordo) pega dramáticamente con el cuero duro de la punta. Hoy

lunes no se me ocurre otra idea que ponerme los zapatos prestados y apretados. Son unos botines grises de piel de canguro. De ida no he sentido mucho porque voy en autobús.

El sol arrecia en pleno agosto. El cielo azul casi sin nubes reventada de luz. Ya no tengo trabajo, duró tres meses apenas. No hay trabajo, no hay dinero. Qué tentación el dinero de la mayonesa en el bolsillo. Ando atento de ir al automercado, no puedo llegarle a mi tía Esperanza sin la mayonesa y estropearle el menú o lo que sea. Me despido del empleo y comienzo a caminar rumbo al automercado. Los zapatos prestados comienzan a atormentarme la punta de los dedos. A las tres cuerdas ya casi se me hace insoportable caminar. El sol calienta aún más. Entro a comprar la mayonesa. Es un frasco de medio kilo. La etiqueta azul indica la marca que le gusta a mi tía Esperanza. No puedo dejar de pensar en la caja chica y en el dinero que se perdió. Ya no importa, ya me botaron del trabajo.

La mayonesa costó justo lo que cargaba en el bolsillo, no sé si por la inflación o mi despiste, o por este día de sol que incomoda en el alma. Me he quedado sin dinero para irme en autobús hasta El Valle. Tendré que caminar los varios kilómetros con mis zapatos prestados, botado del trabajo, bajo este sol inclemente. Le entrego hasta la última moneda del bolsillo a la muchacha de la caja. Me entrega el frasco de mayonesa en una bolsa de papel marrón. El frasco se desliza hasta el fondo de la bolsa y dobla cuidadosamente la parte superior haciendo una especie de mango para cargar la bolsa. Salgo del automercado sin dinero, a pleno sol, y ya los pies comienzan a dolerme. Tengo un despecho por el empleo que acabo de perder.

Emprendo camino hacia El Valle. La ciudad está tranquila, el sol del trópico relumbra. Pienso que para la gente que vive en el Norte este sol es un tesoro. Cuando vienen a Caracas uno los ve justo donde pegan los rayos más fuertes, mientras los venezolanos se meten en la sombra a reírse de ellos. No me importa si los gringos se asan al sol, no me importa si la cajera del automercado no entiende que no puede meter un frasco de vidrio de medio kilo en una bolsa

de papel. No entiendo por qué mi amigo tuvo que comprar esos zapatos tan ajustados, justo hoy que se acaba de perder ese dinero de la caja chica, y este sol ardiendo y este dinero que alcanza justo. Todo en un mismo día le pasa a un solo ser humano. Apenas es lunes, un miserable lunes de agosto y estamos en Caracas. Hasta lo bueno parece malo en este encandilamiento.

Las gotas de sudor comienzan a balancearse en mis párpados, sé que son saladas las gotas. A cada paso mis dedos golpean contra el cuero, van a hacer una ampolla en medio del dolor. Son varios kilómetros lo que queda hasta El Valle. La mitad que era camaradería se volvió desconfianza, la mitad que era empleo se volvió mierda. Pienso en quién se llevó el dinero de la caja chica contando con mi cara de idiota. Me sudan las manos, me suda todo el cuerpo. La bolsa de papel marrón se va convirtiendo en una pasta oscura entre mis manos. El papel se rompe. Aún queda un buen tramo de la avenida Intercomunal para llegar a casa. Los carros pasan y levantan un polvo negro que se acumula en la cuneta y en mis pulmones. Todo en un solo día.

Ya casi llegando a Longaray, frente a la calle Cajigal hay un perro muerto en plena acera. Todos lo esquivan. Está rodeado de moscas y de papeles que con la brisa deambulan sin rumbo. El olor es insoportable. El papel de la bolsa se sigue desbaratando en mi mano derecha. Decido tomar el frasco con toda la mano para estar más seguro. Siento el vidrio debajo del papel. Ya puedo ver la tapa azul a través del hueco de la bolsa. Yo también esquivo el perro muerto y sigo caminando. Ya casi llego a casa. Todo en un mismo día. Sin trabajo, con los dedos ampollados, con zapatos prestados bajo este terrible y sol. A dos cuadras de la casa el frasco de mayonesa resbala silencioso de mi mano. El papel y el vidrio conspiran con el sudor y la mala leche. Intento tomarlo en el aire, pero es imposible. Caen con todo su peso de medio quilo sobre la acera. Hay un sonido espeso, vidrioso, maldito.

Contemplo entre el sudor la masa de vidrios, mayonesa y polvo negro que levantan los carros al pasar. El frasco de mayonesa quebrado queda justo en todo el medio de la acera. Me detengo a observarlo y a sorprenderme de mi mala leche. Los transeúntes que vienen detrás me ven a los ojos. Los más apurados se molestan, otros se lamentan, una señora me insta a seguir caminando, no hay nada que hacer. Con lo que cuesta un frasco de mayonesa ahorita. Intento arrimar el amasijo pastoso con el zapato, recuerdo que son prestados. Casi logro llenarlos de mayonesa. Esa piel de canguro no se limpia con nada, y peor si es aceite o grasa. Levanto la mirada buscando una especie de comprensión en los ojos de los otros transeúntes que esbozan una mueca burlona. Nada que hacer. Sigo caminando a duras penas con mis ampollas y mi dolor en pleno sol por la avenida Intercomunal de El Valle que no es el paisaje más motivador del planeta.

Muchos años después recuerdo el día de la mayonesa y me río pensando que en esa época creía que se acababa el mundo por tres pendejadas. Todo estaba por venir, todo estaba aún por aprenderse. Los dolores reales no se conocían ni los cansancios ni los días sin nada. A veces extraño un día como el de la mayonesa, con sol y buenas piernas para caminar, un sitio a donde ir, una ruta segura, una experiencia que termina, un planeta listo para ser estrenado.

# Acta policial

*Caracas, 08 de abril. Caso especial.* Ayer en horas de la tarde se detectó la presencia inusual de tres jóvenes en las inmediaciones del Museo de Bellas Artes. Los tres sospechosos merodeaban las instalaciones de dicha institución con intenciones hasta ahora desconocidas, pero altamente sospechosas. Se supo por un informante que los sujetos son estudiantes de bachillerato en un liceo capitalino. En sus morrales fueron encontrados libretas de anotaciones, libros de poesía, textos subversivos y revistas con contenido para alterar el orden público, de igual manera se incautó un número significativo de bolígrafos, lápices de grafito, creyones y varios sacapuntas. Los tres jóvenes declararon que pertenecen a un colectivo que se hace llamar Los Poetas del Rincón. En el expediente arrojado tras el interrogatorio quedó asentada la intención del colectivo antes mencionado: “Queremos que los jóvenes no solo vayan al liceo, sino que visiten las bibliotecas, los museos, las casas de cultura y los talleres de los artistas para que descubran otro mundo distinto a los centros de estudios empobrecidos y tradicionales en que se han convertido los liceos de nuestra ciudad”. Igualmente, los jóvenes declararon que el colectivo antes mencionado viene haciendo vida en diferentes parroquias de Caracas desde hace más de seis meses y que no recibe apoyo ni ayuda de ningún grupo mayor o institución, sino que se mantiene por los aportes y el trabajo de sus propios miembros.

Por las declaraciones del grupo se sospecha que pueda tener ramificaciones en otros estados del país y que tenga activo al menos unos quinientos miembros. Cuando se les interrogó acerca de la cantidad de miembros, la respuesta fue vaga e imprecisa, lo que hace

sospechar que no han querido revelar la verdadera cantidad. En revisión exhaustiva al Museo de Bellas Artes se consiguió en uno de los bancos un libro de poesía que se presume haya sido dejado en el sitio por los sospechosos. El libro lleva como título *Amanecí de bala* de un autor que se hace llamar Víctor Valera Mora, oriundo del estado Trujillo, para más señas oriundo de la ciudad de Valera. Este ciudadano es venerado por los jóvenes como una especie de guía o profeta.

Se ha conocido igualmente que los muchachos han sido vistos en reiteradas oportunidades en instalaciones culturales de la ciudad de Caracas, a saber: Biblioteca Nacional, Museo de Arte Contemporáneo, Museo de Bellas Artes, Galería de Arte Nacional, Museo de Ciencias, Teatro Teresa Carreño, entre otros. En algunas de estas instituciones han pedido hablar con el director para solicitar información acerca del mal estado de las instalaciones o de la clausura de algún servicio. En conversación con el director de la Biblioteca Nacional, nos comentó que no siempre son los mismos muchachos, que en oportunidades han permanecido varias horas a la espera de que se les atienda. El director comentó que ha evitado atenderlos para no crear el precedente de que cualquiera pueda solicitar hablar con él (cit.).

Como parte de la investigación se ha procedido a leer el libro antes mencionado (*Amanecí de bala*) consiguiendo una serie de textos enfocados en desestabilizar emocionalmente al sujeto lector y empujándolo a contradecir los valores familiares, sociales y las buenas costumbres imperantes en Venezuela. Algunos de los textos poéticos (así llamados) invierte el espacio privado y el público que en todo momento debe estar claramente definido. El ciudadano Valera Mora, incluso, llega a preguntarse cómo camina una mujer que recién ha hecho el amor. La lectura de estos textos no es cónsona con el desarrollo intelectual y cívico de los antes citados estudiantes de bachillerato. No recomendamos la difusión de estos materiales entre los jóvenes ni entre los padres de familias decentes.

La investigación se ha dirigido a localizar otros textos escritos por el antes citado escritor (poeta para más precisión) y se han conseguido los siguientes títulos: *Canción del soldado justo*, *Con un pie en el estribo*, *70 poemas estalinistas* y *Del ridículo arte de componer poesía*. Una vez revisados los textos se ha confirmado lo inconvenientes que son los mismos para la paz social del individuo y del país. Pero, vale destacar en honor a la verdad que estos textos atrapan al lector de inmediato. Podemos de esta manera entender o intuir el influjo del poeta sobre los jóvenes liceístas a tal punto de erigirse ante ellos como un guía espiritual o un profeta. Estos textos, afortunadamente, no han circulado en gran tiraje entre la población del país. Aunque no podemos negar que el hecho de que los jóvenes estén atentos a la lectura es un valor que el gobierno nacional quiere promocionar a través del Ministerio de Educación.

Hemos recomendado al comisario que lleva el caso de los tres jóvenes poetas que lea los libros de Valera Mora. A los muchachos, que no han sido detenidos, sino que gozan de total libertad tras una reprimenda, me he encargado de llamarlos una vez a la semana para pedirles que me recomienden otros escritores parecidos al poeta trujillano. Yo mismo les hice llegar el resto de los libros que ellos aún no habían podido conseguir. No sin cierta cautela, he leído todos los libros de Valera Mora, aunque para efectos de la investigación no ha sido muy útil, sí lo ha sido para conocer algunos elementos de la sociedad venezolana. Por profesión nos toca resguardar el orden público, velar para que reine la paz y el pacífico desenvolvimiento de nuestro país. A tal fin se hace necesario el conocimiento de aspectos culturales e históricos que permitan ver el mapa de la República con más claridad y detectar los elementos que potencialmente puedan perturbar la paz.

En la galaxia espiral de Andrómeda existe un país llamado Venezuela y la ciudad de Caracas. No podemos culpar a los jóvenes de que sean curiosos y anden descubriendo el mundo en cada esquina, en cada escritor, en cada historia. El mundo es grande y los

muchachos llegan con energía para descubrirlo y para transformarlo. El gobierno nacional mantiene espacios para que la gente vaya a ver cosas hermosas, interesantes y no podemos pretender decirle a cada ciudadano qué es lo que tiene que sentir y pensar de cada una de esas cosas. Los muchachos tenían razón en su declaración. Nuestros centros de estudios dan pena, ellos iban a los museos y a las bibliotecas buscando lo que no había en los liceos sucios, vacíos y desmotivados. Iban a saciar su curiosidad, iban a descubrir ese mundo inmenso que saben que está allí y que ellos no pueden conocer.

Nuestro papel sería terrible si solo fuésemos represores para que todo se mantenga como está. En lugar de mejorar los liceos, vigilamos a los muchachos que leen poesía. En lugar de abrir posibilidades para que la gente conozca el mundo, les hacemos creer que todo el mundo es como esta ciudad. Estamos sentenciados a que nos borren del mapa. Estos muchachos serán nuestros verdugos. Esa poesía que leen encierra muchas verdades que terminarán triunfando en la sociedad y nosotros seremos un mal recuerdo. *Dado y firmado en la ciudad de Caracas a los 08 días del mes de mayo de 1985.*

## Ayer compré la Paramount Pictures

Llegó como un ventarrón. Reventado no se sabe de qué batalla. Entró en la conversación sin que nadie lo invitara. Eran los alrededores de un barcito donde se reunían los poetas, los culturosos que hacían y que no hacían su obra en medio de aquellos desgastados días. Llegó para desencajar las miradas y poner a prueba el mapa empobrecido que teníamos. Ese mapa de las convenciones y los acuerdos de la acera y el quiosco, de la familia vecina y la librería de libros usados. Ya venía el huracán, el mundo estaba por acabarse y volver a comenzar. Y nosotros creyendo que todo era así como lo estábamos viendo. Había un pretil de cemento, un bucare, un banco de plaza mil veces utilizado en obras de teatro. Unos personajes gordos de gomaespuma veían la escena desde arriba, desde una posición de descanso extático, de ese que desarrollan algunos artistas.

Venía de no se sabe qué batalla. Ayer compré la Paramount Picture. Dejó caer de repente como quien dice silla o kilo de tomates. Ayer compré la Paramount Picture, no lo pensé dos veces. Los actores me aplaudieron: Tony Curtis, Roger Moore, todos me dieron la mano para celebrar. Mi amigo y yo nos quedamos viendo con sorpresa nuestras cervezas y con la sensación de estar ante una anécdota extraordinaria. Mi amigo no esquivó la conversa, conservó la calma y le siguió la corriente. ¿Y cómo fue eso mi pana? Ayer compré la Paramount Pictures, decía. Dejaba ver una sonrisa de esas que advierten que sus ojos no ven lo mismo que los de uno. Sudaba a chorros, esbozaba la sonrisa y buscaba fijar la vista en alguna mesa, en algún conocido que lo terminara de impulsar a compartir la mejor

noticia de su vida con dos desconocidos: Ayer compré la Paramount Pictures.

¿Qué mierda tiene la Paramount Picture para que cualquier pendejo no la pueda comprar? Tony Curtis puede felicitar a un amigo sin problemas, más cuando sabe que será su jefe. Mi amigo y yo le sacamos los datos importantes: cuántos dólares había pagado, cómo fue eso, por qué no se sabía en Venezuela nada de esa compra. En fin todo lo que un periodista común y corriente puede preguntar. ¿Quién carajo es Tony Curtis para que no le creamos a este caraqueño que acaba de comprar la Paramount Picture? Este mapa de la realidad está verdaderamente jodido. Y pensar que este hombre busca desesperadamente a alguien que le crea. Mi amigo y yo nos miramos en complicidad y guardamos las apariencias ante el dueño de la Paramount Pictures. No fuese a ser verdad.

Quién le va a creer a este personaje. Ni los muñecos de go-maespuma que ven desde su comodidad ni los otros artistas que toman cerveza ni los dueños del teatro ni los transeúntes sonreídos que pasan a cada rato. Nadie le va a creer a este hombre que es el dueño de la Paramount Picture. El dueño de la Paramount Picture no se viste así ni habla así ni vive ni pasea por estos lados del mundo. A menos que esto sea una sorpresa extraordinaria, una fisura de la realidad. Nunca se sabe, la realidad a veces tiene sus fisuras y en Venezuela estamos acostumbrados a vérselas con más frecuencia de lo que podemos asimilar. Viene un pendejo en bluyín y te dice que acaba de comprar la Paramount Pictures, lo más fácil es no creerle, adjudicarle a alguna substancia alucinógena el fraseo de loco que carga este elemento. Yo nunca he conocido a ningún presidente de ninguna compañía gringa de las famosas y mucho menos de una de cine. Me imagino que todos los dueños deben ser millonarios, blancos, lejanos, invisibles, como personajes de películas.

Mi amigo y yo seguimos buscándole conversación al personaje. Sigue con su monólogo. Ya ha descrito las oficinas, las secretarías, los salones protocolares donde se ha firmado el traspaso de propiedad

de la Paramount Pictures. Ya casi nos convence. El personaje sigue sudando y viendo lejos. Describe de manera escandalosa a las secretarias, las comidas, los tragos, las ceremonias verdaderas o falsas. Al rato ya no sabemos qué es real y qué se ha inventado. Los demás visitantes del bar nos ven extrañados. Llega de repente otro amigo, al vernos viene a saludarnos. Le presentamos al dueño de la Paramount Pictures y le echamos brevemente el cuento. Dibuja una sonrisa nerviosa e incrédula. Se despide más rápido de lo habitual, antes de detallar en una mirada inquisidora al magnate del espectáculo. Ya la cosa va tomando otro matiz. El magnate nos ha invitado a que vayamos con él a visitar su empresa.

El ruido del bar hace una cortina sonora de frágiles sonidos de cristal, carcajadas, música de radio mal sintonizada, murmullos y ladridos de perro. Mi amigo y yo seguimos con mucho cuidado la crónica alucinada del nuevo dueño de la Paramount. Nos da risa el monólogo. Pero seguimos escuchando la cantinela como quien escucha una letanía absurda pero hipnotizante. Después de la primera media hora el bar se ha convertido en un estudio de grabación: Una cantina de *western*, una carreta con caballos, un bar de vaqueros de donde sale alguien trastabillando. Cambia la luz del cielo. Ahora hay focos encendidos que dan mucho calor. El personaje suda a chorros. Vienen más caballos y las neuronas se confunden. Los ojos saben que no es cierto, pero la piel percibe el calor del desierto y la brisa con granos de arena. No es Caracas, es un pueblo de nombre inglés en el medio del desierto. Mi amigo es uno de los muñecos de gomaespuma gordo que ríe y respira hondo. Es un producto químico que corre por las dendritas y licúa la sangre que bombea hacia el corazón y la piel.

Ya va cayendo el sol en Caracas. Nos hemos conseguido con el nuevo dueño de la Paramount Pictures. Qué más podemos pedir. No está mal para ser un viernes cualquiera del mes de julio. En esta ciudad de locos alegres y poderes disueltos en agua no hay de qué sorprenderse. ¿Acaso no puede andar el dueño de la Paramount

Pictures echándose palos por Caracas?, de incógnito, de civil, abordando a los transeúntes desprevenidos para contarles su hazaña increíble. O serán los hongos de la bosta de vaca merideña hervidos con dulce, o las flores de la *Datura estramonium* untada en la piel o bebida debajo de un puente. El cine por naturaleza es alucinógeno, y sus industrias más famosas son motivo de alucinaciones en Caracas. Todo cuadra claramente. Otros más allá ven circos celestiales que llegan al pueblo con carrozas doradas y ruinas de Babilonia y no pasa nada.

Tú debes ser primo de Elvis Presley, eres igualito. Y tú de Tony Curtis. Mi amigo y yo nos veíamos todavía sorprendidos, ansiosos de saber más de aquel mundo fantástico; o éramos nosotros los que vivíamos en un mundo fantástico e incrédulo, cargado de prejuicios y de empobrecidos lugares comunes. ¿Será la realidad el mundo de las neuronas? O el de los cinco sentidos anquilosados por prejuicios, religiones y credos políticos. No sabemos. Recordé un viejo cuento donde alguien dijo: “Hágase la luz” y la luz se hizo. Si mal no recuerdo, comenzaba así.

## Que me voy para la comparsa

Cien años o más dura el impacto de los cambios. Después llegan las palabras y las ideas y bañan estos arenales con otros líquidos. Se crea un barro resbaloso y efervescente donde prosperan los limos y los anfibios más espeluznantes. Claro, ver la historia desde lejos es muy sencillo. El tiempo trae el particular sosiego de la indiferencia. El palabrerío y las fotografías siempre son más fáciles que el sudor de Reverón o las chispas de saliva de Picasso. Hay personas que adoran la pintura de Reverón pero que hubiesen detestado la sola cercanía del personaje. Para esto sirve la distancia. Lo mismo se podría decir de Cruz Salmerón Acosta o de Diego Rivera. Cien años o más duran los prejuicios para diluirse. Cien años más tarde es fácil tomar un libro, ver una reproducción más o menos fidedigna de *Las señoritas de Avignon* y mandarse un sarta de frases relamidas o arriesgadas, pero frases al fin, que no recogen en lo más mínimo el espíritu de aquel albañal de Bateau-Lavoir, donde las borracheras, el olor a trementina, a ropa mal secada y a mierda, engañaban los sentidos y las historias.

Cien años después ya las máquinas de legitimación han actuado a sus anchas. Cien años de propaganda, cien años de textos y congresos, cien años de universidades y especialistas construyendo un inmenso edificio (la más de las veces mentiroso) de lo que se debe saber de aquello, de lo que nosotros suponemos que se debe saber. Bajo la avalancha despiadada de estudios y pareceres, ha quedado sepultada la obra, muchas veces para siempre, bajo una montaña de convencionalismos y acuerdos. Es una intención de enmendar lo que el artista hizo. Aquí está esta pequeña pintura de 25x20 cm, hecha

desde el hambre y la fogosidad de la vida cruda, de la piel expuesta a la intemperie. Esta obra puede estar guardada en una bóveda, no importa, lo que hay que conocer es el cuerpo teórico, crítico y documental que se ha construido alrededor de ella. La obra no importa tanto, quedará relegada al desván de los fetiches. El valor agregado a la obra es todo lo que se ha dicho de ella, todo lo que se ha establecido como verdad irrefutable sobre ella.

En la comparsa bailan las universidades, los museos, los medios de comunicación, los galeristas y *marchands* que velan por engordar su ganado, los coleccionistas, y por último y casi que en la otra orilla bailan los artistas. Otro de los bailarines notables es el simple ciudadano conservador, clase media, capataz afiebrado de los convencionalismos, quien ofrenda su vida y su verdadera emoción para que nada cambie, para que nada se transforme o se mueva de sitio. Es una especie de vértigo o fobia al cambio, a que le quiten el pasamanos y le muevan el mapa de sitio, y el café cambie de sabor, y el sillón cambie de textura y el arroz de color. Estos personajes odian las tardes y las puestas de sol, porque nada se mantiene más de un minuto. Es una angustia temporal, es un desajuste particular en algún reloj interno. Todos se han puesto de acuerdo para la comparsa.

Pero si todo siempre ha sido así, estamos montados sobre una balsa de convencionalismos, sobre un trasatlántico de falsos supuestos y de mentiras consensuadas que hay que seguir repitiendo para no causar malestares. Sacar un solo bloque de la gran torre significa asistir al desplome monumental. Asumir el riesgo de halar el bloque es escuchar el griterío que te pide que no toques eso, que ha costado mucho para armar la torre, que si sacas ese no tienes otro bloque para poner. Hace falta una gran vocación para ser marginal, *outsider*, exiliado, invisible para los que van en la comparsa. Pero el vino siempre está en la celebración de lo aceptado y las lágrimas en el desafío a esa celebración. A sufrir se ha dicho, muchachos. No habrá vino esta vez ni las veces que vienen. Con lo maravilloso que

es el vino y ahora hay que esperar cien años para que comiencen a descascararse estos prejuicios y vengan los otros.

El vino de la comparsa es sabroso, embriaga hasta la alucinación. Después de probarlo flaquea cualquier voluntad. Los manjares son babilónicos, capaces de vulnerar cualquier convicción por más fundamentada que esté. Los oropeles y los escenarios encandilan, relumbran, enceguecen. Los disfraces y los atuendos hacen desfilar al alcance de la mano a Cleopatra y a Manuela Sáenz en persona, a Mata Hari y a Nefertiti, todas en un solo baile de perfumes y escarcha que revolotea en los contraluces. Todavía faltan sentidos para excitar, pero la lista se puede hacer aburrida. Y pensar que hay que esperar cien años. No cabe la paciencia ni alcanza la vida. Cien años son cien años, ni más ni menos. El cuerpo es débil, la tentación muy grande, cien años es demasiado tiempo. Pero así es el vino de la comparsa, seduce y tortura, utilizando el tiempo como su aliado.

Ayer busqué una vieja edición de *Hamlet* que guardo por allí. Releí con calma el pasaje de la muerte de Ofelia para buscar la magia. No había magia en esa sencilla narración. Nada del otro mundo. Ofelia se ahoga en el río. Es una adolescente perturbada. No hay mucho más que buscar. El cadáver fue encontrado flotando en el río. Pero si fuera así de sencillo todo fuese muy distinto. De ese sencillo pasaje se ha derramado una catarata de tinta, de discursos, de pintura, de afectos y desafectos, de psicoanálisis, visiones marxistas, lacanianas, esotéricas. Ofelia se ahogó es todo lo que sabemos. Volví a guardar el libro. Una adolescente ahogada en cualquier arroyo no es en sí mismo un gran acontecimiento. Con todo el respeto por el dolor de la muerte. La muerte de una adolescente narrada en clave épica y alimentada por quinientos años de celebración y apologías se convierte en otra cosa.

¿En qué parte de la comparsa van las Ofelias de todos los días? Acaso las artes celebradas sirven en muchas ocasiones para volver invisible la cotidianidad. Es como si los actos sencillos fueran lo contrario de lo sacralizado. Para que exista un milagro celebrado

y conocido por todos debe haber muchos milagros cotidianos invisibles, sin importancia, desdeñados. La máquina legitimadora es perversa. La comparsa es seductora. Los ciclos cronológicos son muy extensos para una sola vida, pero todo sigue andando. Y pensar que faltan cien años y nosotros con esas ganas de pasar a la historia, de vernos en esos libros polvorientos siendo parte de las legendarias escenas de la historia del arte. Que me voy para la comparsa.

Pero en honor a la verdad hay que decir que la comparsa no es gratis, la comparsa cobra, y cobra caro. La comparsa cobra en efectivo, en especies, en vida, en amores, en hipotecas totales del alma, en lagos de histeria, en cargamentos de fatuidad y en maquillaje pesado. La angustia aparece cuando los años van pasando. Todos aspiran a llegar a los cien años, pero casi nadie lo logra. Ver la historia dibujada en los libros es fácil, verla despedazar los cuerpos juveniles ante nuestros ojos es terrible, pero ese es el día a día. La comparsa ya se va. Y yo en esta esquina con todos mis atributos listos para ser empeñados. Aterrorizado de dudas. Vencido por la entrega y por el vino. La escarcha es para engañar los sentidos, el perfume, los manjares, las luces, los disfraces de seda. Recuerda que solo son cien años, hay que tener paciencia. No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. O sí. Que me voy para la comparsa, la comparsa ya se va.

# Meme

Temprano me levanto y voy directo a la cocina a prepararme un café. Es un ritual sencillo que repito casi de memoria. Tengo una ollita ni muy grande ni muy pequeña, la hornilla que prende ayudada con un yesquero, la lata donde guardo el café, la cucharilla que pongo sobre la mesa de la cocina, el frasco de la azúcar o el papelón líquido. Tomo el agua directamente del chorro. Tengo dos tazas de vidrio que conservo con mucho afecto, tienen mango de metal y parecen sacadas de una película de futuros distópicos. Es sencillo el ritual, vi a mi madre hacerlo, a mi abuela, a mis tíos. Últimamente no le pongo leche al café. Con el tiempo he ido reduciendo también la cantidad de dulce. Hablo del café de la mañana. El resplandor del fuego de la hornilla dispara un calor agradable sobre mis manos frías. Cuando la enciendo aún no ha amanecido. Los cafés de la tarde son otra cosa.

Cuántas veces he dicho que sin café no podría vivir. Esta frase se la he escuchado también a algunos amigos. No entiendo a la gente que no le gusta el café. Creo que le huyen a alguna ceremonia, al ritual amoroso, al placer, a alguna historia secreta. No peco de ortodoxo al decir esto. No pongo al café por encima de ningún otro ritual líquido ni desdén las bondades del té o el chocolate, de las infusiones floridas o ácidas. A no ser por un impedimento de salud, no entiendo a los que no toman café. Entonces asumo mi ortodoxia, mi pasión desmedida, mi liturgia secreta, mis ganas permanentes de estarle buscando historias y leyendas a unos simples granos tostados, a una taza, a una lata magullada, a un humo aromático, a los fantasmas de mi abuela.

Amargo y dulce, ámbar profundo, un aroma de casa con gente. Todo ha sido aprendido por la imitación. Una mezcla de recuerdos con olores, memorias vivas con dulce, amargo con frío mañanero. La primera taza de café significa que hay fuego, que hay casa y tazas, que hay azúcar y café, cucharillas, tiempo, agua, gas, una silla y una mesa, una puerta que ya se va a abrir, un tiempo comprometido, un ritmo febril de trabajo o tarea. ¿Quién ha garantizado todo esto en todo este tiempo? ¿Quién se lo garantizó a mi abuela, a mi madre? Nadie ha garantizado nunca nada. Todo ha estado siempre allí por la voluntad férrea de trabajo, por la necesidad de supervivencia de los agricultores, por los intersticios de paz que permiten anotar en los cuadernos el número de objetos que van y vienen. Ni lo que damos por normal o seguro, lo es realmente. Nada existe en estos rituales sino por la voluntad política y los acuerdos a veces incómodos de la sociedad.

Pero estoy acostumbrado a tomar café por las mañanas. Y nunca había reparado en que en esa taza de café confluyen las memorias y la tecnología, la política y el mercado, los camiones y las cajas registradoras, la lluvia y mi familia, las tuberías y el vecino. Es un absoluto milagro de las coincidencias y los mecanismos esta taza de café. Pero no podemos pensar el mundo así. Me estoy tomando una taza de café y lo único que me importa es el aroma y la temperatura, la cantidad de dulce y mi silla cómoda de las mañanas. Todo lo demás lo dejo guardado en un olvido anestésico. Si oí la noticia de la huelga de camiones o las lluvias exageradas de esta semana, no me importa. No sé si el abasto cercano es alquilado o propio o cuánto ganan los empleados. He aprendido a sacar todo eso de mi taza de café. Prefiero dejar el aroma y las memorias de mi abuela.

En el patio de la casa de mi tía Quintina había cinco arbustos de *Coffea arabica*, justo en un rincón al lado del estanque de las tortugas. Nunca supe su edad o quién los sembró. Recuerdo a mi abuela montada en un taburete recogiendo las frutillas rojas y poniéndolas en una pequeña ponchera. A lo sumo recogía dos kilos o un poco

más. Varios días después, a tres calles de aquel patio las semillas eran tostadas en un caldero ennegrecido y curado por el fuego y los años. Era un pueblo petrolero y la casa de los cafetos era una casa de pueblo petrolero. La bodega cercana era una bodega de pueblo petrolero. El río era un río destinado a desaparecer en la contaminación de una zona petrolera. Mi abuela sabía recoger, secar, trillar y tostar el café. Prendía la leña, colocaba el caldero ennegrecido, buscaba la bolsa con las semillas verdes y la paleta de madera. Comenzaba el ritual del tostado. Comenzaba el aroma a invadir el patio y la casa, y toda la familia a hipnotizarse ante aquel hecho. Este aroma traía siempre buenos cuentos, memorias de la felicidad, gestos de cariño. Los aceites del café levantan la temperatura y se subliman en el aire, las semillas verdes se van tornando marrón, suena la paleta de madera contra el metal bruñido por el uso, crepita la leña debajo.

Todo esto es aprendido. Es un ritual de la memoria y del cuerpo. Hábito aprendido en el patio petrolero y apuntalado por la familia incompleta y petrolera. Las tazas no eran para ese café sagrado, apenas eran pocillos de plástico. Recuerdo uno azul con el asa en forma de cacha de revolver, el cañón salía por el otro lado del cuenco. Era un pocillo pistola. Había también una taza de porcelana de los restos de la vajilla del matrimonio de mi madre. La taza duró un poco más que el matrimonio. Mi abuela prefería la totuma cortada. Una concavidad vegetal que recordaba a los indios kariña. Consumado el ritual del café la familia volvía a su quehacer cotidiano y a la guerra tibia de los linderos de los patios y la basura, del corte de las ramas y las gallinas. He contado desde entonces los tiempos marcados por el aroma del café tostado. Son ritmos discontinuos, acaso vías de escape de regreso al útero. El olor a café tostado es un patrimonio secreto, compartido por todos en silencio sin muchos comentarios.

El café llegó a América no hace mucho. Etiopía o el Yemen, Kaffa y la leyenda de las cabras, los pastores acuciosos. Aquellas cabras que no durmieron por estar comiendo bayas silvestres en el

hambre de las montañas. Un cuento a todas luces fantástico, acomodado pero hermoso. Aquel rincón africano puso el origen y el nombre, aquí en Caracas hay un ritual secreto con semillas tostadas y fuego, con dulce, tazas y sillas, con madrugadas y familia. El pastorcillo y las cabras hambrientas e insomnes también son parte del ritual. Los monjes evangelizadores del África aprendieron de los pueblos montañosos del sur de Etiopía. Los vieron recoger los granos rojos, y transformarlos en aroma ritual, en liturgia sagrada y amarga. Y de aquel largo viaje por el tiempo y las distancias llegó a esta casa. Los caminos han sido curvos y rectos, escabrosos y sencillos. Aprendimos a querer ese olor y sus rituales. Ya no importa de dónde vino sino cuánto lo amamos.

El otro ingrediente es el tiempo. Quién puede decir que el café no es de aquí. Hay un museo en Caracas donde se pueden ver las tazas donde se tomó el primer café cosechado en este valle. Son tazas de lujo, tazas burguesas donde tomaron café los burgueses que cosecharon café como negocio. Seguramente dieron una gran fiesta. Aquel hecho quedó señalado en la historia de la ciudad pero no se celebra especialmente. Fue solo un café en boca de unos burgueses en un valle de clima excepcional. No hay nada que celebrar. Es un aroma que llama a la guerra y a los amores, a los grandes flujos económicos, a la esclavitud, al poder terrible del comercio, a la seducción de los olfatos, a las historias de abuelas recolectoras, a las memorias más pobres de una infancia pobre al lado del petróleo. Unas semillas tostadas, unos sentidos excitados, y recordando, unos monjes y unas cabras curiosas. Mi taza de café está llena.

## Letreros para algunos lugares que no existen, o sí

En esta esquina se le vino la idea a Aquiles Nazoa de comparar la vejez de Anna Pávlovna con un avestruz. No se sabe el año ni el mes ni la hora ni qué clima azotaba los aires de Caracas. Aquí llegó en el descuido del poeta, una ráfaga de imágenes recortadas de un viejo álbum de fantasías persas y de costumbres guzmancistas. Bajaron del Ávila en esa época las fragancias del anauco y las abejas. Las campanas de la catedral escudriñaron el bronce antiguo y asustaron a las ardillas. Pan de horno, chicha, horchata alimentaron ese día al poeta y llegó la melodía de Saint-Saëns y el cisne moribundo y Anna en esa imagen potente de zoológico y antiguo álbum.

En este sitio fue donde Simón Rodríguez, en junio de 1797, obligado por las circunstancias, decide abandonar el país y dirigirse a la isla de Jamaica. Había sido vinculado con la conspiración de Gual y España, y para salvar su vida abandona el territorio de la Capitanía General de Venezuela. Justo aquí entendió que había que caminar el mundo. Que para construir una patria libre era necesario liberar el espíritu en los caminos que habían visto tanta historia, y juntarlos con las otras historias de palpitaciones que cargaba en sus bolsillos. Aquí hemos erigido este monumento para recordar el huracán de su alma y sus ideas libertarias e irreverentes.

En esta plaza Armando Reverón Travieso vio por primera vez a Juanita Ríos en los Carnavales de 1918. Juanita iba disfrazada de fantasía francesa. Era una especie de madama seductora, acaso explícitamente sexual en aquel calor del Caribe. Armando la buscó entre la luz enceguecedora, la encontró a duras penas sudando la fantasía del traje ya rumbo a su casa. Llevaba los zapatos en la mano y un ramo de flores marchitas. El Carnaval pasaba como un espectro por la misma plaza, pero ellos estaban ya en otro sitio haciéndole el amor al tiempo eterno, jugando con las musas acaloradas, robándose los rayos de sol y las telas de saco.

Es sabido que desde esta baranda del malecón, en los meses de agosto y septiembre, cuando el río comienza a bajar su nivel, el sol cae de tal manera que junto a las líneas de la corriente, la luminosidad exagerada y el espejismo de los balcones y las grandes piedras negras, se crean unas líneas de colores que semejan varillas de metal flotando sobre planos azules o amarillos. Jesús Soto solía observar desde aquí el juego de las líneas en batalla con el sol y la ciudad, con las boras que pasan flotando, con las curiaras pintadas a brocha, con algún pájaro que pasa rasante sobre el agua. También se cuenta la leyenda de las gotas de lluvia amarillas penetradas en plena tempestad.

Se sabe que este es el Mercedes Benz último modelo que forma parte de todos los Mercedes Benz muertos que crearon un gran pájaro de hierro que se llevó a aquella mujer incomparable. Se puede ver allí tirado con su orgullo, con su pintura desconchada y su patético color dorado. Es como un viejo burgués venido a menos, sin dignidad, viviendo de los recuerdos de otros tiempos. Lo salvó para la memoria, el verso del poeta y ese despecho desproporcionado y esas

ganas de amar como un caballo brioso en campo abierto. Ostenta su gran marca justo al frente, pero es un amasijo de hierro sin orgullo.

En las tardes de septiembre, desde aquí se podía ver con toda claridad la silueta de la estatua de Cristóbal Colón en el golfo triste, hecha por las manos de Rafael de la Cova. Justo cortada por el redondo cuerpo incandescente del sol. Sus pies asentados en la pequeña quilla, su brazo extendido señalando la tierra de gracia, su gesto brutal de exterminar a todos los pueblos que se consiguió a su paso. Un simple bronce derribado en 2004 por un huracán de muchachos encendidos. Su silueta contra el sol ya se extinguió. Caracas no tiene ahora estatuas de Colón.

Por esta esquina pasó Amalivaca y su luminosidad de dios todo poderoso. Por las sombras de esta ceiba arrastró sus atuendos celestiales. Era el año 1954, en pleno centro de Caracas. Se erigían dos torres monumentales que destrozaron casonas y esquinas, solares y plazoletas para dar espacio a una modernidad afiebrada y sin control. El dinero del petróleo hizo entender que echar abajo las casas de barro y erigir mamotretos de concreto y vidrio era sinónimo de “progreso”. Por la esquina de Cipreses pasó Amalivaca con su séquito celestial. Su larga barba y su jaguar iban con él para encontrarse con César Rengifo junto a los martillos y las escaleras, los mosaicos de vidrio, la hojilla de oro y los colores. Le pidió a César que lo dejara para siempre junto a las aguas del río haciendo a los hombres. Allí está todavía con su mano levantada en señal creadora.

Por estas calles se dice que cayó víctima del amor el escultor Alejandro Colina. Las caderas eran portentosas, las tetas turgentes, la pelvis maravillosa. María se llamaba. No había manera de escapar de su influjo de naturaleza desbocada. La conoció por San Agustín y cayó atormentado por aquella imagen de diosa. Los amigos le dijeron que esa mujer no era de este mundo. Alejandro no hizo caso y siguió hundiéndose (o flotando) en el amor de carne y poesía que desplegaba sus perfumes por San Agustín. María cruzaba la quebrada de Anauco en un rito secreto que levantaba las mariposas en el aire. Alejandro pescaba las mariposas para leer en sus alas cualquier señal de amor. La pelvis echa fuego en medio de la autopista, la llama ilumina la ciudad. Fue así el amor de Alejandro, eternizado en piedra, desnuda para todos los ojos. El cielo de Caracas cortado por esa silueta de mujer de otro mundo, de ese mundo que pertenece solo a los enamorados.

En esta justa curva de la autopista se inventó, hace ya décadas, en la ciudad de Caracas la palabra sin significado. Las letras gigantes y rosadas, desafían la perspectiva pacata de los edificios. Una gruesa línea chorreante y negra la arranca soberbia de la pared mohosa. No son palabras exactamente, o al menos de las que la gente de a pie usa por las mañanas. Desde el vértigo de la autopista se ven las letras gigantes y rosadas. Forman dos palabras escandalosas, insolentes. Aunque las dos palabras no tienen asidero en la cotidianidad todos las reconocen como palabras. Quién dijo que para ser palabra hay que significar algo. No sirven para nombrar emociones ni objetos, no describen cosas naturales ni ocurrencias culturales, ni herramientas ni ofrendas ni fenómenos del espíritu. Pero son palabras, tienen forma de palabra. Allí están en la curva de la autopista entre pajonales y filtraciones. Dos palabras que no son de este mundo.

Por la calle Negrín fue visto por última vez el pintor de las cayenas. A duras penas se recuerda su nombre. Cargaba siempre un cartapacio de papeles de diferentes tamaños lleno de flores. Acuarelas emocionadas ondulaban el papel. En el morral llevaba una caja de acuarelas mil veces gastadas y tubos de pintura acrílica de los colores primarios. Explicaba las cayenas con sus teorías cósmicas. Entre risas nerviosas y determinación profética, narrando una épica de la derrota y el hambre, de la voluntad, la frustración, el amor huidizo y el gusto de atrapar allí mismo en la acera la luz de una cayena despreciada. Por la calle Negrín lo vieron por última vez con su jardín a cuesta y sus explicaciones justas, buscando unos ojos y unas monedas.

## Pastor de Nubes

Nunca estudié aquí pero me han bañado por años las sombras cuadrículadas de la Plaza Cubierta, los filos de Vasarely, el caimán majestuoso de Léger en su gesto de tragarse el resto de la ciudad. Junto a la Facultad de Farmacia hay un largo pasillo anónimo que siempre que venimos está solitario, abandonado, perdido en un espacio tiempo parecido a una serie inglesa de detectives. Da la sensación de frío, de importante, de peligroso. Parece una aventura sin aventureros. Por este pasillo resumen vapores, las puertas crujen, las ventanas dejan ver salones y laboratorios solos. Hay algo fantasmal y científico. Siempre estamos a la espera de algún vigilante que nos sorprenda y nos regañe. Basureros, alto voltaje, peligro, no pase, depósito, contaminante. Pudiera este pasillo ser la vocación científica definitiva para alguien, o la vocación artística escondida en los basureros con objetos fantásticos. Una caja llena de ratones blancos muertos que hacen una pila alucinada. Una fila de frascos de vidrio llenos de líquidos traslúcidos y coloridos, tuberías plateadas que disparan vapores sonoros, árboles de guayaba cargados y solitarios, hierbas con rocío, medidores que indican presiones y temperaturas sin poder ser leídas. Del otro lado de la reja pasan los carros por el Paseo Los Ilustres.

En esta universidad no hay una sola manera de estudiar. Sería terriblemente aburrido solo utilizar los salones, los horarios, los profesores acartonados, las bibliotecas autorizadas. Echar mano de las ideas oficiales selladas y firmadas por las autoridades. Moriría de tedio si solo se tratara de los cafetines fantásticos y los almacenes prohibidos llenos de folletos maravillosos. Estas formas han

pastoreado el alma-esponja de los muchachos. Pero ellos a veces no se dan cuenta. La sombra del reloj, la brisa de la Plaza Cubierta, las curvas del edificio de la Biblioteca de Ingeniería, han moldeado los amores y el primer sexo perfectamente merecido y libre. Yo no estudié nunca en esta universidad pero recibí sus amores. Otros fueron a aburrirse, a sacar diplomas que los atornillarían a un empleo eterno. Yo fui a los pasillos y a los espacios de la derrota. Fui a pescar las charlas y los conciertos, los libros de segunda mano, las revistas sin portadas, los panfletos metidos por la nariz. Me paré frente al Pascual Navarro por mi cuenta, a llorar la docena de palabras que me habían cacheteado. A todos les pedí un libro prestado, una memoria. Me dijeron que lo mejor sería que fuera a la universidad y así lo hice, pero entré por otra puerta.

Cuando mis tías se graduaron en el Aula Magna me compraron un paltó marrón y a mi hermano uno azul. Toda la familia vino de oriente con sus mejores vestidos. Entramos al Aula Magna en medio de una avalancha de gente que orgullosos iban a ver a sus hijos graduarse de algo. Estuve tentado a aprenderme de memoria el color de la cinta de las medallas. Después se graduó mi madre, mi cuñada, mi hermano, el vecino genio, mi amigo el arrogante (20 años en el mismo empleo). Todos fueron graduándose de una manera u otra, menos yo. Me decepcionó aquella tremenda cola de gente para graduarse. Eran cientos de ciudadanos enumerados, igualmente vestidos, solo diferenciados por la cinta de la medalla, orgullosos de haberse quemado las pestañas. Directo a ser empleados del mes, abnegados trabajadores obedientes, ejemplares padres y madres de familia. Cada uno un aplauso orgulloso de su familia, una foto, un anónimo y mecánico apretón de manos en aquel multitudinario anonimato organizado.

Me dijeron que fuera a la universidad y eso hice. Sin tiempo, sin prisa, con los amigos más y menos íntimos. Estuve buscando libros casi secretos y frisos públicos. Murales poéticos y pasillos encantados. Conocí a los más ilustres desconocidos, a los revolucionarios

más radicales en las omisiones, a los editores más prósperos de la nada y el multígrafo. Escuché a los cantores más silenciosos, a los teatreros inviables. Entré por una puerta de la casa que vence las sombras, una puerta solo reservada para mí, a un lado de la otra puerta grande. Lo que sí vi claramente fueron las sombras que ya se erguían sin piedad sobre los muchachos emocionados. Anduve perdido y encontrado en una madeja de lemas de marcha, de consignas aprendidas y por aprender, de adrenalina cobarde y temeraria. Pero puedo decir que todo fue por convicción propia, por propio entendimiento de ese que dan los libros de poesía que se deshojan a la primera lectura, pero cuyos poemas se siembran en la carne y en ese cuarto terrible que está detrás del corazón.

El *Pastor de Nubes* y *Carlota Corday camino al cadalso*, *Los tres comisarios* y *Una gota de Rocío* llegaron silenciosos a mis ojos. Sirvieron para levantarme a la vecina. Pascual Navarro, Oswaldo Vigas y Alejandro Otero vieron en silencio cómo yo descubría la belleza. Aprendí por ellos a hacer de cualquier cerámica coloreada un fetiche digno por el cual empeñar la vida. Pero el *Pastor de Nubes* tuvo paciencia y me esperó a la salida del Aula Magna. Tras cada concierto, cada acto político, cantata, etcétera. Allí estaba paciente, dorado, majestuoso esperando para preguntarme a los ojos qué había aprendido. Que si había emprendido los nuevos poemas, las pinturas de la bañistas nocturnas o las caras tropicales. Siempre con la misma amabilidad estuvo allí esperando que maduraran mis ímpetus, tranquilo en su bronce vivo. Me di cuenta muy tarde de que era una especie de confesor que nunca había querido protagonizar otra cosa que esa luz de espaldas al espejo de agua. Saludó a todos los graduandos, menos a mí que no me gradué nunca. Pero igual sé que me quiere.

Volví después de mucho tiempo a buscarlo. Allí estaba, tranquilo como siempre, a plena luz jugando con los niños y sin perder la atención de su oficio. Ninguna nube se le perdía. Humilde pero soberbio. Toda la tarde era un arrear de nubes rebeldes, de gente distinta a la que yo había visto hacía muchos años. Acaso son los hijos

de aquellos expedicionarios de la Plaza Cubierta. Crecieron lejos de aquí y ahora se acercan a ver a este extraño pastor. También son extrañas las tardes y las sombras. Yo le hice la señal de costumbre, él recordó los libros comunistas y la rebeldía. Pero es una tonta fantasía realmente este relato. Es solo un afecto declarado, una emoción honesta de los recuerdos que no cesan y de la memoria que más allá de los ojos se sedimentó profunda en las letras, en los viajes, en los amores, en los sitios sagrados, y hasta hoy retoza conmigo en los jardines.

Siempre me recomendaron que viniera a la universidad. Así lo hice contradiciendo la rebeldía y a los profetas de los apocalipsis más pintorescos. Me dijeron que viniera a aprender y así lo hice. Nadie me dijo que viniera a sentir, a descubrir a los pastores de nubes. Vine de todas maneras tras las revistas sin portada y las muchachas sabihondas y los héroes del juego de ladrón y policía. Allí estaban en plena pubertad, gozando de esa vida sin miedo. No me gradué nunca en la larga y anónima cola de togas y birretes. Gracias a todos los que me recomendaron que fuera a la universidad. Así lo hice. Gracias a los que me advirtieron acerca de Hans Arp y de Alexander Calder. Después he escuchado que el arte no sirve para nada. Gracias a Pascual Navarro y a Mateo Manaure, a Vigas y Vasarely, a Léger y su océano de luz de la biblioteca. Hay universidades de las que no se egresa nunca a riesgo de perderse tantas maravillas.

## Así se goza

Bailaba con mi mujer una salsa maravillosa, en vivo, un viernes de esos en los que se decide gustar los últimos realitos en un rato tranquilo y una comida sencilla y merecida. Sonaba el tres y la tumbadora a un perfecto volumen. El cantante dejaba caer el fraseo con gracia callejera. Gozaba en la pista improvisada al pie de la tarima, la mente atormentadora no me dejó tranquilo. Comencé a pensar qué era lo que me hacía gozar y cómo gozarían en otras partes del mundo. Esta pregunta impertinente puede ser despedazada a machetazos epistemológicos rápidamente: cada quien goza a su manera y con lo que conoce. Listo allí murió la curiosidad. Pero persistió la incomodidad de la frase. La canción que bailaba no era conocida ni la orquesta ni el cantante, pero sí lo era el ritmo, la instrumentación. Base de son cubano con clave, orquesta pequeña, casi un *ventetú* para música del Caribe. Había comida, cerveza, buen clima, compañía, cansancio que era recompensado en viernes de gozadera. Podía y de hecho lo dije en voz alta: estoy gozando.

Realmente no sé ni me interesa cómo gozan en otras partes del mundo. A veces comparamos cosas incomparables. La salsa y el canto gregoriano no se utilizan para la misma cosa ni el kachire ceremonial y la hamburguesa. Un tabaco secado en humedad, un té recogido por manos vírgenes, un mango de orilla de carretera, unas guayabas transformadas en mermelada sobre un pedazo de pan en los llanos de Anzoátegui o un *Meatloaf* en un pueblo de Pensilvania no pueden ser comparados entre sí. ¿Cómo adjudicarle a alguno un valor en la escala del goce? Pudieran ser equivalentes, pero el punto cero del análisis del goce no permite fácilmente desencajarse para

sentir o pensar otro tipo de goce. Una choza en medio de Nepal, cercana a Boudhanath, una muchacha de quince años mira por la ventana con sus lanas desgastadas y el frío que corta como un cuchillo. A la misma hora en Barinas, un viejo agricultor toma café en un pocillo plástico mirando la sabana. Ante la inmensidad del paisaje, picos nevados, sabanas llaneras, lo único que prevalece es la experiencia mínima y las memorias colectivas seleccionadas en un atado de amoríos honestos. Saber qué significa para cada uno el frío, el fuego, el aceite, la luna llena, es casi indescribible. Solo anda la mirada lejana, la piel curtida, lo dulce en el pocillo, el olor de la lana cruda, el vapor de la sopa. ¿Cómo goza cada uno? ¿Cómo se hilan las memorias y los sueños alcanzados, las frustraciones, las memorias del hambre? Los cuerpos responden a la biología y también a la mitología del cielo y el infierno, de lo prohibido y de la química, de las respiraciones aceleradas y los éxtasis del paraíso. No hay en estos mapas líneas claras que dividan la carne y el espíritu. Estas conveniencias no aguantan un beso arrebatado ni un mínimo baile con los elixires del sudor.

Así se goza, le decía a mi esposa en el oído. Así gozo yo. No pierdas un minuto de este gozo pensando en cómo gozan otros, esa es la mejor manera de perderse el goce, este que no se sabe muy bien de dónde viene. Pero el goce estaba allí presente en forma de noche y de ritmo, de amor y alcohol, de clima, pasos de baile que evocaban el Caribe huracanado y todas sus leyendas. Y yo a punto de perderme el goce por estar pensando en cómo gozan otros en otra parte del mundo. Grave error. Para entender el goce no hay que interrumpirlo porque el goce no se entiende en teorías ni especulaciones sino en sus propias leyes y en su taquicardia particular. El cuerpo manda en este goce, la memoria, que también es parte del cuerpo, baila al mismo son.

Pero si no existiera esa recurrente pregunta que es necia, ese hurgar terco en los secretos que siembran las distancias, muchas cosas se hubieran quedado escondidas para siempre. La pólvora de

la perseverancia es astuta en formular preguntas maravillosas. Los grandes inventos la mayoría de las veces no han sido grandes respuestas, sino preguntas originales que jamás nadie se había hecho. Si entendemos que la libertad es una invención, la gran noticia no debería ser el día de la batalla final, sino el día cuando alguien se preguntó: ¿Por qué no somos libres? Esa es la pólvora inicial, el fuego sagrado que no tiene quien lo apague. El goce entre nosotros tiene connotaciones carnales, pecaminosas, de desenfreno. Gozar no es disfrutar, gozar tiene algo de lujuria y de exceso, de vida en huracán y de libertad escandalosa. Yo estaba gozando y casi pierdo el goce por pensar en el goce de otros. Igual me lo gocé.

## Crónica de la biblioteca y la borrachera

La Biblioteca Metropolitana queda justo de Conde a Carmelitas. Es un edificio *art déco* construido en los años 40. Tiene hermosos vitrales con motivos florales que le dan un aspecto de lámpara Tiffany gigante. Está lleno de libros vetustos, al parecer estos libros siempre han sido viejos igual que los bibliotecarios. Quiero recordar aquel edificio como el inicio de todo, como una hermosa lámpara puesta allí en medio de la ciudad para mí solo. El recuerdo es el más claro ejemplo de que se recuerda con todo el cuerpo y con toda la vergüenza que cabe en una historia y en un cuerpo. Fue el bautizo de fuego, de los fuegos que atrapan la poesía y la debilidad, los primeros bocetos rematados a brocha gorda desde las convicciones políticas que todavía están por florecer, pero que anuncian un radicalismo cargado de mandarrias y besos.

Es el mes de octubre, sin ninguna otra alteración que la antesala de la explosión social más grande de Venezuela, pero esa no es excusa para una borrachera de las mismas dimensiones. Todavía no estamos diestros en el cálculo de la cantidad de ron ni en los ciclos del cuerpo ni en la clave de comer tres veces al día. En el segundo piso nos han prestado una sala pequeña. La hemos convertido en galería para mostrar dibujos y pinturas de los muchachos que hacen vida en los talleres de arte. Ni pensar en un museo ni una galería. Es una pequeña sala en el segundo piso que vamos a inundar de dibujos y pinturas, de trozos de papel y de tela, llamados arte por algunos. Hay que ir a limpiar, a montar, a dejar lista la muestra entre todos.

No tengo nada listo. He rayado tantos papeles, pero mi inseguridad me hace descartarlos. He rellenado de manera frenética todo

el mapa de los experimentos: del ritmo, del gesto desenfrenado, de la postura intelectual, de la razón del trazo, de la lírica irreverente, de las teorías gestálticas, etcétera. Carpetas y carpetas de vómito del alma. Pero apenas son dieciocho años. Ninguna experiencia trascendental, ninguna profecía sonora, ningún prodigio en las calles de Caracas. No tengo nada listo. Prefiero ir a casa, recorrer media ciudad, revisar las carpetas otra vez y descartar la ventolera de experimentos. Llegar a la casa con la firme tarea de salir con dos dibujos pequeños que quiero mostrar por primera vez en una exposición colectiva en la Biblioteca Metropolitana en el centro de la ciudad de Caracas a los dieciocho años en la antesala de una revuelta popular y de una revuelta personal a favor y en contra de las hormonas.

Algo va a pasar y no sabemos qué es. Y yo agarro esta borrachera que me quedará como recuerdo para toda la vida. Tres dibujos donde cuelgan unos cascos nazis en unas ramas secas. Unos barrancos áridos por donde ha pasado el viento y la lluvia desde hace años. Son ensayos políticos cándidos más que dibujos u obras de arte. Son declaraciones antifascistas crudas. Mi enemigo es el fascismo, ese que fue derrotado por los soviéticos con una bandera clavada en el Reichstag por un soldado del Ejército Rojo. Celebro ese triunfo como si fuera el de mi equipo de caimanera de béisbol. La gesta de la Gran Guerra Patria es como si fuera mi gesta personal inflada de orgullos y emociones. Así que someter al desprecio a los fascistas simbolizados en su ridículo casco en unos barrancos de soledad, ese es mi papel y mi más grande tarea revolucionaria. Algo va a pasar, tengo mi propia guerra contras las fuerzas oprobiosas de la historia. Pero en estos días el fascismo tiene otra cara, otras conductas que no son tan claramente identificables. Mucho tiempo después las convicciones espirituales e ideológicas terminan convirtiéndose en arte, si se persevera. Al principio son panfletos planos sin ninguna fuerza de alma. Retóricas cargadas de artilugios y decoraciones, palabras camufladas con texturas, colores y trazos acaso interesantes. El arte viene mucho después.

Y vengo yo a agarrar esa borrachera descomunal. Pleno octubre caraqueño y en mi alma debate el comunismo ferviente con las huestes fascistas derrotas por Melitón Kantaria y su Ejército Rojo. Y yo de irresponsable por no saber los ciclos más básicos de la sangre y el alcohol, agarré esa borrachera. El arte debate también con la aridez de la universidad. Tengo que justificar que no voy a la universidad ni busco trabajos formales ni me gustan las oficinas ni las corbatas. Se me enquistó en el alma un empeño de ser artista como esos artistas que aparecen en los libros, una especie de antihéroes geniecillos, inadaptados, brillantes adelantados a su época, incomprendidos. Para eso hay que justificar ser tan mal estudiante, tan irreverente, tan inseguro y extraño. Me voy del liceo, ya no soporto más ese ambiente represivo, desconchado, repetitivo y chato. Tengo que justificar que quiero ser artista y ahora agarro esta borrachera terrible. Es demasiado para un solo día. Estar dentro del edificio que parece una lámpara gigante, con sus vitrales, descubriendo a duras penas los estilos viejos de la arquitectura caraqueña, voy a exponer mis dibujos por primera vez, mis ideas. Caracas está toda allí para descubrirla, igual que mi ánimo de comenzar a beber ron con Pepsi-Cola a las cinco de la tarde sin haber almorzado.

A las siete y media de la noche el edificio *art déco* era un amasijo de planos inestables, una ventolera de escalones y techos de vidrio que se confundían. Los afectos se atascaban en los ojos desorbitados, en las risas ocultas, en las ganas de vomitar. Ya se inauguró, ya llegó y se fue la gente, no sé ni quién vino. El ron invadió mi sangre abruptamente y afuera está el centro de Caracas, y aquí adentro tres dibujos míos colgando de una pared junto a otras pinturas. Hoy arranca todo, hoy cierra quizá la infancia con este acto tan ridículo navegando sobre aceras oscuras que son olas terroríficas. Llego a la avenida Baralt, a la plaza Miranda a duras penas, saltando las convenciones comunistas y los charcos de agua sucia. Esquivo con más eficacia la mirada curiosa de algunos caminantes que los postes y las alcantarillas mal tapadas. No se puede decir que no colgué mi

panfleto contra los fascistas y que no celebré su derrota histórica. No se puede decir que a la infancia tardía no la saqué a patadas de la rozagante adolescencia. Ahí dejé colgados tres dibujos a lápiz, hechos para la ocasión. Aquí vine a bautizarme en alcohol dentro de este portentoso arquitectónico.

Es largo el camino a casa. No puedo mantenerme en pie y subo gateando por la puerta de atrás al autobús. Todos los sentidos se terminan aglomerando con el sonido de la bomba de aceite que abre y cierra la puerta, la cabuya remendada que hala un timbre miserable, la velocidad incivilizada del Blue Bird por las avenidas de Caracas en pleno octubre antes de la explosión social más grande que se haya visto. Todo es un solo huracán de fénix y cenizas, de génesis y apocalipsis, de derrotas y triunfos contra los molinos de viento y las oficinas delirantes. Es demasiado para un solo octubre. Llegando a casa logro bajar del autobús y avanzo sobre la avenida Intercomunal. Caigo sobre el capó de un carro que pudo frenar a tiempo. Cuelga en mi lado derecho un bolso verde con tres cuadernos y un libro. Mis zapatos apaches están salpicados de vómito. La noche es larga o corta, oscura o clara, ya no sé nada. Allí nació o murió algo en los barrancos donde cuelgan los cascos fascistas. Allí dejé mi panfletico honestamente y ese recuerdo pegotoso de haber atravesado Caracas con todo ese alcohol. La memoria destila cada línea.

En estos días volví al edificio de la biblioteca buscando con la vista la salita de exposiciones, los libros vetustos, mi vergüenza de dieciocho años y mi panfleto contra los fascistas. Allí estaban todavía intactos entre los reflejos de los vitrales en flor y la luz de la misma Caracas, treinta y cinco años después.

# Los marginales

Soy un marginal. Lo sé, me lo han dicho infinidad de veces, directa o indirectamente, camuflado o desnudo me han endilgado esa calificación sociológica. Pero yo estoy orgulloso de estar en los márgenes (si es que el concepto se ajusta a esto). He visto el centro, la metrópolis, y son realmente una mierda, así que los marginales huyen de ese centro desesperadamente. La palabra margen siempre rondó mi vocabulario, desde la escuela primaria. La asocio indefectiblemente al cuaderno Caribe. Los cuadernos tenían una línea vertical al lado izquierdo que era el primer margen que cualquier niño conocía. La frase asociada era que no nos pasáramos del margen, el margen era una advertencia, un *finis terrae*, un borde conceptual que definía dos espacios: el que debíamos transitar y el que estaba prohibido. Supongo que en honor a lo inteligible, había que dejar ese espacio blanco a la izquierda y construir un bloque limpio de texto que en algún momento podía ser consultado y descifrado de nuevo. La línea del margen era roja, mientras que las líneas del cuaderno, las horizontales, eran azules. Esto le daba al margen una importancia extraordinaria. Me encantaba el margen. Entre la grapa en el medio del cuaderno y la línea vertical roja quedaba un espacio tentador. Una pequeña caja vacía, un cuartico blanco que no era ocupado por los bloques de texto (de horrible tipografía). Me molestaba dejar ese espacio en blanco, al menor descuido o silencio del dictado o de algún dato importante comenzaba a llenar las cajitas del margen con dibujos. Eran grecas, geometrificaciones, cuerpitos, motivos florales.

En la sociedad sucede algo muy parecido. De allí que haya surgido esta categoría de “marginal”. Persona que no pertenece al

centro, persona que habita en las afueras, en los espacios baldíos, en las zonas alejadas del núcleo. No solo geográfica o topológicamente, sino conceptualmente. Los marginales viven alejados de la idea dominante, del *mainstream*. ¿Quiénes son estos marginales que no pueden alcanzar la idea central?, que acaso la añoran o la rechazan o hacen tienda aparte. La banalización extrema del término aludía al aspecto y la conducta de alguien de bajo nivel económico que no había tenido por eso educación formal. Se vestía muy mal, comía mal, se portaba mal, no sabía nada, era inculto, ordinario, tenía mal gusto, etcétera. Tenía el gusto de la masa, de las mayorías, es decir, el núcleo era reducido y lo marginal era gigante. Los marginales éramos mayoría y mayoría absoluta. Sin embargo, no controlábamos los mecanismos del poder ni los botones de las decisiones ni las palancas de la gran máquina. Los marginales habitábamos la ciudad en una complicidad invisible. Éramos los hilos del tejido más sutil de la sociedad, estábamos definidos con exactitud por los que sabían de estas definiciones. Había más estudios y definiciones de los marginales (con sus distintos nombres) que sobre los habitantes centrales del núcleo (con sus distintos nombres). Todos nos conocíamos, no había excusas para no haber atisbado el mapa. Era cuestión de tiempo para que todo explotara. Todos lo sabíamos, solo cogíamos el pulso en la calle, donde el aire era espeso y comenzaba a dejar ver las inmensas grietas.

Tiempo después descubrí las marginalias. Quedé enamorado para siempre de esas anotaciones. Dibujos, esquemas, notas, comentarios que llenaban los bordes sobrantes del papel. Todo alrededor del texto central. Siempre había algo central y yo justo me enamoraba del margen otra vez. Era una tendencia natural difícil de combatir. Confieso que nunca la combatí realmente, era lo que más me gustaba hacer. Caminar por los márgenes. Era un marginal en todo el sentido. Las marginalias estaban llenas de animales fantásticos, de aves maravillosas, de engendros de la imaginación que hacían del espacio otro universo fantasmal y fantasioso. Así mismo

era la ciudad marginal, la acera marginal, la poesía marginal, la manera marginal de ver este mundo y de ver todos los mundos que se encontraba uno a su paso. Marginales eran los remates de libros usados de la acera de Capitolio y la esquina de Cruz Verde. Marginal era la cancha de básquet devenida en fastuoso estadio de un béisbol reinventado. Marginal era la doctrina comunista, la poesía, la pintura acrovínlica y el esmalte sintético, el papel periódico con engrudo y el retrato insistente de los renegados de todos los tiempos. Marginal era la librería de Julio González en el pasaje Zamuro en pleno centro de Caracas.

Los muchachos son marginales, pero son chéveres dijo la muchacha. Tenía razón después de todo, quién se la puede quitar. Era así justo como ella decía. Buscábamos ese centro como locos o no buscábamos ningún centro, sino que lo veíamos girar alrededor como quién se monta en una rueda de parque de diversiones y ve pasar la ciudad y la gente en esos destellos de nitidez con la certeza de estar dando vueltas y vueltas, alejado sin poder tocar la ciudad. Pasan los edificios desenfocados, la gente bailotea sin horizonte aparente, la luna y el sol van de arriba abajo borroneados, los ojos no pueden fijar con claridad el foco y aparece una risa nerviosa y arrebatada. La rueda gira con afán, se oye el motor que le da vida y todo es una ráfaga rayada, un emplasto vertiginoso de formas conocidas y de rayos temblorosos. Qué marginalidad tan luminosa. Los amigos son marginales que durarán veinticinco años en un solo trabajo, que comenzarán barriendo hasta jubilarse, que se van a esconder a la Plaza Bolívar y se van a hacer famosos al baño de su casa con la luz apagada. Qué camino marginal más sinuoso. Qué sorpresas atropelladas en racimos.

El mapa de los márgenes es un mapa absurdo, sin sentido. De qué sirve un mapa donde no está el centro, el núcleo, la Plaza Bolívar. Sin embargo el mapa marginal recoge en una metáfora abigarrada el espacio y el tiempo marginal, las coordenadas de los márgenes, la forma poética e infernal del margen más marginal.

Un mapa que solo contenga los márgenes es un mapa inútil, un mapa que es realmente un antimapa que sirve para ubicarse en un punto inmóvil del universo, para estar en el sitio que no existe, para entender la vastedad donde no hay que entender nada sino sobrevivir. Es un mapa clandestino que se lleva como un escapulario, es bitácora y diario, clave y contraseña, salvoconducto y pasaporte en los territorios de la marginalia. Plano detallado de los circuitos que no llegarán a nada y donde la nada ha sido confinada. Pero es un territorio florido y contradictorio. No ofrece respuestas claras, sino preguntas ponzoñosas que abren las mil cajas de Pandora y las mil maldiciones antiguas. Es un mapa del antitesoro, es un mapa que conduce directamente al anti Dorado. Soy marginal, he declarado en reiteradas ocasiones mi pasión por los márgenes, por los márgenes floridos, por los márgenes fértiles por donde deambulan las esperanzas más tenaces.

Pero es necesario saber que los mapas solo son metáforas de algo existente, de un territorio físico y espiritual en la dimensión de eso que llaman realidad. Algo tangible, digno de oler y de saborear, espacios donde los cinco sentidos tienen sentido. Cuidado si lo que terminamos llamando realidad es el espacio, donde con un mínimo de dignidad, podemos usar los cinco sentidos más la imaginación. Quien dibuja esos mapas rara vez se siente en los linderos, en los márgenes. Este cartógrafo asume su papel de mago de las metáforas, de las leyendas, de las proyecciones. Es sencillamente el oficiante de la liturgia de los atlas. Es un monje misterioso que cuida con celo las cartas más reveladoras, los dibujos más exactos de esa realidad que coquetea con lo posible y lo imposible. Tiene bajo su guarda las claves del cambio de los tiempos, las palancas secretas que alterarán los ciclos del margen y del centro, de los linderos y del corazón. Hay una ruta secreta que desordena este sistema y lo dinamiza en una vorágine revolucionaria que jamás cesa.

## Dios en Barquisimeto

Es Amalivaca o Quetzalcóatl, el Dios de los europeos o Jehová. Es una iglesia de Barrio Unión en Barquisimeto. Es una pandilla de estudiantes en los años 80. Es una fantasía de artistas incipientes, sol, cocuy, cerveza, un cura progresista, unos comunistas poetas y un espíritu de Simón Rodríguez que recorre la faz de la tierra. Es una clase magistral en todo el sentido de la palabra. Los camaradas nos invitaron al Festival de Murales. Quieren convertir el barrio en un gran mural comunitario. Todas las calles pintadas, en arte y denuncia, en manos de niños coloridas y caras del “Che” Guevara, petroglifos, pájaros en vuelo, puños multicolores, invocaciones a la revolución y a la bondad.

En algún lado hay un tren. Un fantasma que se oye a lo lejos o es el recuerdo de unos rieles que pasan muy cerca de la casa. Hemos venido en son de militancia, somos los artistas del futuro, a esta edad no existen las incomodidades ni las carencias. Dibujar la pared en pleno sol en el estado Lara es un acto sagrado, es un honor simbólico que engrana los sentidos dislocados que hasta ahora guían la curiosidad. Es inevitable comparar aquella gesta con los murales de la Revolución mexicana, con el arte del pueblo de la Revolución bolchevique. Es sencillo creerse César Rengifo, Diego Rivera en su cruzada del arte para la gente. Pero esto es otra cosa. No hay aquí cámaras ni relatores ni crónicas artísticas ni historias sistematizadas. Solo hay un barrio que se calcina en el calor, un cura español con cara de santo, unos muchachos de La Vega y de El Valle entusiasmados con protagonizar aunque sea una semana en sus propias vidas.

Este es un mural para el olvido. Quetzalcóatl vuela en el gesto del dios de Miguel Ángel en el techo de la capilla Sixtina. Adán no es Adán, es un indígena que yace recostado en unas rocas grises llenas de petroglifos. El dios lleva en las manos un atado de máscaras coloridas. La pared del fondo de la iglesia mide catorce metros de ancho y tres metros de alto, es una iglesia a dos aguas, así que el centro de la pared es un poco más elevado que los extremos. El espacio es visible solo a corta distancia. Está reservado a la gente del barrio que va a la iglesia y entra por la parte de atrás, por el salón comunal.

El cura español no es el papa Julio II ni ninguno de nosotros es Miguel Ángel ni hay aquí la magnificencia de ningún Vaticano ni nada que se le parezca. Hay una caja de cerveza diaria, unas escaleras, un cuerpo de andamio, pintura de esmalte sintético, almuerzo de arroz con huevo y jugo de parchita. Hay la solidaridad de los organizadores del festival que han puesto sus casas para que los muralistas de Caracas se queden a dormir. Brocha gorda y esmalte sintético, apuntes en un block barato son las únicas guías seguras para este mural. Unos días atrás vinimos a medir la pared y hubo una confusión entre pulgadas y centímetros, así que ninguna de las medidas sirve para nada. Hay que medir todo otra vez y adaptar el boceto nuevamente. Sobre una mesa de taller se reunieron los muchachos del equipo y establecieron un debate claro. Vamos a pintar la creación latinoamericana. En lugar de Dios, Quetzalcóatl; en lugar de Adán, un indígena que espera el aliento de vida; en lugar del Edén un paisaje de piedra sólida en algún lugar de este mundo que estamos creando.

Este es Dios en Barquisimeto. Es un dios que ha aparecido en la pared de atrás de una iglesia de barrio, de la mano de unos muchachos artistas. Es un milagro. Quién lo puede negar, es una aparición clara y comprobable. No hace falta ningún informe milagrero avalado por autoridades eclesíásticas. Aquí tenemos nuestro propio cura que nos bendice en la mañana y consigue el almuerzo

al mediodía. Aquí está nuestra convicción profunda de que somos unos artistas barriales y entregados sin que medie dinero ni garantías. Aquí están los amores atolondrados dando bandazos contra el gusto y la responsabilidad. Aquí está el afecto original que ya la vida se encargará de sacar a patadas de los corazones. Aquí está Barquisimeto y su obstinada matemática de cuadras, carreras y calles que los caraqueños no entendemos porque nos aterra el orden. Aquí estamos los soldados de la intemperie, haciendo murales en el barrio muralista de América Latina junto a unos militantes cristianos y comunistas a la vez, bañándonos en una invasión de planchas de zinc y cuatro palos. El agua viene por una tubería que atraviesa al menos doscientos metros por el suelo a pleno sol, así que cuando se abre el chorro, el agua quema, luego va retomando la temperatura más benévola. Mientras te bañas puedes ver las casas y los vecinos, el agua y la espuma del jabón rodando por la pendiente, el tubo que trae el agua serpenteando sobre el terraplén. Es una invasión en la aridez del alma y en la aridez de un país maniatado por los dineros del petróleo.

Pero hemos venido a pintar el mural de la iglesia y a ganarnos el cielo de la tierra. Todo es olor a gasolina y esmalte sintético, a arroz con huevo y a la admiración de los vecinos del barrio que llegan a ver a los pintores y al gran dios que va apareciendo en la pared de la iglesia. Los vecinos no entienden bien quién es ese dios que lleva máscaras ni ese indio echado sobre las piedras ni ese árbol que da todas las frutas a la vez. Nosotros los pintores aún no terminamos de entenderlo todo tampoco. Barrio Unión no llegaría nunca a ser el barrio muralista de América Latina. El cura español entendió que los milagros suceden en la cotidianidad de salvar a una pandilla de muchachos caraqueños a punto de irse por el barranco del olvido. Dios existe, pero hay que pintarlo. En eso estamos.

No se puede negar que Dios está en Barquisimeto. Aquí están todos los ingredientes. El amor, la savia original que todo lo compone, la luz y la historia. Después de estas clases al aire libre no

puedo volver a un salón a escuchar letanías. Después de esta semana de sol y dioses creadores se hace terriblemente aburrido aprender de otra forma, con una sola parte del cuerpo. Cada quien tiene derecho a su capilla Sixtina, a su propia leyenda, a su propia historia del poder y la belleza. No se puede perdonar no redactar la propia épica. No voy a tomar más épicas prestadas, ya tengo demasiadas, ya los libros y la escuela me han insuflado un vasto cargamento de otras épicas, quizá más pequeñas, más simplonas, pero armadas como una bala certera que cae en tierra fértil en los espíritus buscones. No resulta fácil armar este castillo de barajas en medio del huracán. Este mural es una de las mil batallas en el alma, en medio de un barrio que rechina de sol en medio de la desmemoria ya casi a punto de perder la esperanza.

Llega Dios volando, cómo más iba a llegar en esta leyenda. Este breve capítulo cierra con un tren que se aleja de Barquisimeto en medio de una madrugada oscura y una carga ansiosa de comerse al mundo, de desenmarañar esos hilos tramposos que amarran voluntades. Hasta este mismo tren es un milagro en un país sin trenes. La vía es un vaivén, una vibración permanente, un ruido rítmicamente desesperante que avanza en la madrugada por un sembradío de leguminosas o caña o hectáreas ficticias pintadas en el paisaje. El tren va hacia la costa, hacia Puerto Cabello, en un tramo salvado por el milagro del olvido. Ya dejamos a Dios en la pared de la iglesia, vamos rumbo al mar Caribe entre sueños de artistas y pintores. Hemos cumplido el deber, un niño se acercó al mural a preguntar quién era ese hombre que volaba con las máscaras en la mano. Nos vimos las caras antes de responder. Vimos al cura, vimos nuestras manos llenas de pintura, el plato de arroz con huevo, el sol que nos calcinaba. Vimos el olvido y la memoria, las casas de barro a medio derrumbar, escuchamos el pito del tren a lo lejos. No supimos responder.

# El Apocalipsis

El viejo Castro es negro, flaco, calvo y usa guayabera blanca. Llega, con el sombrero en la mano y su Biblia, puntualmente los miércoles al culto de oración. Vive en un barrio cerca de la iglesia. Tiene edad para estar jubilado, si fue que trabajó empleado alguna vez. Debe tener más o menos setenta años, es decir, nació a principios del siglo XX. El viejo es taciturno, serio, no le gusta saludar a los niños, ni siquiera verlos o jugar con ellos en los pasillos de la iglesia. El viejo es un misterio completo. Escucha la prédica con un rictus de estatua viviente, de vez en cuando esboza un gesto sutil de asombro o resignación. Siempre se sienta en el mismo sitio, pone el sombrero en el mismo lado, la Biblia también. La guayabera siempre está muy blanca y sus ojos están siempre fijos en el pastor. El viejo Castro recita de memoria todo el Apocalipsis. Cada miércoles pasa al púlpito, caminando lentamente con su sonrisa perdida en el tiempo. Deja la Biblia al lado de su puesto en el banco, revisa que el sombrero esté en su sitio justo, se arregla la guayabera y emprende el camino hasta el frente. Se detiene ante el micrófono metálico, se sujeta al púlpito con las dos manos. Saluda levemente a los hermanos que lo miran con extrañeza y atención. Busca en su memoria las claves de la eternidad, descubre y ajusta otra vez los puntos necesarios, las palabras que guían el hilo memorioso de las cartas de Juan a las iglesias. El Apocalipsis es el fin de todo. Es un anuncio grandilocuente, una advertencia, una profecía del fin de los tiempos, un exhorto poético en clave de ciencia ficción de una sonoridad brillante.

Yo tengo diez años y ante mí hay un espectáculo casi circense. Un viejo que recita el Apocalipsis de memoria, con la mirada perdida en

el fondo umbroso de la iglesia. Retumban las sentencias dramáticas, los lagos de fuego, las bestias a caballo, las condenas eternas y los chorros de fuego que traen justicia desde el cielo. Juan está en una pequeña isla cerca de Turquía, solo, escribiendo cartas a los primeros cristianos, a unas iglesias dispersas en un vasto territorio, perseguidas y asediadas por enemigos infinitamente superiores. Veo el sombrero del viejo Castro sobre el banco. Veo la cara de los hermanos abobados con la memoria del viejo que dispara bestias, prostitutas babilónicas, trompetas, sellos y jinetes con la misma facilidad de quien pide el periódico en el quiosco. Pero todo transcurre en calma, en silencio. Solo se oyen los carros pasando a toda velocidad por la calle de al lado. Nada desconcentra al viejo Castro. Un prodigio de circo, una curiosidad mística y barrial. Qué gusto por el verbo encendido. El Apocalipsis es un poema en versículos, una metralla de ciencia ficción, una alucinada visión profética guardada celosamente por la Iglesia en un afán asustador. Tengo diez años y presencio el Apocalipsis en una iglesia pobre de El Valle. No es Filadelfia ni Esmirna ni Éfeso, es una casita casi destruida en la calle 2 de Los Jardines, y el viejo Castro pasea por las trompetas y los sellos, por los ciento cuarenta y cuatro mil, por la Nueva Jerusalén.

Mi madre nos lleva a la Iglesia evangélica. Es una larga lucha contra el catolicismo, contra la idolatría, contra la adoración de imágenes y vírgenes. Es una versión protestante llegada a Venezuela desde la lógica y la ética gringa. El petróleo se ha juntado con la fe, los gringos de Texas han llegado a la Mesa de Guanipa y a Caracas, Cristo ha llegado tras el olor a petróleo, arrasando sabanas e indios, convirtiendo pueblos pescadores en burdeles, sembradíos en basureros bañados de aceite. No llegó Martín Lutero a protestar contra una Iglesia corrupta e hipócrita, llegaron los gringos a adormecer a las masas creyentes con una coreografía casi perfecta. Al final del capítulo el petróleo estaba allá y aquí quedaba la salvación eterna. No hagáis tesoros en la tierra donde todo se corrompe, haced tesoros en el cielo. Cuál cielo. El cielo que promete la Biblia para los que

trabajan duro. Una pradera pacificada llena de centros comerciales y vecinos crédulos. Familia nuclear con mascota incluida. Pero aquí lo que hay es lago de fuego y hambruna, peste y jinetes, babilonias desenfrenadas y juicios finales. El Apocalipsis que sale de la boca del viejo Castro no es una chorrera de palabras, es un Apocalipsis de verdad, que sucede en las calles y que el viejo Castro solamente se encarga de decirlo por capítulos todos los miércoles en el culto de oración.

Castro está en trance. La ciudad de Caracas atraviesa por todo el medio del Apocalipsis. Va su metralla de fuego y sus visiones extáticas. Es una Babilonia a nuestra medida, una pequeña Babilonia tropical con todos los males conocidos y todos los espejitos mágicos funcionando casi a la perfección. Yo disfruto ver a Castro en ese trance extraordinario de la memoria. Persiste la pregunta de cómo se aprendió el Apocalipsis. En la cárcel, en el cuartel, en las soledades de un cuarto sin sexo ni familia. Nunca le hemos sacado ni una palabra de más al viejo Castro. Su guayabera pulcra y su sombrero se van a llevar a la tumba el secreto de tanta memoria. Es casi seguro. No le conocemos familia, nadie lo acompaña a la iglesia, nadie comparte con él la emoción de una memoria prodigiosa que entretiene a propios y extraños. ¿Qué otra cosa se sabrá de memoria el viejo?

En el fondo admiro al viejo. Su memoria prodigiosa es uno de esos talentos que acompañan la fe y que son considerados un don dado por Dios. En la iglesia hay otros dones que deambulan los domingos: el don de servicio, el don de la música, el don de la inteligencia, el don de la fe. Nunca he entendido bien este sistema de los dones, parecen como unos talentos naturales cultivados al calor de la lógica de la fe cristiana. Todo lo demás es una construcción a la medida de los dogmas y de las liturgias. Ya estamos preparados para este mundo de los espectáculos. Un público y un fenómeno para ser consumido, disfrutado, apreciado como cada quien pueda. Es nuestra versión triste del teatro y el cine, de la televisión, un *show* unilateral de espectadores y espectados con el fin circense de

asombrar más que de convencer o formar. Es un pobre espectáculo de barrio, un viejo que tiene buena memoria, un Apocalipsis que pasa ante nuestros ojos pero que no podemos entender, un poema ficcional escrito hace más de dos mil años en clave aterradoradora que no podemos comparar con nuestras pobres calles. No nos podemos considerar ni siquiera víctimas del Apocalipsis, ni parte de ese anunciado fin del mundo con todas sus calamidades.

Pero el apocalipsis existe, el fin de los tiempos existe. Nosotros no sabemos buscarlo en sagradas escrituras ni en cartas antiguas y alucinadas. Basta con salir a la calle y saludar a los vecinos. Son más de cuatro jinetes, muchos lagos de fuego, un martirio tras otro. Acaso es este uno de los signos de los tiempos. Que haya sobrevivido dos mil años esta advertencia poética, esta descripción viva de los recorrecos del alma y los malabarismos de la palabra. El apocalipsis es una manera de decir premonición, poema, imagen estrambótica de los tiempos que están por pasar, fin del mundo conocido. Pero este Apocalipsis de la biblia no asusta, no mete miedo, no logra el efecto deseado. El apocalipsis de verdad es el de la calle, el de esta pequeña iglesia de El Valle a medio derrumbar, el de este viejo negro llamado Castro con su endemoniada memoria que escupe fuego y pestes y hambre y langostas por la boca. Tengo diez años y todo un apocalipsis en la cabeza. Ya no hay vuelta atrás, ya todo será recuerdos y cartas de un viejo en una isla. Me toca llevar mi apocalipsis personal, pero este es solo el fin de los tiempos, y como los tiempos son circulares, después de este apocalipsis viene otra vez el Génesis y así sucesivamente.

## Confusión civilizatoria

Ya no me acuerdo si lo que cortaba la grasa en cinco segundos era el detergente o las pastillas para la dieta. El olor aquel a cereza me recuerda la chupeta y el champú. El detergente de lavar platos huele igual que los caramelos de fresa que venden en el quiosco. Hay un olor a madera y cuero que no viene de una materia prima natural y fresca, sino de una fórmula sintética preparada especialmente para la ocasión. Rico olor a campiña francesa, brisas de mar, primavera, bouquet floral, aires de Provenza, vapores mediterráneos, callejuelas venecianas. Todo es una gran farsa para nuestros menguados sentidos. Esta civilización ha puesto la carreta por delante de los caballos. El aroma del café tostado en grandes palanganas de acero ha brotado del rancho campesino o de la torrefactora hace cientos de años. Los granos son producto del sudor campesino y de la tecnología agrícola, de la historia y de la economía, pero el olor era un reino virgen, un sesgo espiritual de ese proceso complejo. No tardó mucho en ser embotellado, sintetizado y utilizado fuera de contexto. “Olor a café tostado” ahora es una fórmula registrada, una maroma química sintética que intenta responder, a veces de manera infeliz, a una demanda frenética de olor a café pero sin café, sin tierra, sin sudor de campesino, sin climas tropicales, sin historia y sin memoria.

El olor a café da una pista sencilla para voltear atrás y amarrar nuevamente las cuerdas rotas. Estamos sitiados por sucedáneos de aromas, de sabores, de experiencias de los sentidos. Hay un cristal difractante entre la experiencia primaria real de los sentidos y la percepción inducida o administrada desde un interés groseramente mercantil. Necesito el aroma del café para hacer dinero, el único

estorbo es todo el proceso del bendito grano. Con la fresa sucede igual, con las cerezas, con el incienso y el vetiver. La civilización se ha librado de la incómoda realidad, ha aislado el principio activo que supone es el que da dinero bajo el engaño barato a los sentidos. Pero si solo fuera el tema de los olores o los sabores no hubiese ningún problema. Este aislamiento de los principios activos también sucede en otras relaciones. Sucede en el amor, en los mecanismos sentimentales, en la política. Es una gran estafa orquestada para sabotear los sentidos.

Los héroes ya no nacen de las batallas ni de las épicas colectivas, vienen en un sobre, vienen el polvo instantáneo, listos para agregar un poco de agua y ya. Traen todos los ingredientes sintéticos que lleva un héroe. Pero no hay tal héroe. En el amor sucede igual. Eliminado todos los elementos románticos y sugerentes, también se ha deshidratado el amor en tres conveniencias idiomáticas, tres mecanismos sin sabor ni olor. El amor debe encajar con la velocidad, con lo práctico de una civilización que todo lo confunde y lo deshidrata. Homogenizado, pasteurizado, desnatado, sin calorías, larga duración. Ya no es leche. Es un sucedáneo, algo líquido y blanco que evoca algo que nos recuerda la leche. Pero no es leche. El amor, la leche, los sentidos, todo ha sufrido esta burla miserable. Parece amor pero no es, parece alegría pero no es, parece tristeza pero no es. La diferencia entre melancolía, nostalgia y tristeza ha desaparecido. Ha desaparecido la posibilidad de diferenciar una de otra, y también van desapareciendo las palabras que la nombran. La melancolía, la nostalgia y la tristeza ahora viven en un limbo, una especie de desván de chatarras, un depósito de objetos y sentimientos sin uso. Hay tristeza, pero nadie la nombra. ¿A qué se parece una tristeza que no se puede nombrar?

Esta civilización está confundida. Los botones están traspapelados, las intenciones se dejan ver desnudas por las calles, pero si no se pueden nombrar están condenadas a muerte. No sé a qué huele la campiña francesa, ni las hierbas de Provenza. Jamás he visto un

árbol de manzana florecer. He comprado tarjetas de San Valentín, del día de los enamorados, he brindado helados y entradas del cine, me he perfumado para la ocasión, he sido cortés y atento, pero no sé lo que es el amor. Escasamente lo puedo nombrar. Quiero casarme y tener hijos, pero el amor no está. Hago el amor, pero el amor no está. Aquí dice rico olor a cereza y no hay cerezas, no sé a qué huelen las cerezas, nunca he probado las cerezas, ni el amor.

Asediado por tantos sucedáneos, emboscado por falsos olores a frutas invisibles, a amores estériles, he llegado al brutal territorio del analfabetismo emocional. Era justamente lo que buscaba la civilización decadente del hipermercantilismo. Sin reacciones emocionalmente inteligentes tenemos un preciado tesoro de idiotas que se suman rápidamente a cualquier campaña de inducción. Reducir las respuestas emocionales paralelamente a la riqueza expresiva del idioma, convierte al individuo (ciudadano) en un número estadístico sin rumbo propio, sin voluntad cultural, sin proyecto ni comprensión de sus funciones como sujeto cultural, político. Perfectamente acoplado a lo que la civilización hipermercantil necesita. Esto no es ni remotamente ningún descubrimiento. Ya lo han declarado como proyecto político en varios países. No saben qué hacer con los ciudadanos después de que han cumplido su vida útil como trabajadores y consumidores. Cuando el ciudadano ya no consume en números favorables para la “sociedad”, sino que es muy costoso mantenerlo con vida, comienza el problema civilizatorio. Vale aquí la pregunta: ¿Entonces, qué carajos es la vida? No sabes qué es, pero podemos intuir quién la maneja y quién la determina.

No es la civilización la que está confundida, al final es la poesía la que se ha confundido de paisaje. Era muy sencillo intuir hacia dónde iba la civilización tras sus primeros pasos mecanicistas. Los artistas lo gritaron siempre a los cuatro vientos, al costo de parecer profetas del desastre, aves de mal agüero, desadaptados que fueron engullidos también por la maquinaria civilizatoria y se convirtieron en parte del *show*. La civilización jamás ha ocultado sus intenciones, nosotros

hemos sido demasiados ingenuos. No es fácil aguantar tanta realidad junta, tanta verdad ante los ojos. La cantidad de máquinas de la fantasía es vasta. Un momento, por favor, es necesario engañar a los sentidos al menos dos o tres horas al día, para tolerar la realidad, esa que sirve para hacer las máquinas que ayudan a tolerar la realidad. Y ahora: ¿Qué hacemos con tantas máquinas para la felicidad? ¿Dónde está la felicidad? Se nos perdió entre tanta máquina para la felicidad.

No podemos decir a esta altura que nos han engañado. Nadie dijo nunca otra cosa distinta a lo que está sucediendo. Nunca nos ocultaron las verdaderas intenciones de una civilización que hacía negocios fraudulentos con épicas humanas. Que fue capaz de vender terrenos en el cielo, quemar bibliotecas de otras culturas, matar a los diferentes, atesorar fetiches de muerte para recordar la vida. Vamos a esperar que se muera el artista para poder comercializar mejor su obra. El artista es molesto para su obra. Quiero el olor a fresa silvestre, pero sin las fresas ni la tierra ni los campesinos, solo el olor para hacer dinero rápido. ¡Quién pudiera hacer arte sin los artistas molestando! Sería el verdadero paraíso en la tierra. No podemos decir que nos engañaron. Siempre fue claro el discurso civilizatorio. El problema fue que nosotros nos creíamos invitados a esa fiesta.

Me di cuenta de esto cuando el olor del lavaplatos me recordó unas chupetas que mi madre compraba para mi hermano y para mí cuando éramos niños. Era el mismo olor seductor a bayas del bosque, era la misma apariencia rojiza y fluida que buscó en la memoria infantil para estrellarse fatalmente contra el recuerdo equivocado. Habían cambiado el mapa sin avisar. Allí estaba la clave terrible para volver a ver la realidad y descubrir los falsos envoltorios.

# El ascensor

Buenos días. Inmediatamente se abre la puerta del ascensor. Aparece la vecina más rústica del edificio. No sé si es así o es el tono de voz que la hace ser temida. Todos responden a los buenos días por el instinto cultural de hacer una especie de eco. Es el último girón de buenos modales que queda en una esquina del ánimo. Ya el ascensor va lleno, lleva más vecinos de los que realmente caben. Se mezclan en la garganta y en la nariz todas las colonias y los efluvios de jabón, pasta de diente, laca y los espíritus del desayuno todavía sin digerir en el estómago de muchos. Es una comunidad encerrada en una caja de hierro suspendida a veinticinco metros sobre un foso oscuro lleno de polvo y guayas, telaraña y grasa. Es una comunidad suspendida y encerrada en este cajón de dos por dos obligados por la geografía y por la sobrepoblación urbana.

En los mercados hay sacos de granos con los bordes doblados. Crean un aro un poco más fuerte que la tela. Los granos están comprimidos por su propio peso. Sobre cada saco hay una cuchara metálica a medio enterrar. Es un placer sumergir la mano y sentir la textura de los granos. Es muy agradable abrir y cerrar la mano dentro de los granos y sentir su textura, su temperatura y su contacto con toda la piel. Saco la mano y tomo la cuchara metálica. Voy a comprar un poco de granos. No sé si medio kilo o un poco más. Sumerjo la cuchara y escucho el leve sonido del grano y el metal. Levanto una cucharada, algunos caen de regreso al saco. Recuerdo el ascensor con los vecinos dentro y entiendo que esa caja de metal suspendida es una muestra aleatoria de la vecindad y sus diversidades. La cuchara de granos me trae la clara imagen del puñado de vecinos

embadurnados de colonia y olor de frituras. Buenas tardes, otra vez, otro vecino soñoliento introduce abruptamente su cuerpo en la caja de metal, otra colonia barata, el mismo olor a menta de la pasta de diente. Siempre me he preguntado por qué todas las pastas de diente son de menta. No hay protestas delante de las fábricas para que las hagan de otra cosa. Nadie reivindica pastas de diente de mandarina o de piña, de cidronela. Pero es solo una ridícula idea de esas de ascensor. Dios mediante esta idea no llegará a PB.

Hace dos noches un vecino subió al ascensor con una caja de pizza. Cartón impreso con tinta roja y verde anunciando las virtudes del emplasto de harina de trigo, mala salsa de tomate y los efluvios rojizos de un salchichón que ha perdido su cédula de origen. Lleva una cara de orgullo porque el olor que despidе la caja, que porta orondo al frente de su barriga, impregna la pituitaria de un recuerdo de aceite rojizo, chorreante, caliente, que estimula las glándulas alrededor del cuello y la boca. Nadie puede identificar el origen de este olor o de esta sensación, pero casi todos saben o recuerdan que es “sabrosa”. El vecino lleva una sonrisa orgullosa. Otro vecino confiesa su debilidad y hace un chiste sencillo sobre el olor de la pizza, el hambre, o algo así. La pizza es una artesanía culinaria que perdió el origen. Es como esos tamborcitos de dos cueros que semejan una maraca y que tiene dos cuerdas con esferas atadas al extremo. Cuando haces girar el mango entre tus manos las cuerdas se disparan y hacen rebotar las esferas contra los cueros. La primera vez que las vi me dijeron que eran un instrumento tibetano para la meditación. Luego las volví a ver y decían que eran africanos, esquimal, vietnamita, de Miami, hasta que las vi con un ratón orejón y ridículo impreso en el cuero que ya era de plástico. Entendí claramente de qué se trataba.

Buenos días. Así es el ascensor. Es nuestra ágora cerrada. Vaya contradicción. Nuestro quiosco de noticias y de perfumes. Cada piso deja entrar y salir una ráfaga de olores. Piso siete, huele a pescado frito. Aquí viven margariteños. Piso dos, las brisas traen olores

de parrilla, llaneros o argentinos. Piso nueve, libaneses, son otros los olores. Huele a arepa andina, a sancocho de gallina, otra vez a pescado frito. Contaba una vecina a todo gañote que unos vecinos africanos cocinaban un pescado que nadie sabía cuál era, hasta que hubo que ir en cambote al apartamento y pedirle que por favor no lo cocinaran más, porque no se aguantaba el olor.

En el ascensor, además de los vecinos caben todos los cuentos, los chismes, las leyendas y las versiones de fantasmas, robos, arreglos y desarreglos, inundaciones y milagros. Hay vecinos temidos, hay vecinos expertos saludadores, hay vecinos que no se sienten vecinos, sino que hacen todo lo posible por parecer de otro sitio, por estirarse a tal punto de transmitir que el ascensor y los demás vecinos les dan asco, son inferiores, huelen mal. Yo no soy de aquí, gritan con todos sus gestos, yo estoy en otro nivel, en otra clase. Pero viven allí entre los mismos perfumes y los mismos apretones en la cola. Vuelve a abrir la puerta en un piso bajo, es el vecino que se cree de otra parte. Lleva un paltó pasado de moda, un “manos libres”, un aparato ridículo que parece un gran insecto agarrado de la oreja y que permite responder el teléfono celular sin manipularlo con las manos. Todo un portento de la tecnología de las telecomunicaciones. Su gran bigote impide ver su boca, su gran paltó pasado de moda impide ver su cuerpo de batracio. Anillos, esclavas de oro, cadenas, perfume de marca, definitivamente este vecino no es de aquí, pero vive aquí. Solo le falta un escolta que les pida a los otros vecinos que hagan espacio en el ascensor cuando él entra, que se salgan todos que este señor no cabe con su ego.

Buenos días, cuidado que va a entrar una iglesia completa en el ascensor. Vienen las sillas, el púlpito, los micrófonos, las biblias y los feligreses casi completos. Son antillanos negros. Se reúnen los domingos, alaban a Jesucristo su único salvador en un castellano machacado que me imagino que Dios igualmente entiende. Entran al ascensor con todo y fe. Los otros vecinos los miran por debajo del ojo. Nadie quiere reclamarles ni decirles que metan menos sillas,

menos biblias, menos fe. Por momentos el ascensor es una iglesia compacta. Si escuchamos bien podemos oír el sermón mascullado. Son salmodias ininteligibles que dejan escapar las frases clásicas del racismo educado, de la tolerancia extrema, de lo que hay que calarse, de la incomodidad terrible, ojalá que el ascensor llegue más rápido de lo normal. No aguanto los perfumes mezclados con olor a iglesia.

Buenos días. Entran cinco perros atropellándose. El dueño de los perros es un vecino flaco cultor de la amistad canina. He hecho siempre un gran esfuerzo por reconocer su oficio, pero no he podido, ha sido infructuoso mi esfuerzo. Cinco perros locos, alegres, besucones. Entran oliendo los zapatos, las bolsas que cargan los vecinos, saludando a todo el mundo. Son mucho más simpáticos que el vecino que controla sus correas. Nadie lo soporta. Se cree con el derecho ecológico de atiborrar de perros el ascensor por sobre cualquier norma de seguridad. Tampoco se puede criticar al que le hace bien a los animales, pero el olor a perro se hace insoportable. Es un olor espeso de grasa y pelo, de ácido e intemperie. Los perros son hermosos, toca saludarlos tirándole besitos y tocando sus cabezas.

Hoy no hay ascensor. Se ha dañado. Qué mierda. ¿Cómo hace la gente enferma? Es terrible, hay que bajar o subir por la escalera de incendios. Extraño los perfumes y las pastas de diente, los perros, la iglesia, las antipatías, los desayunos. Extraño el olor a perro recién bañado, a los tufos del ducto de basura que se cuele en la cabina, toca bajar la infinita escalera de incendios que es un museo al aire libre (y contaminado). Grafitis, maldiciones, declaraciones de amor, bombillos rotos, cerraduras forzadas, escalones falsos, capas y capas de pintura gris. Ya voy llegando a la planta baja, me he cruzado con varios vecinos que venían boqueando pálidos para llegar a su piso. Los saludo con unos buenos días que obviamente son una frase mecánica y sin sentido. Hay que descansar en el entrepiso para coger aire.

# Escribir con todo el cuerpo

Escribir se parece más a un deporte que a una disciplina intelectual. Para escribir es necesario tener una buena espalda, buenos glúteos, buenas manos, cuello resistente. El que escribe grandes cantidades de texto se parece mucho a un deportista de alto rendimiento. Quién crea que se escribe solo con la mente está totalmente equivocado. Es necesario experimentarlo en carne propia. Hasta dónde aguanta la espalda, hasta dónde aguantan los ojos, hasta dónde aguanta el cuello antes de comenzar a dormirse. Por eso el entrenamiento para escribir no es solamente leer o imaginar, curiosear y tener astucia para encontrar historias aquí o allá. Se trata fundamentalmente de entrenar el cuerpo, hacer ejercicio, estiramientos, masajes, que es lo que al final te va a permitir escribir. Es una frustración perenne.

Es lamentable no haberse dado cuenta de esto más temprano. La magia de escribir es tener una buena silla, una buena mesa. Tener buenos instrumentos que sirvan para perpetuar la memoria del signo: una máquina de escribir, un bolígrafo, una computadora o un teléfono. Esos objetos también son parte de la gimnasia, son parte del ritual y de la liturgia del acto físico de escribir. Parece una penitencia religiosa de esas que intentan salvar el alma por el martirio profundo de la carne.

Desde niño veía a los escritores, los miraba fijamente por largo rato imaginando, no de donde salía ese río de texto, de historias y de imaginación, sino que imaginaba cómo escribían, dónde escribían, si escribían sentados o parados, si tomaban café, dónde guardaban el papel, la tinta, la máquina. Me obsesionaba pensar cuánto tiempo pasaban sentados escribiendo, cuánto espacio dejaban a su alrededor,

si necesitaban algunos fetiches que los hicieran fluir en la escritura. Siempre pensé que toda esa liturgia tenía que ver con el aguante del cuerpo ante el hecho monótono y torturador de la escritura. No es fácil permanecer horas delante de algún artilugio que te permite guardar en memoria el texto. Si no es la silla apropiada, si no está suficientemente alta o baja, si no hay lentes o si el sacrificio es demasiado grande, llega un momento en que no se puede ver un texto porque se cansan los ojos, porque falla la espalda. Es terrible esta mezcla entre máquina, carne, huesos y coyunturas. Insisto en que la escritura parece un deporte extremo terriblemente exigente. Concluyo que además del cerebro, el corazón, la imaginación y la intuición, se usan para escribir los músculos de las piernas, los brazos, las rodillas, la espalda, es eso al final lo que permite que por largas horas del día se vayan anotando signos que luego volverán a ser descifrados. No hay otra manera de escribir, acaso grabar la voz por largas horas es casi lo mismo. Seguramente las manos harían el otro trabajo, la mandíbula, la lengua. Al final es el cuerpo dejando grabados los signos en otro soporte. Parece algo insignificante pero la manera como salen los signos del cuerpo —sean sonoros o gráficos, sean tridimensionales sólidos o sean objetos— hacia los distintos soportes se convierte claramente en una tortura física. A pesar de todo siempre ha habido quien escriba, siempre ha habido quien deje las historias para que los demás las lean.

Visto a lo lejos reconocemos la literatura, visto desde cerca no distinguimos deporte de escritura, músculo de imaginación, épica de máquina. Hace falta cierta distancia para poder ver con claridad. Es una presbicia civilizatoria. No se puede ver desde dentro del mismo ojo. Mientras tanto duele el cuello y se entumescen los dedos. El coxis comienza el lento proceso de adormecimiento, el cuerpo reclama su sitio justo dentro de los reconocimientos. Se dice de un escritor que tiene mucha imaginación, que su memoria es prodigiosa o que su talento es como un río de tinta. Nadie dice nada de su cuerpo. Incluso en la mayoría de los casos se entiende la tendencia intelectual

y literaria como contraria a la física, a los temas corporales vistos desde la anatomía. Es como si el cerebro fuese un órgano metafísico.

Ordenando un poco estas creencias o suposiciones, el corazón y el cerebro pertenecen a un renglón espiritual, a un apartado especial donde la consideración fisiológica es de segundo orden. Las visiones obtusas y reduccionistas ubican la inteligencia en el cerebro. Esta inteligencia es una especie de capacidad de cálculo y memoria, de máquina de analizar con capacidad retentiva y archivadora. Es quizá por esto que todas nuestras máquinas que pretenden imitar la inteligencia humana siguen siendo tan limitadas, porque escogieron imitar al cerebro, o a lo que conocemos de él. Todas estas máquinas intentan pobremente imitar la capacidad de cómputo y de memoria. Ninguna busca imitar el amor o la melancolía que es donde reside realmente la inteligencia.

Cuántas novelas no se habrían salvado solo con comprar otra silla, con cambiar de sitio la máquina de escribir, con recortar con una sierra las patas de la mesa. Habría bastado con entablillar el brazo, comprar el ungüento de árnica o la compresa analgésica para paliar el dolor, la molestia latente que nunca dejó que termináramos la novela. Todo lo demás es la historia de la frustración. Lo demás es la ruma de anécdotas de cuando se claudicó, el informe exhaustivo de las excusas y las justificaciones, pero nada de literatura. Nunca se cuenta la historia de los intentos, sino de los triunfos. La historia desconocida de las excusas se ha perdido para siempre, la que por allí permanece visible es la historia de la literatura, es la literatura.

Me duele el cuello, ya la pantalla irrita los ojos, no aguanto la espalda. Debo entrenar más, el cuerpo no acompaña las ganas de escribir. En esta batalla he sido derrotado. Ahora viene la otra batalla: la del tiempo.

## Antonio pinta flores

La avenida Libertador es un amplio pasillo que utilizan las guacamayas para volar de regreso al este, en las tardes de Caracas. La Campiña está justo en el medio de esta avenida que no es nada romántica, sino que es un monstruo de concreto, una zanja civilizatoria trazada en lo que en otras épocas fueron haciendas y estancias campesinas fuera de la ciudad original. Pero Antonio pinta flores. Yo salgo de un edificio de oficinas al cual iba con frecuencia a desenmarañar unos papeles para un trabajo y para una ayuda que ya se tornaba en un laberinto infinito sin ninguna esperanza. De tanto ir al edificio de La Campiña empecé a reconocer a Antonio. Todas las tardes estaba sentado en el pretil de las afueras del edificio. Alto, corpulento, con unas manos de camionero y una sonrisa de quien está en cualquier lado menos en el pretil del edificio de la Campiña en la avenida Libertador. Antonio cargaba siempre unas grandes carpetas que invariablemente tenía bajo el brazo o recostadas en el pretil. Todas las tardes estaba Antonio risueño y corpulento buscando con la mirada un simple diálogo que le permitiera entrar en materia.

La materia de Antonio eran las flores y la pintura. Tema de conversación principal, modo de vida, oficio conocido, gusto y práctica cotidiana. Antonio solo necesitaba vivir de sus pinturas, que no eran espectáculo de galería ni apetencia de museos ni de coleccionistas. Eran pequeños papeles cortados a mano con flores rojas y verdes sobre fondos difusos. Pedazos de papel que cabían en una mano, ondulantes trozos de cartón o algún papel grueso bañados de acuarela o guache o la pintura que apareciera. Antonio necesitaba vivir de sus pinturas. Y eso hacía en el pretil del edificio: ofrecer su mercancía,

abrir sus carpetas y buscar con los ojos su tema preferido para explicar a los transeúntes el sentido más trascendente de su trabajo.

Antonio dijo ser de Barlovento. Era un negro corpulento de verbo alucinado, era un pintor de flores rojas. Un callejero errante, un eterno pasajero de autobús. Los aturdimientos de oficina llevaron a sentarnos en el mismo pretil, a la misma hora, bajo la misma sombra del jabillo. Yo venía de hacer unas diligencias insólitas y aburridas y él venía de caminar la calle con su carpeta de flores bajo el brazo. A esa hora de la tarde y en ese capítulo de la historia nada me diferenciaba de Antonio el pintor de flores. Dos ciudadanos bajo el mismo jabillo, acaso Antonio más valiente que yo, entregado a vivir de sus flores, errante en su hambre y en su convicción sencilla de ser un pintor, de justificar su existencia con unas flores rojas pintadas en trozos de cartón.

Los burócratas de paltó que salían y entraban del edificio lo miraban con desdén. Afeaba la entrada del edificio, era una especie de mendigo que vivía de la caridad, de la lástima. Era preferible esquivar su mirada, taparse los oídos ante las frases que invitaban a comprar unas flores pintadas. No fuera una de estas frases a poner en duda todo el universo de la oficina y del sueldo y de la quincena y del trabajo formal y la licenciatura. ¿Qué alma podía aguantar la teoría del arte que Antonio traía en las carpetas? Menos un alma atormentada de oficina. Pero así son las ciudades, así es esta avenida Libertador, así es esta sombra de jabillo en Caracas.

Antonio pinta flores y vive de las flores que pinta. Quién puede decirle que haga otra cosa, quién puede recomendarle un mejor camino, una solución más feliz para su vida. ¿Acaso los de las oficinas han hecho una mejor apuesta? ¿Quién tiene una vida más solvente, llena de convicciones y grandes obras? ¿Recibir dinero cada quince días dentro de una estructura claramente definida es más o menos valorado que lanzarse a la calle con unas flores en una carpeta y pedir dinero a cambio de ellas para comprar comida?

En muchas miradas despectivas yace una envidia disfrazada. Unas ganas reprimidas de echarse a andar por la calle y vivir literalmente de las convicciones, no de contratos hipócritas y tareas fantasmales. Vivir con claridad de lo que se es capaz de hacer con las manos y con la absoluta felicidad destilando por los poros. Nadie seguramente en el edificio aguanta esta pregunta ni ningún examen del alma con un mínimo de profundidad. Pero nadie es feliz solamente por pintar flores y vivir de ello. Una terrible línea se dibuja hasta este pretil con sombra de jabillo, hasta este portón de edificio de oficinas, hasta esta coincidencia feliz e infeliz de hablar con Antonio. Llegamos los dos a la misma hora, a la misma sombra, al mismo cansancio de la tarde. Antonio con sus carpetas y yo con mi frustración burocrática. Era la hora justa para hablar, para sentarme al lado de Antonio y saludarlo, de pedirle que me mostrara lo que tenía en las carpetas. Las flores salieron a borbotones, era como una repentina primavera en plena acera. Antonio era conversador. No dijo los precios de las flores sino mucho después. No era yo el más apropiado comprador, pero lo que cargaba en el bolsillo alcanzaba para una flor.

Los empaltozados que pasaban para el edificio seguían mirándonos de soslayo. Qué hacen estos dos allí viendo flores rojas pintadas en cartones. No fuera a filtrarse tanto color en las oficinas, no fuera a permear la lógica del quince y último en la gesta pictórica de Antonio. No fuera esta sombra de jabillo a molestar a las almas. No fuera la semilla del jabillo a explotar en plena tarde y adornara la luz moribunda con su desgranamiento de madera y su resonar en la acera crepitando por todas partes.

Justo para una flor alcanzaron las monedas. Por allí anda dentro de un libro olvidada. Una cayena roja sobre un fondo difuso, un olvido del pintor de Barlovento, un recuerdo fijo de las miradas de oficina contra el sudor bohemio en la sombra del jabillo en plena avenida Libertador. Nunca más vi al pintor de las flores ni a sus carpetas. Guardé esas manchas de pintura para un olvido seguro,

pero la conversa con Antonio perduró en el tiempo, su convicción sencilla sobre el arte, su clara vocación de callejero, su vagar urbano aprendido de sus antepasados. Mucho tiempo después caí en cuenta de que estaba ante un artista legítimo, de un hacedor de imágenes perfectas.

Caracas levanta historias en cada sombra de árbol. Quién sabe dónde estará Antonio con su carpeta de flores. No las he visto en los museos ni en las galerías más iluminadas ni en ningún espacio que lleve un rótulo claro de que allí hay arte. He imaginado a Antonio sembrando en los conucos de Barlovento, doblando el lomo a pleno sol, enamorando las semillas y las raíces para que broten a toda velocidad en la tierra. Ya no pinta flores seguramente, ya la gran fantasía de vivir como artista errante quedó sepultada ante el hambre. Tanto dieron los burócratas hasta ganar la desilusión del pintor. Tal fue la indiferencia que al final logró que Antonio volviera a ser el campesino que siempre debió ser. Fue derrotada la gesta pictórica. Se acabaron las flores rojas en el pretil del edificio de La Campiña.

No siempre gana la poesía ante el asfalto. Yo quiero hacer poesía de la historia de Antonio. Una literatura también para el olvido, una aleta para recordar lo frágil de la memoria y lo fácil que se marchitan las flores sobre la acera de una avenida de cemento y asfalto. No le preguntamos a Antonio qué necesitaba, se nos olvidó hacer la pregunta más importante. Ahora es mejor olvidar, ahora es mejor hacer todos los ejercicios que saquen de la mente el recuerdo de Antonio y sus carpetas llenas de flores. Tanta mirada huyendo del pintor, tanto soslayo hipócrita, tanta cortesía almidonada terminaron derrotando un atisbo de color rojo que se asomaba. Pero no es puro recuerdo vuelto a armar otra vez para que no se olvide nunca esta historia. Más de lo que ya ha sido olvidada bajo la sombra del jabillo.

## Isidora Callao calipso *queen*

Aquí todo el mundo se está robando todo. No es como lo habíamos soñado. Me contó un primo mío que conoce al alcalde, que allí se perdió un poco de plata. Nada funciona, nada sirve, es que perdimos la utopía. *Isidora, Isidora, Isidora Callao calipso queen*. Fue la salvación que conseguimos para cuando se hacían irrefrenables las ganas de hablar mal del gobierno y de todas las instituciones de la República. Señores, por favor, estamos en pleno Carnaval, así que si les pica la lengua por hablar mal del gobierno, de contar una anécdota terrible de lo mal que va el país, justo cuando se les vengán las ganas, comiencen a cantar el famoso calipso: *Isidora, Isidora, Isidora Callao, calipso queen*, a ver si invocando al rey momo, a la gozadera, al desenfreno carnestolendo se nos pasa el morbo de estar despotricando de todo.

Y volvía como un fregonazo irrefrenable, como una tormenta de esas de nubarrones que vemos venir por el horizonte con sus vendavales de hojas secas, con sus vientos irrespetuosos, con su arrogancia de fuerza brutal. Por más que queríamos, volvía otra vez como un animal salvaje que entra en una casa de repente. Era febrero, pleno Carnaval, estábamos en el jardín de la casa de un amigo querido. Nos dominaba el pesimismo más escandaloso, era como un embrujo, como si de pronto asumiéramos que estábamos poseídos. Todos juntos en un aquelarre colectivo. Y el Carnaval reventaba en las calles y nosotros en ese jardín en una fiesta de malas memorias, de malas historias, en un afán descontrolado de conjurar a los espíritus revolcándonos en el fango.

Yo me imaginaba a la negra Isidora, la matrona del calipso más famosa que jamás existió. Un personaje casi de fábula, una alucinación africana con sangre de las Antillas en un pueblo del sur de Venezuela. La imaginaba moviendo las caderas en el sol de El Callao con su sabiduría de siglos. En inglés y español, entre tambores y sudor, en el fragor de los excesos y los turistas hipnotizados de tantos diablos y pieles sudorosas. Pero fue a Isidora a quien pesamos del radio del carro, fue una frase del calipso que se escapó del propio aire. En un descuido del pesimismo y de los malos cuentos, alguien dejó caer la frase: Coño cada vez que nos vengan las ganas de hablar mal del gobierno vamos a cantar un calipso, queridos amigos. Reventó la risa nerviosa. La frase se escuchó a duras penas entre la música y la conversa. El calor y la luz brillante dibujaron una escena de película increíble.

Habíamos encontrado el remedio, más parecido a un antídoto contra un veneno terriblemente efectivo. Una vez que eras picado por el animal ponzoñoso, comenzaba a subir por el torrente sanguíneo un pesimismo mezclado con depresión, pero que a la vez se volvía eufórico. Era un estado exaltado, desconocido para muchos, que iba de la risa al casi llanto en segundos. Era un veneno brutal. No se puede negar que la solución, el antídoto fue realmente ingenioso. Ante la sola evocación del ritmo del calipso, del recuerdo de la negra Isidora y de las comparsas, venía una alegría insipiente que se convertía en risa y en repentina caída en cuenta de que se podía hablar de otra cosa que no fuera lo mal que está el país.

*Isidora, Isidora, Isidora Callao calipso queen.* Pero el pesimismo arremetía y volvía a aparecer en medio del jardín. Y no era que aparecía de repente, había motivos de sobra para que germinaran en todas partes: en el Carnaval, en el jardín de los amigos, en las frases inesperadas. Era suficiente un respiro y una frase mal acomodada, para que fuera evocado y llegaba de nuevo el lamentable cuento, el chisme barnizado de verdad. Nos dimos cuenta de que algo estaba pasando, que había una conexión más allá de cualquier voluntad que

hacía que cualquier conversa se descarrilara en el fango de la mala noticia. Y era Carnaval y estaban los amigos y la negra Isidora llegó con su alegría a salvar la patria de tanto pesimismo.

Pudo haber sido cualquier otra canción. La radio trajo justo a Isidora y con el calipso de El Callao no se puede sino bailar, contagiarse de la euforia de la comparsa. Nos dimos a la terapia de Isidora. ¿Acaso no es un uso noble para el calipso? La música del sol caribeño nació del lamento y la alegría. Nació de las batallas y de las derrotas, de los caminos empinados y de las poéticas de la semilla. Caribe y África, piratas y pueblos indígenas hicieron nacer el calipso. Y ahora es un antídoto en medio de esta ciudad llena de pesimismo. Por qué habría de extrañarnos este uso. Nada más loable que traer un poco de felicidad y calma a las almas atormentadas.

Daba risa interrumpir los cuentos con una explosión de calipso. *Isidora, Isidora, Isidora Callao calipso queen*. Una canción nerviosa, una búsqueda desesperada de equilibrio, de una paz aunque fuera precaria y efímera. De un simple respiro entendido como esfuerzo final para seguir viviendo una realidad que golpeaba desde todas las esquinas. Todos colaboramos en las interrupciones. Las frases venían de una boca y de otra. Unas veces arrancaban al primer atisbo de pesimismo, otras tardaban un poco más hasta que llegaba la escena cumbre de la noveleta. En varias oportunidades el mismo narrador ya ahogado en el pesimismo lanzaba el primer *Isidora*, como buscando aire.

Estábamos en pleno Carnaval. El sol reventaba el asfalto. Toda la ciudad sabía que en todas las calles y las plazas los ciudadanos rompían la rutina laboral, que se reunían a beber y a cantar en medio del pesimismo espeso que inundaba los callejones. Era un pesimismo visible, corpóreo, agresivo. Estaba en todas partes, podía tocarse con la punta de los dedos. En otros tiempos el Carnaval eran muchachos persiguiéndose para mojarse, carrosas de fantasía y disfraces, papelillo y serpentina. Ahora, en este Carnaval se luchaba la batalla contra el pesimismo crudo, a punta de calipso. Hasta los

más convencidos echaban mano de los conjuros más potentes, para que el pesimismo no llegara a su calle y fuera ennegreciendo las paredes, secando las matas, llenando de basura las puertas y sembrando ponzoña en los marcos de las ventanas.

Ya cuando el sol caía y el anaranjado comenzaba a minar todo el jardín, se hizo un silencio sospechoso entre la algarabía. Fue tremendamente notorio el rompimiento. Las miradas se cruzaron con las sonrisas, los tragos se quedaron sobre la mesa haciendo su circulito de humedad sobre el vidrio. De pronto nos dimos cuenta de que había desaparecido el pesimismo, había dejado un vacío perceptible en medio de la bulla. Fue como si de pronto desenchufaran una maquinaria ruidosa, un motor de combustión que deja de echar humo y de proferir aullidos mecánicos. Todas las miradas risueñas y nerviosas dejaron ver que en el mismo minuto de su ausencia se extrañaba el pesimismo. Su ausencia era aplastante, faltaba algo en el jardín, en la calle, en todo el Carnaval. Era una trampa muy bien montada. Era una ingeniería emocional perfectamente construida. Todos preferíamos el pesimismo y su antídoto antes que el optimismo. Pero era Carnaval, se suponía que debíamos estar bailando, bebiendo y cantando todos juntos *Isidora, Isidora, Isidora Callao calipso queen*.

## Crónicas de un bailarín fracasado

Maira era muy bella. Le insistí hasta el cansancio para que bailara conmigo, pero debo confesar que yo no sabía bailar. Estaba apenas en cuarto grado, nunca vi a nadie bailando en mi casa, profesaban la religión del que no baila ni bebe. Maira me gustaba, se reía bonito. Yo era tímido y tieso para el baile, tenía todas las de perder, pero ese día le insistí y le insistí a Maira para que bailara conmigo. Llegué a adulto imaginándome qué hubiese hecho si Maira hubiese aceptado mi invitación a bailar. Las niñas estaban sentadas en un círculo de pupitres en una esquina del salón, los niños en otro círculo en el rincón opuesto. Yo iba hasta el círculo de las niñas y Maira me rechazaba con contundencia, pero con una sonrisa. Nunca supe por qué no quería bailar conmigo ni qué hubiese hecho yo si me aceptaba. Mucho tiempo después en el círculo comunista pasaba lo mismo. No sabía bailar y quería bailar, sentía las ganas que eran incompatibles con la destreza. Pero aquí ya no había excusas. Había que ganarse las burlas y la jodedera. No sabía yo bailar y no había milagro que resolviera esto.

Solo había una manera de resolver este problema: bailar una pieza con una de las muchachas. Ahí viene la burla y el peso terrible de la cultura del círculo familiar que no baila. Los otros bailan maravillosamente bien, improvisan, dan vueltas, cambian de paso mientras tararean la canción. Yo sudo sentado al borde del baile, solo, cuestionando más de quinientos años de protestantismo, echándole la culpa a las noventa y nueve tesis de Lutero. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué culpa tengo yo si Lutero niega los sentidos o los intérpretes de Lutero así lo afirman? Nada, nada, esperar sentado a que todos mis

amigos bailen la pieza y luego se sienten a conversar con la amiga ya enamorada. Pero no puedo echarle la culpa a Lutero, dios mío. Ya eso pasó. La culpa es enteramente mía, eso me hace feliz en el fondo. Yo quiero bailar en el mundo mundano.

Mi cuerpo era tieso como un palo. No obedecía a ningún ritmo conocido o yo entendía que debía hacer unos movimientos que acompañaran la música, pero que de tanto pensarlos y construirlos dejaban pasar el tempo fuerte del compás, es decir, el cuerpo iba por un lado y la música por otro. Dejarse llevar era una frase absolutamente incompatible con ese cuerpo moviéndose en un universo paralelo a la descarga de salsa. Una escena patética, porque no solo era que la carga corporal estaba desajustada del ritmo de la música, sino que los movimientos del cuerpo eran deslucidos, caricaturescos, feos. Lutero se reía desde el más allá. Una cosa era lo que yo pensaba de la música, otra muy distinta era el cuerpo en sus contorsiones y otra más allá, era la propia música. Cada uno iba por su cuenta. No me quedó más que echar mano de una biografía de Lutero, a ver en qué parte justificaba la tiesura de cuerpo, la falta de ritmo, la atrofia de la cadencia.

Un día descubrí que Lutero no tenía nada que ver con mi terrible disfunción para el baile. Allí comenzó una nueva vida, es decir la vida cogió otro ritmo. Pobre cura alemán, y ahora yo venirle a echar semejante culpa. Asumí que si no bailaba era por las memorias que mi cuerpo tenía adentro. Lutero se hizo a un lado y busqué las razones en mi historia familiar, en mi absoluta ausencia de ejemplos de baile. Bailar es como hablar, se aprende imitando y por necesidad. Apareció el fantasma de los camaradas obreros que no bailaban, sino que producían y trabajaban para construir la felicidad sobre la tierra. Era casi lo mismo, cambiaban algunas liturgias. Entre mis camaradas comunistas tampoco sabía bailar, pero era fundamental el espíritu valiente y luchador, así que había que hacer frente a la vergüenza, a la desilusión y a los malos ratos ante el cuerpo femenino delante, a dos dedos de distancia esperando montarse sobre el ritmo.

Se fue Lutero y llegó Lenin. Yo era el mismo, el que iba acumulando historias en el cuerpo y memorias en el corazón. Todavía no sabía bailar y Cuba tan cerquita. Adiós, Lutero; adiós, Lenin, aquí llegó Benny Moré y le metió candela a Mozart y a Vivaldi, etcétera. Hormonas y alcohol, lucha militante y pandilla de amigos. Llegó la lectura y las narraciones viajeras. Se fue armando la caligrafía abigarrada de los gustos y las propias experiencias. Solo estaba ausente el baile. Todavía no sabía bailar. Comenzaba a intuir que debía dejarme poseer por la cadencia, era una especie de exorcismo para que la música entrara al cuerpo y fuera justo hasta donde debía. Abandoné la pernicioso costumbre de pensar el ritmo, de pensar la música, de pensar dónde debían caer los pies y la cintura. No pensé más. No me importó dónde caían los pies, en qué parte del compás se ajustaba la cadera, y ahí fue donde el pie cayó donde debía caer y ajustó la cadera y los hombros, las manos y en medio de un endemoniado son cubano se acopló mi cuerpo tieso al otro cuerpo y a las tumbadoras.

No se trataba solo de llevar el compás. Ahora había que adornar el baile, había que hacerlo bonito y seductor, provocativo, claro, para poder levantarme a la camarada. Merengue y salsa, charanga y montuno, era la ortodoxia del momento, todo lo demás era innecesario. Dictaba la pauta la radio y los discos de pasta de 33 RPH. La teoría de los compases, los tempos musicales, las corcheas, las semifusas, no valían de nada. Ese garrapateo de tinta sobre el papel y toda la teoría musical bien temperada no servían de nada ante el sudor de la sala y los rones, ante las cornetas que escupían ese son montuno perfecto. Era mejor buscar por la vía del corazón, de la piel y el gusto que se agolpaba en la garganta. Un día cesó la resistencia y el cuerpo se abrió paso.

El son cubano pasó a ser la música sagrada. Puente y camino, cadena rota, cielo despejado pasó a ser aquella clave que flotaba en el aire. El cuerpo descubrió el pasadizo hasta el disfrute y el tiempo fuerte del compás y por allí vino la figura y el gozo se infló como un globo descomunal. Pasó y ya no había vuelta atrás, era como montar

bicicleta, como poder flotar en el agua. Un día eres una piedra que se va al fondo indefectiblemente, aparece algo que te hace flotar y al otro día flotas sobre la superficie como una nube en lo azul del cielo. Es el mismo cuerpo, la misma alma la que flota, la que antes se iba hasta el fondo. Así de secreto es el cuerpo, así de secreta es la música. Carmelina, Carmelina, aquí te espero para seguir bailando, para hacer de la vida un solo baile eterno, un solo sudor y un solo ritmo hasta que se desgasten los tambores.

Pero ya era tarde, ya el fracaso de este bailarín estaba decretado, porque las figuras y las vueltas no salían con facilidad, y ahora no se trataba de levantarse a una amiga que perdona los pisotones y la pérdida del paso. Ahora se trata de levantarse a una desconocida que va a notar inmediatamente la patética técnica del giro, lo tieso y ensayado del desplazamiento, lo torpe de la mano que busca la espalda. Carmelina, Carmelina, tú eres hija de Yemayá. Ya los superhéroes de Lenin y Lutero no vienen a ayudar ni Yemayá tampoco es que sea una amiga cercana. Estamos solos ante la incertidumbre de no saber bailar y Maira se viene otra vez a la mente y todas las camaradas que perdonaron los pisotones. Este es el justo momento para hacer el ridículo universal, porque esta cultura que pulula por las calles no perdona a quien no sepa bailar. He visto perdonar terribles venenos del alma, traiciones de antología, pero nunca a alguien que no sepa bailar.

Maira por qué me rechazaste, familia por qué no bailaron nunca, Lutero, Lenin, los perdono ahora, en esta hora donde el baile ha liberado mi alma. Ya ha pasado el apocalipsis, ya cayeron casi todas las tormentas y los volcanes escupieron sus lavas más ardientes. Yo bailo en este ladrillito de la historia y pierdo el paso y lo vuelvo a conseguir en el laberinto de los amores y los perdones. Así es la vida, un solo son que no termina nunca y donde no nos podemos quedar sentados viendo como pasa la fiesta.

## Anotaciones del tiempo

Santiago Bolívar siempre cargaba una libreta de hojas blancas. Detestaba las páginas rayadas, era un abuso sembrar de líneas un espacio destinado a recibir las sinuosidades del dibujo. Los autobuses de rutas largas eran sus preferidos. Aunque el temblor y el ruido desviaban su pulso y su lápiz, había allí un anonimato adorable, una exageración de esa épica urbana descarnada. Nada como un viaje a Caricuao, la avenida Baralt, la Intercomunal de El Valle, para anotar tantos gestos desgarbados, tantas papadas sudorosas, tantos zapatos baratos. Era un afán de juventud caldeada de hormonas efervescentes que iban y venían entre amores, soledades, angustias por querer tragarse el mundo de un solo bocado sin ni siquiera masticarlo.

Cuando no había libreta de hojas blancas, bastaban las hojas de reserva de los libros. El colofón, las guardas, los sobrantes limpios donde el lápiz consiguiera un asidero para dejar la huella. La mayoría de los libros eran objetos avejentados comprados en remates en el centro de Caracas. No eran ediciones recién salidas, prístino paquete de hojas impresas con el suficiente interlineado y portadas brillantes. Servía todo, el más amarillento folio meado mil veces por los ratones, garrapateado por las cucarachas de viejas bibliotecas. Pero siempre ganaban las libretas de hojas blancas. Aparecían de la nada, como un acto de magia universal que ponía en las manos de Santiago otro material virgen para el mapa de los deseos.

La mujer del puesto de adelante lleva un vestido azul y zapatos de plataforma estampados. La cartera reposa sobre sus piernas, la

mujer se aferra al tubo oxidado del espaldar del asiento del frente, la falda del vestido bailotea con la brisa y con los saltos del autobús cuando caen en los huecos del asfalto. El sol la ilumina a través de los ventanales de vidrio empañado de hollín. Su pelo cae sobre los hombros con descuido, el cuello deja ver una cadena de oro diminuta. La tela del vestido no brilla con la luz enorme del mediodía, es una tela desgastada por la piel y el agua, por los abrazos, por tanto hollín de autobús en Caracas. Santiago anota en su libreta la estructura sensual de aquella imagen. La mujer es hermosa, la luz la recorta y la dibuja perfecta en contraste con el anaranjado de los asientos de fibra de vidrio.

La avenida Baralt pasa vertiginosa por las vidrieras del autobús, un señor gordo toma el asiento de la mujer de azul. Queda interrumpida la anotación nerviosa en la libreta. Comienza otra imagen, esta vez un señor gordo con camisa de popelina, pantalones marrones y zapato de suela. El sol es el mismo, los fognazos de la ciudad bailotean en los vidrios de la ventana, hay una persecución en la acera, alguien robó algo y ha salido corriendo entre la muchedumbre. Se oyen gritos y risas, sentencias e instrucciones. No hay policía, sino transeúntes ansiosos de hacer justicia o de elevar la adrenalina este mediodía.

Las libretas de Santiago se fueron acumulando en una caja de cartón en el fondo del closet de su cuarto. Son una bitácora florida de rostros y manos, de paisajes atolondrados, de calles y paradas de autobús. Ninguna ha tenido descanso ni respiro. Las libretas se multiplican con los años, ya las cajas sobrepasan la capacidad del pequeño closet. Hay libretas hechas a mano, manojos de papeles encontrados de diferentes colores y texturas. En algunas es notorio el baño de tinta china y su oscuridad profunda y mate, en otras el color baila libre como buscando hacerse cómplice del sol del Caribe. Hay intentos de anotaciones botánicas junto a números telefónicos. Hay poemas atravesados sin pudor, esquelas amorosas y políticas, direcciones y enramadas, esquemas para máquinas maravillosas y otra vez

cuerpos de mujer que se contorsionan entre el sexo y el éxtasis de las historias secretas.

En otras libretas hay un atlas completo de lo que a Santiago le gusta nombrar como gramática de la pintura que se hace en estos días. Los poemas avanzan a tropezones, a veces gana la pura sensualidad de la línea eróticamente recorriendo el papel, pero los poemas insisten con su dureza formal y ganan terreno cuando la palabra entra en el cuerpo. Los ojos recorren las diluciones del agua y la acuarela y su perenne sutileza que siempre parece de nubes y cielos en las tardes. Algunas libretas intercalan papeles de algodón robustos con papeles de seda transparentes, que permiten esconder a medias una forma y bañar con otra nitidez sobrepuesta una inflorescencia alucinada. Son juegos sensuales para la vista, es una ceremonia donde los ojos dirigen su propio placer a capricho.

Santiago insiste en anotar la realidad que ven los ojos junto a la realidad que inunda el cuerpo que habita la ciudad. Amores y frustraciones, olvidos y sudores, panes y estatuas de bronce, casonas y letras de boleros. Todo confluye en un afán vertiginoso. No hay nada más triste que finalizar una libreta. Ya no hay más papel para ser alterado, aparece la contratapa gruesa mostrando su guarda como último fin de este capítulo, como advertencia del fin de este manojó que ha quedado como testigo y recipiente de formas y palabras. Al final se cierra la libreta, la toma en las manos, acaricia las tapas como buscando entender algo en ese silencio cargado de luces y sombras. Vuelve a comenzar una vez más el paseo luctuoso por las páginas, que ahora se ofrendan calmadas al éxtasis.

Quién puede negar que Santiago Bolívar es un cronista de las gestas mínimas, un explorador temerario de los viajes al sur de la Baralt. Caracas es un mundo y cada libreta es un atlas de apetencias y arrepentimientos. No hay grandes escenarios ni despliegues suntuosos ni tampoco oropeles magnificentes. Estas anotaciones cargan consigo la pena de la ausencia, la falta de oxígeno

febril de querer ver siempre más, de no saciar los apetitos del todo. Pero, ¿cómo se dibuja la ausencia, las ganas enfriadas con agua de fuente? No hay fórmula simple ni receta, solo más y más libretas que se apilan en el closet, que llevan su caricia al final de las páginas, que guardarán, quizá para el olvido, un atado de malos poemas y consignas a medio terminar.

Pero la pasión de las libretas desborda cualquier plan. Las libretas de Santiago nunca estarán a la vista de nadie, este closet mazmorra del olvido cerrará celosamente la puerta a las miradas. El tiempo se diluye entre las páginas y allí se queda amando las formas de las flores y de las mujeres a medio camino entre el sexo y la estatua de bronce. Santiago de vez en cuando abre el closet y ve la pila de libretas, las cajas polvorientas, mete la mano en las profundidades de la memoria y busca una fecha que le dé pistas de aquellos avatares. Consigue recordar una mujer anónima de autobús en las tardes de Caracas. Engancha en los sentidos un ramaje de árbol, una taza de café, un ser mitológico mitad tucán mitad ídolo de barro atravesado por un número telefónico, por una caricia olvidada. Como no existió con claridad el tiempo para llenar esta libreta, así tampoco habrá tiempo preciso para la memoria y el olvido ni tampoco para ver la luz de otros ojos buscando sus propios desamores en unas páginas de otro.

Santiago es el rey del desengaño, sabe con certeza que toda esa sangre depositada en las libretas no es más que el afán de calmar la ansiedad del vacío. Cambiaría todo por un abrazo, por una palabra a tiempo que cure las intemperies, o al menos distraiga por un rato los desengaños, las malas memorias, las tristezas de otro tiempo y de este. Pero la terquedad de la pasión sigue llenando libretas. Santiago ha aprendido con el pasar de los días que las fábulas de la distancia, los cuentos de camino, los besos más prometedores pueden perderse de vista sin remedio y es necesario cerrar la libreta para que no escapen.

## ÍNDICE

Los tiempos de un inconforme <i>por Rosa Raydán</i> .....	7
Pintar sin darse cuenta.....	11
Diálogo sobre el poeta .....	15
Estrategias para una religión.....	19
Angostura .....	23
El apocalipsis del automercado.....	25
Todos han muerto .....	27
Historia de los marcalibros .....	29
Panadería Apolo .....	32
Breve historia de las empanadas y las apetencias .....	34
Cabeza de pato .....	38
Los dientes de Robert Rauschenberg .....	41
La reina de Las Brisas .....	45
La esquina de Cipreses y el coeficiente intelectual.....	49
El ángel .....	53
El bar de una sola mesa .....	57
Fidelía y la república de los invisibles.....	61
La Metamorfosis .....	65
La vergüenza .....	69
El fantasma de la tarima .....	72
Salvemos al tanuco azul.....	76
Desnoticia.....	80
Mi abuela salió en el periódico .....	84
Historia de amor al revés .....	88
El día de la mayonesa .....	92
Acta policial.....	96
Ayer compré la Paramount Pictures .....	100
Que me voy para la comparsa .....	104
Meme .....	108
Letreros para algunos lugares que no existen, o sí.....	112

Pastor de Nubes.....	117
Así se goza.....	121
Crónica de la biblioteca y la borrachera.....	124
Los marginales .....	128
Dios en Barquisimeto .....	132
El Apocalipsis.....	136
Confusión civilizatoria.....	140
El ascensor.....	144
Escribir con todo el cuerpo.....	148
Antonio pinta flores.....	151
Isidora Callao calipso <i>queen</i> .....	155
Crónicas de un bailarín fracasado.....	159
Anotaciones del tiempo .....	163

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.  
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionaescritorfepr@gmail.com  
comunicacionesperroyrana@gmail.com

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)  
[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Facebook: El perro y la rana  
Twitter: @elperroylarana

*Las anotaciones del tiempo*  
se terminó de editar en formato digital en Caracas,  
República Bolivariana de Venezuela  
en el mes de junio de 2021





### *Las anotaciones del tiempo*

Ángeles, poetas y enamorados recorren las páginas de este libro. También fantasmas, impostores y alucinados. La ciudad de Caracas es el mapa emocional que subyace tras estas narraciones que van cargadas de rebeldía e irreverencia. Elementos claros de la poesía, del ensayo y la narrativa están presentes en este entramado sensible y militante de textos que son testimonio biográfico y documental de una realidad a ratos terrible y a ratos cargada de ternura. Cuarenta y dos anotaciones componen esta publicación. Cada uno advierte que la realidad inmediata puede ser escudriñada desde diferentes ópticas y que siempre esconde maravillas y tristezas, verdades e imposturas.

### **OSCAR SOTILLO MENESES** (Cumanacoa, Sucre, 1968)

Ha transitado los caminos de la poesía, las artes visuales y la comunicación alternativa. Es fundador del colectivo La Mancha. Ha sido editor, investigador cultural y curador en dos oportunidades de las propuestas venezolanas en la Bienal de Venecia en el año 2015 y 2019. Sus artículos han aparecido en diversos periódicos, revistas y portales digitales. Los poemarios *Por decir algo* (2009) y *Ojos de ceiba* (2019) han recogido su escritura poética.

